

*Max Aub*

# CAMPO FRANCÉS



Lectulandia

*Campo francés* es la cuarta entrega de *El Laberinto mágico*, título general del enorme fresco de la guerra civil española que compuso Max Aub en seis libros. Abarca del mes de enero de 1939, ya iniciado el éxodo español, al verano de 1940, cuando Europa entera está en guerra. París y el campo de concentración de Vernet d'Ariège son los escenarios de la acción y, en ellos, un grupo dilatado de presos de todas las nacionalidades va enfrentando los avatares de la guerra desde el ángulo desesperado de los fuera de la ley.

Max Aub consigue en *Campo francés* dar la medida de una de las tragedias del siglo: el exilio, la peregrinación de pueblos por tierras extranjeras y el desarraigo.

**Lectulandia**

Max Aub

# **Campo francés**

**El Laberinto mágico 4**

ePub r1.1

Titivillus 18.07.15

Título original: Campo francés  
Max Aub, 1965  
Diseño de portada: José Belmonte

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Nota



«Al cuidado de sus hermanas mayores, *Realidad* y *El abuelo*, sale al mundo esta *Casandra*, como aquellas *Novela intensa* o *Drama extenso*, que ambos motes pueden aplicársele. No debo ocultar que he tomado cariño a este subgénero, producto del cruzamiento de la Novela y el Teatro, dos hermanos que han recorrido el campo literario y social buscando y acometiendo sus respectivas aventuras, y que ahora, fatigados de andar solos en esquiva independencia, parece que quieren entrar en relaciones más íntimas y fecundas que las fraternales. Los tiempos piden al Teatro que no abomine absolutamente del procedimiento analítico, y a la novela que sea menos perezosa en sus desarrollos y se deje llevar a la concisión activa con que presenta los hechos humanos el arte escénico.

Si una ley fisiológica, reforzada por reglas canónicas y sociales, prohíbe en las personas el matrimonio entre hermanos, en Literatura no debemos condenar ni temer el cruzamiento incestuoso, ni ver en él la ofensa más leve a la santa moral y a las buenas costumbres. De tal cruce no pueden resultar mayores vicios de la sangre común, sino antes bien depuración y afinamiento de la raza y mayor brillo y realce de las cualidades de ambos cónyuges. Casemos, pues, a los hermanos Teatro y Novela por la Iglesia o por lo civil, detrás o delante de los desvencijados altares de la Retórica, como se pueda, en fin, y aguardemos de este feliz entronque lozana y masculina sucesión.

Claro es que la perfecta hechura que conviene a esta híbrida familia no existe aún en nuestros talleres. Sin duda, será menester atajar el torrente dialogal, reduciéndolo a lo preciso y ligándolo con arte nuevo y sutil a las más bellas formas narrativas... Pero no faltarán ingenios que hagan esto y mucho más. Los obreros jóvenes que tengan aliento, entusiasmo y larga vida por delante, levantarán la casa matrimonial de la Novela y el Teatro».

Esto escribió Benito Pérez Galdós al frente de *Casandra*. Desde el ángulo de la retórica, poco tengo que añadir como explicación de la forma de este *Campo francés* si en el texto anterior se lee Cine donde Galdós escribió Teatro.

El Cine y la Televisión son hoy una parte de la industria literaria, tanto como el teatro o las ediciones baratas, llamadas de bolsillo no por su tamaño, sino porque

están al alcance económico de muchos. Pruébanlo las revistas más o menos populacheras dedicando a estos géneros un espacio respetable si no siempre respetado.

No pretendo tanto al insertar en la larga serie de mis relatos de la Gran Guerra Civil Española, éste en el que adopto, no por capricho, una forma cercana a la cinematográfica, porque creo que ya existe un público para quien la separación de imagen y diálogo en una misma página más que dificultar, le facilita seguir claramente una historia; el que ésta sea a su vez Historia, es otra.

La aparición de noticieros de actualidades o de titulares de periódicos, salva a todos de descripciones de acontecimientos históricos que, o están en la memoria del lector, o, si los ignora, no le dirían gran cosa al serle explicados con mayores detalles. Todos saldremos ganando, por lo menos, el tiempo perdido.

Puestos a hacer de la novela gozo de los ojos, como hoy quieren algunos, hártense aquí, viendo lo escrito, que no hay otro modo de leer lo que sigue.

En veintitrés días de travesía, de Casablanca a Veracruz, en septiembre de 1942, escribí este *Campo francés*. Había vivido todos sus cuadros todos sus encuadres; de ello saqué, en un momento de descorazonamiento, *Morir por cerrar los ojos*. Si una vez alguien se interesa por ver, al revés de lo que suele suceder, lo que va del cine al teatro, puede comparar.

Auténticos, hechos y escenarios, creo que éstas son las primeras memorias escritas con esta técnica. Dos años (1938-1939) pensando en función del cine — *L'Espoir*— me llevaron naturalmente a ello. De hecho, pasé de un set a los campos de concentración. Los apuntes que tomé, mis recuerdos, se encadenaban en una pantalla. Inventé un hilo conductor para que el público siguiera con cierto interés el documento. Todos los personajes, menos los protagonistas, son reales. Para los demás tanto montará, no para mí. (Y aquí sí: los verdaderos derechos del autor). No hay en lo que sigue nada personal, curiosa afirmación para lo que aseguro memorias. Fui ojo, vi lo que doy, pero no me represento; sencillamente: apunto con mi caletre, que no peca de agudo; una vez más, cronista.

Ahora bien, a medio camino se me impusieron mis personajes inventados y no tuve más remedio que dejarme llevar en parte por ellos. No se trata, ni mucho menos, de unamunismo sino sencillamente de la ley humana que ata el padre a sus hijos, y a cierta responsabilidad frente al lector.

Lo relatado acaba en octubre de 1940; por ello las referencias a la Resistencia francesa no están más que apuntadas; las supuse suficientes para hacer partícipe a todos de mi convicción —y no *a posteriori*—, de que el régimen petainista iba a pasar rápidamente y mal, a la historia.

Reflejo algunos descubrimientos que hicieron tantos españoles aquellos años. Ha pasado mucho tiempo desde entonces; las reacciones de mi Julio Hoffman parecerán elementales: los problemas de los años veintes y treintas tienen ya cierto aire marchito que no se me oculta.

Pero uno va haciendo lo que puede, por poco que sea, con el convencimiento de que todo deja huella, en hueco o en relieve, sirviendo para el futuro —si lo hay.

El arte del cine —que tanto ha influido en la novela de mi tiempo— consiste en manejar acertadamente las distancias del objeto al objetivo, en medir la lejanía y los acercamientos de la imagen; la sabiduría del director, en manejar espacios de lugar y tiempo. (El teatro es hierático, primitivo, la distancia del actor al espectador inamovible). Sin contar que el cine es imagen, es decir, literatura. Ya lo definió Calderón: *Ilusión que se ve, ilusión que se escucha*.

Por otra parte, la poesía, es decir, la literatura es la relación —otra vez las distancias— del hombre con la muerte, teniendo en cuenta la distinción fundamental: que el hombre —solo— tiende a la destrucción, a la muerte; y el mundo, la humanidad, a la vida.

Por Dostoiewsky no se llama esta retahíla ni *La casa de los muertos* ni *Los idiotas*, que si no, como anillo al dedo: idiota, del griego *idiotes*, que antes de sinónimo de necio, imbécil o estúpido, significó el hombre que no quiere saber nada del gobierno de su país.

Aparecen estas páginas a los veinticinco años del desenlace de la Gran Guerra Civil Española: de hijas —ayer— a nietas —hoy— pero la sangre es la misma. Aquella contienda, a pesar de haber sucedido entre otras dos enormes, sigue teniendo para el espíritu una importancia de la que carecieron las demás. En ella se jugó algo más que la vida. El petróleo, las colonias, el oro no fueron motores ni razones determinantes. La furia ética, la justicia y hasta el derecho se jugaron la existencia y, por lo menos temporalmente, la perdieron. Un suceso de esta importancia sólo podía acontecer en un país tan fuera de la realidad como España. La perdimos, cada quien a su modo, y salimos a buscarla, como profetizó César Vallejo.

México, febrero de 1964.

CATALUÑA, 30 DE ENERO DE 1939.  
NOCHE. EL CAMPO.

*Un cobertizo. Llueve. Desde el alero caen gruesas gotas en un charco. El pecinal. Gentes amontonadas. Su vaho. Un burro, dos perros mojados apretujados uno contra otro. Un niño dormido con un conejo de trapo en los brazos, un niño de pecho llorando, la mujer que lo lleva saca su pecho, le da de mamar, levanta los ojos. La lluvia. La mujer procura apartar sus pies de un charco sin conseguir más que molestar a sus vecinos. Lloran unos niños.*

UNA MUJER VIEJA. ¿Para qué sirven los niños?

*El campo. En la noche apenas se divisan las ramas desnudas de los árboles. Lluvia y trapa. Viento. La carretera. Gente casi invisible andando.*

*Se enciende una lámpara eléctrica; su círculo de luz, en el suelo, corre a una maleta que cae, se abre, mojándose inmediatamente su contenido: ropa de mujer; unas manos recogen lo esparcido, lleno de barro.*

UNA VOZ. ¡Apaga o disparo!

*Tropel en la noche. La lámpara eléctrica, recorre las caras de los que van andando por la carretera. Mayoría de hombres sucios, mojados, deshechos.*

VOCES. ¡Me cago en Dios! ¡Nos pueden ver! ¿Estás loco? ¡Apaga!

VOZ DEL DE LA LÁMPARA. ¿Cómo nos van a ver con estas nubes?

VOZ FUERTE. ¡Apaga!

*Un golpe. La lámpara cae al suelo, se apaga.  
Empieza a amanecer en el horizonte. La carretera y sus alrededores. La gente como un río. Por las márgenes, los que han pasado la noche al amparo de los árboles se desentumen. Por la calzada: soldados, niños,*



*mujeres, viejos, carros, heridos. Sigue lloviendo. Bocinazos. Gritos. Un auto pugna por adelantar en contra de la corriente. La gente se aparta con lentitud.*

UN GUARDIA DE ASALTO. ¿Dónde vais?

CHÓFER. A Gerona.

GUARDIA. Ya están allí...

CHÓFER. ¡Cuentos! ¿Dónde vas?

GUARDIA DE ASALTO. A Francia. Ya no hay nada que hacer...

*Se interpone un viejo.*

VIEJO. (Al chófer). ¿Cuántos kilómetros faltan para la frontera?

CHÓFER. Cincuenta y tantos.

*Remolino alrededor del coche.*

UNA MUJER. La carretera está cortada...

OTRA. Ya están allí.

CHÓFER. Allí ¿dónde?

UN SOLDADO. Han desembarcado en Rosas.

UN VIEJO. ¿Qué pasa?

OTRO VIEJO. Dicen que por Puigcerdá...

UN NIÑO. Tengo hambre...

*La gente fluye. Bocinazos.*

*Una vieja se deja caer sentada sobre el talud de la carretera, llorando. El coche sigue adelante. La gente se apretuja en sentido contrario. Ya es de día. Un paralítico en un carro de ruedas empujado por una jovencueta; un niño arrastrando una caja; dos viejos; una mujer con una niña. Una familia; el abuelo, la madre, la niña.*

ABUELO. ¡Anda!

NIÑA. ¿A dónde vamos?

ABUELO. Donde no haya fascistas...

NIÑA. Mamá, los fascistas ¿cómo viven?

LA MADRE. ¿Cómo crees?

NIÑA. En cuevas...

*Atrás, tres carros cargados hasta donde más se puede con enseres familiares. Un caballo levanta las orejas. Ruido lejano de detonaciones.*

UN VIEJO. Al caballo. ¡Tira! ¡Tira!

*El caballo resiste. La gente empuja los radios de las ruedas para hacer el carro a un lado. Ha dejado de llover. Crece el río de la gente por la carretera. Detonaciones más cercanas.*

*En sentido contrario al del éxodo, avanza lentamente un camión de gasolina.*

*Ruido de aviones. Las nubes se rasgan. Las gentes se miran angustiadas. El cielo con menos nubes. Ruido de aviones. Un perro, atado bajo un carro, se niega a seguir adelante; lo arrastran, muerto de miedo. Gente de rodillas en la zanja, mirando al cielo. Los aviones, muy lejos. Desbandada de la gente. Una mujer, a campo traviesa, con un niño en brazos y otro de la mano; la sigue un grupo, la pasan otros. La cara del niño, asustado.*

*La zanja al lado de la carretera llena de gente. El paralítico en su silla, abandonado en medio de la carretera, solo. El perro aúlla, atado entre las ruedas del carro. Un soldado resguardado tras un árbol, rodilla en tierra, el fusil pronto a disparar. Gente en el suelo.*

VOCES. ¡Túmbense! ¡Túmbense! ¡Así no hay cuidado! ¡Péguense a tierra!

*El soldado mira el cielo, resuelto. Un teniente echa mano a su pistola, desiste. Unos corren a lo lejos. Una mujer sentada en el talud de la carretera, como sin darse cuenta. El cielo. Los aviones más cerca. Una mujer, de rodillas, en medio del campo, los brazos en cruz.*

LA MUJER. Padre nuestro que estás en los cielos...

*El cielo: los aviones más cerca. Ametrallamiento lejano. La carretera, los coches, cachivaches abandonados; el camión de gasolina; a lo lejos un puente, un riachuelo. Nadie.*

*Ruido de aviones, más cerca. Sobre el riachuelo ráfaga de ametralladora. Ídem en la tierra. La ráfaga pasa sobre un hombre con las manos en el cogote, la sangre empieza a manar entre sus dedos. En la carretera, ristra de bombas incendiarias en busca del camión. Tras cada explosión, caras de hombres, mujeres, niños, el perro. El techo del cobertizo, visto al principio, de pronto, acribillado a balazos. La carretera: el camión quemándose. Un niño que corre a campo traviesa, lejos, pequeño, sosteniéndose un brazo. Cae. Ruido de aviones alejándose. Un grito. Una queja. Un mojón: A Francia, 35 kilómetros. Silencio. Se asoma una lagartija entre dos piedras en los bordes de la*

*carretera; cuando la gente empieza a moverse, la lagartija huye. El soldado tira su fusil, se sienta sobre el mojón. Sube el ruido de los pasos. Algún grito, unas llamadas.*

VOCES. ¡Pedro! ¡Luis! ¡Abuelo!

*Se vuelve a formar el río del éxodo que pasa ante el camión que acaba de consumirse. Unos soldados lo vuelcan para despejar el camino. En sentido contrario sube, hacia el frente, un batallón de soldados formados, cantando Las compañías de acero:*

*¡Las compañías de acero  
cantando a la lucha van!  
¡Su temple es duro,  
seguro y valiente  
el ademán!  
¡Las compañías de acero  
cantando a la lucha van!  
¡Las compañías de acero  
forjadas de acero están,  
y triunfarán!*

*Los soldados vistos por las gentes del éxodo. El éxodo visto por los soldados. Las gentes se paran. El soldado, sin armas, esconde su gorra; otros tres se miran y se unen a los soldados que siguen adelante.*

VOZ DE MANDO. ¡Alto!

El batallón se para.

VOZ. ¡Descanso! ...

*Juan, un soldado, se sienta en el talud de la carretera, saca papel del bolsillo de su guerrera y se pone a escribir. Pregunta a un compañero.*

JUAN. ¿Tienes un sello?

OTRO SOLDADO. Creo que sí.

*El otro soldado saca lápiz, papeles, encendedor, navaja, una media de mujer.*

SOLDADO SEGUNDO. No sé dónde lo habré metido...

JUAN. A otro. ¿Tienes un sello?

VOZ. Yo tengo.

*Un soldado, limpio, hasta elegante, saca su cartera, le da un sello.*

JUAN. Gracias...

*Juan pega el sello en un sobre. El sello, con la figura de Pablo Iglesias.*

*El mismo sello, que están arrancando del sobre. El sobre, la dirección:*

*M. Hoffman 17,  
rue Garchery  
París, 20. Francia.*

PORTERÍA Y ESCALERA DE UNA CASA DE HABITACIONES MODESTA,  
EN PARÍS. DE DÍA.

*El sello despegado por un cartero, bigotón, viejo.*

CARTERO. (A la portera). Usted lo dice... A lo mejor de estos sellos ya no se verán muchos. Es para el chico... Como recuerdo... Es una vergüenza.

*La portera, gruesa, se alza de hombros.*

PORTERA. Allá ellos.

*El cartero sale hacia el zaguán; la portera empieza a subir pesadamente las escaleras.*

PORTERA. Cada uno en su casa y a no meterse con nadie...

*El cartero visto desde arriba.*

CARTERO. Pero ¿si se meten con usted?

PORTERA. ¡A ver quién se atreve!

*La portera llega al primer descansillo, llama a la puerta y pasa una carta por debajo de la misma.*

PORTERA. El correo...

*La portera sigue subiendo renqueando. En el segundo, llama a otra puerta, ésta se entreabre, se asoma una vieja.*

PORTERA. Buenos días, *madame* Thétard.

VIEJA. Buenos días, *madame* Bouchier.

PORTERA. ¿Qué tal? ¿Y la niña?

VIEJA. Mejor ¿usted cree que me la quitarán?

*Asoma la cabeza de una niña entre las faldas de la vieja.*

PORTERA. Vaya usted a saber, con las cosas que se ven hoy...

*Ruido de hervor, la vieja sale corriendo.*

VIEJA. ¡La leche!

NIÑA. Hasta luego, *madame* Bouchier...

*La niña cierra la puerta; la portera sigue subiendo. Otro descansillo; frente a la puerta, la portera se inclina, anchas posaderas; empuja una carta y un periódico por la rendija, se levanta, llama con los nudillos.*

PORTERA. El correo...

CASA DE JULIO.

*Estrechísimo cuarto de baño. Julio se limpia la boca, grita:*

JULIO. ¡María!

VOZ DE MARÍA. Sí...

*Julio en el espejo:*

JULIO. ¿Carta?

MARÍA. Sí, de tu hermano...

JULIO. Ya era hora... trae...

VOZ DE MARÍA. Acaba primero, que se te enfría el café.

*En la cocina, sentada frente a una mesa cubierta con un hule, donde está dispuesto el desayuno, María lee la carta. Entra Julio poniéndose la chaqueta. Casa de modesta clase media, gusto medio.*

JULIO. ¿Qué dice?

*María le pasa la carta.*

MARÍA. Lee.

*Julio se sienta, lee, mueve el café con la cucharita, come una rebanada de pan mojado en él, con la boca llena:*

JULIO. Otra vez al frente... No sé qué demonio le empuja. ¿No estaba bien aquí? ¿Hay algo mejor que París?

*Se echa la carta al bolsillo. Despliega el periódico. Come. María mira los titulares de *Le Journal* del 30 de enero de 1939: Titulares: Hitler declara en el Reichstag: «Alemania, desde el punto de vista territorial, no tiene nada que pedir a Inglaterra y a Francia, fuera de la*

restitución de nuestras colonias. Yo creo en una paz duradera».

VOZ DE JULIO. Si pierde un brazo, una pierna, un ojo ¿quién se los va a devolver?

*Julio mira su reloj. María, sentada, a su lado.*

JULIO. Las ocho y veinte. ¿Vienes hasta el metro conmigo?

MARÍA. Tengo que planchar.

*Julio se levanta, pasa tras la silla de María, la coge por los sobacos, la levanta y la besa.*

JULIO. No sé si me gusta más besarte antes o después del desayuno...

MARÍA. ¡Farolero!

*Julio sale.*

JULIO. Me voy con el farol a otra parte.

*Julio sale al recibidor, pequeño, estrecho. Se pone el abrigo, le sigue María con el azucarero en la mano, le da el sombrero.*

JULIO. Hasta luego...

*Se besan.*

MARÍA. No tardes, hay algo que te gusta para comer.

EN LA FRONTERA.

*Bourg Madame. La radio de un café, bajo un calendario cuyo cromo reproduce la cena en Emaús, del Veronés o de Alfredo Diethé (Galería de Dresde). La hoja del día señala el 5 de febrero de 1939, y, muy visible, el santoral: Santa Águeda, virgen y mártir.*

VOZ DE LA RADIO. El ejército español, vencido, está cruzando la frontera francesa.

*(Actualidades Francesas). Tropas españolas entran por la calle del pueblo y deponen sus armas.*

*Calendario: Día 6. Santa Dorotea, virgen y mártir. (Actualidades Francesas). Tropas españolas entran por la calle y amontonan sus armas en el suelo.*

*Calendario: Día 7. San Romualdo abad, fundador del orden de los Camaldulenses. (Actualidades Francesas). Tropas españolas entran en un campo de concentración.*

*Calendario:* Día 9. San Juan de Mata, fundador del orden de la Santísima Trinidad, redentor de cautivos. (Actualidades Francesas).  
*Campos de concentración: Vistas de Argeles, Septfonds, Saint Cyprien, Gurs, Vernet, entrecortadas por letreros en los que se lee sucesivamente:*  
1.º de febrero de 1939: Llega a Madrid el doctor Negrín y su gobierno, para seguir la lucha en la Región Centro.

27 de febrero de 1939: Gran Bretaña y Francia reconocen al gobierno del general Franco.

2 de marzo de 1939: El mariscal Petain es nombrado embajador de Francia ante el gobierno del general Franco.

5 de marzo de 1939: Se subleva en Madrid el coronel Casado contra el gobierno de la República para pactar con las fuerzas franquistas. Los republicanos luchan entre sí.

15 de marzo de 1939: Las tropas nazis ocupan Bohemia y Moravia. Hitler entra en Praga.

21 de marzo de 1939: El barón von Neurath es nombrado Protector del Reich en Bohemia y Moravia.

## CAMPO DE CONCENTRACIÓN, EN UNA PLAYA.

*Tres hombres apiñados en un agujero, resguardándose como pueden de la lluvia.*

EL BELGA. Yo conozco Indochina, India, toda África, Inglaterra, Alemania, Italia. Lo que yo quisiera es vivir y morir en España...

OTRO BELGA. Esas callejas... La plaza en que a las cinco de la tarde no hay nadie y a las ocho no se cabe.

EL BELGA. Les decíamos cosas a las chicas. Mira, hasta que he ido a España no he sabido lo que era el amor: en todas partes lo hacen, pero allí lo sienten. Todas las españolas son honradas.

EL TERCER BELGA. ¿Hasta las putas?

EL BELGA. Hasta las putas. (Saca una fotografía).

*Ves, éste soy yo. Allí tienen el respeto del nombre.*

TERCER BELGA. ¿Tienes un cigarro?

*La playa, enorme, miles de hombres apiñados entre alambradas.*

*Otro grupo, alrededor de un periódico, El periódico; su fecha, los encabezados; las fotografías.*

22 de marzo de 1939: El Reich envía un ultimátum a Lituania

pidiendo la restitución de Memel.

26 de marzo de 1939: Benito Mussolini quiere incorporar Túnez, Djibuti y el Canal de Suez a Italia.

28 de marzo de 1939: Benito Mussolini. ¡Miles de oficiales de Italia tienen ahora la experiencia viva de dos guerras: en Abisinia y en España!

31 de marzo de 1939: Hitler licencia el ejército checo.

En Alicante, los restos del ejército republicano español esperan en vano barcos que los evacuen. Los gobiernos francés e inglés no se atreven a romper el bloqueo impuesto por Franco.

1.º de abril de 1939: Francisco Franco publica su último parte de guerra, dándola por ganada.

7 de abril de 1939: Italia invade Albania.

## UNA LARGA CARRETERA, EL MAR CERCANO.

*En la carretera, una numerosa conducción de jefes, oficiales, soldados, civiles estrechamente custodiados por soldados senegaleses. El espectáculo es lamentable. Juan se vuelve para mirar la columna. La columna vista por Juan.*

JUAN. (Como siempre, con cierta ironía). Espectáculo lamentable.

CAAMAÑO. (Que marcha a su lado). Desde todos los puntos de vista.

JUAN. No sé por qué me parece que no lo voy a aguantar mucho tiempo.

CAAMAÑO. ¡Si yo hablara francés como tú!

*Caamaño mira el mar. Tras ellos marcha Casteras, ojos azules, catalán, pequeño, harapiento, edad indefinible.*

CASTERAS. ¿Para qué? Yo me escapé tres veces: con pura mímica, sin hablar ni pío.

*Un tren en marcha.*

## INTERIOR DE UN VAGÓN DE TERCERA.

*Repleto. Un revisor pide los billetes, los taladra. Sale. Casteras asoma la jeta entre los pies de los viajeros.*

EL TREN ENTRA EN UNA ESTACIÓN.  
LA ESTACIÓN.



*La salida. Un empleado recoge los billetes. Casteras sale. Señala por encima del hombro, con el pulgar de la mano cerrada, doblando el brazo, al que le sigue, dando a entender que éste tiene su billete. El empleado discutiendo con ese viajero, reclamándole el billete de Casteras. Ruido del mar.*

LA CARRETERA.

CASTERAS. Ahora me trajeron en coche particular, categoría que tiene uno y el policía con la pistola amartillada. Le dije que era poco para mí. ¿Queréis que nos fuguemos esta noche?

CAAMAÑO. ¿Cuándo pasaste la frontera?

CASTERAS. ¡Hace años!

JUAN. ¿Qué haces aquí entre nosotros?

CASTERAS. Se me revolvió la sangre... A mí lo que no es justo me la...

ESCALERA DE LA CASA DE JULIO.

*La ancha espalda de un hombre. Julio abre la puerta de su piso disponiéndose a salir, se encuentra con el hombre, que iba a tocar el timbre.*

HOMBRE. ¿Monsieur Hoffman?

JULIO. ¿Qué desea?

HOMBRE. Policía...

*María se asoma tras de Julio.*

JULIO. Pase...

*Julio abre la puerta y deja paso. María, atribulada, deja caer un cucharón. El policía se sobresalta.*

POLICÍA. ¿Qué?

MARÍA. Perdona...

*Se agacha a recogerlo. Julio hace lo mismo; sus cabezas tropiezan.*

JULIO. Perdón. ¿Te he hecho daño?

MARÍA. No, no.

EL RECIBIDOR.

*El policía pasa al recibidor, sin descubrirse. Julio abre la puerta de la salita.*

JULIO. Pase, pase usted.

POLICÍA. Tiene que acompañarme a la Prefectura. (Dirigiéndose a María). Unas cuantas preguntas.

JULIO. Iba a abrir la tienda.

POLICÍA. La abrirá más tarde.

MARÍA. ¿Le van a entretener mucho tiempo?

POLICÍA. No se preocupe, señora, puro trámite.

*¿Vamos?*

ESCALERA.

*Julio y el policía bajan medio tramo. Julio se vuelve a mirar la cara angustiada de María.*

POLICÍA. Ande, hombre, ande. Dele un beso a su mujer.

*Julio vuelve a subir corriendo, abraza a María, vuelve a bajar. Los dos hombres por la escalera. La cara angustiada de María.*

PREFECTURA, DESPACHO DEL COMISARIO, DESTARTALADO, OSCURO.

*El comisario, de espaldas a la luz. Julio sentado frente a él. Dos policías detrás.*

COMISARIO. ¿Así que usted mismo no sabe lo que es?

JULIO. ¿Lo que soy?

COMISARIO. Usted no sabe si es alemán, austriaco, húngaro o yugoslavo.

JULIO. Yo he nacido...

COMISARIO. No le pregunto dónde ha nacido, sino lo que es.

JULIO. El consulado de Hungría no quiere reconocirme porque dejé pasar cinco años sin presentarme.

COMISARIO. Luego usted no es húngaro.

JULIO. Sí, lo soy.

COMISARIO. No lo es.

*Los dos policías ríen.*

JULIO. Sí.

COMISARIO. Usted ha estado en España, en las Brigadas Internacionales.

JULIO. No, señor.

*El comisario se levanta, se acerca a Julio, socarrón, amenazador.*

COMISARIO. Usted es muy poca cosa no sólo para engañarme, sino para intentarlo.

*Vuelve a su mesa. Abre una carpeta, mira unos papeles, se sienta.*

COMISARIO. El veintiséis de septiembre de mil novecientos treinta y seis pasó por Cerbére.

JULIO. Yo no, mi hermano.

COMISARIO. ¿Su hermano? ¡Vamos, hombre!

JULIO. Hace días recibimos carta suya.

COMISARIO. ¿Dónde está?

JULIO. En mi casa, si mi mujer no la tiró.

COMISARIO. ¿Qué apuestas a que la tiró?

JULIO. ¿Por qué apostar?

COMISARIO. Tienes razón. Conmigo siempre se pierde.

*El comisario consulta la carpeta.*

COMISARIO. Hace mucho que andas metido en política.

JULIO. No. Le aseguro que no. Yo nunca me he metido en nada. Mi hermano vino en agosto del treinta y siete, convaleciente, y se volvió a marchar, no sé si en septiembre o en octubre.

COMISARIO. ¿Me vas a decir que vuelven a romperse la cara por gusto?...

JULIO. Yo no le digo nada, sino que yo no me he metido nunca en política, ni me importa.

POLICÍA. ¿De qué vives?

JULIO. Tengo una tienda de aparatos de radio.

POLICÍA. ¿Dónde?

*Entra otro policía abrochándose el cinturón.*

TERCER POLICÍA. Ya está.

*El tercer policía se acerca.*

COMISARIO. Ya era hora.

TERCER POLICÍA. ¿Y éste?

COMISARIO. Ahora veremos. ¿Dónde dices que tienes la tienda?

JULIO. En el veintitrés de la calle de Argenteuil.

COMISARIO. Está bien. Como no sea verdad te escocerá, júralo.

*Mira la carpeta.*

JULIO. ¡No ha de ser verdad!

COMISARIO. Ahora veremos. Mientras tanto esperarás aquí.

JULIO. ¿Puedo avisar a mi mujer?

COMISARIO. No.

JULIO. Pero...

COMISARIO ¿Eres sordo? (A los otros policías). Hale.

*El tercer policía toca a Julio en el hombro, éste se levanta.*

COMISARIO. Enteraos, y, si es verdad...

UN VIEJO RESTAURANTE MODESTO, CON ESPEJOS.

*Julio y María. Dos botellas de vino vacías sobre la mesa.*

EL CAMARERO. Otra copa...

JULIO. ¿Quieres un Kitsch o Cherry Brandy?

MARÍA. Cherry.

JULIO. Dos Cherry Brandy.

*Se aleja el camarero.*

JULIO. Pst... Bardinet ¿eh? A María. Me defendí. ¡Vaya si me defendí! Como una fiera. Al final tuvieron que avenirse y «usted perdone, señor Hoffman, usted perdone».

Entonces tuve la gran idea: porque yo ya había visto que en la carpeta ponían Julio Hoffman y el día de mañana, les dije, a lo mejor se vuelven a equivocarse... Me

aseguraron que no: «Ya hemos tomado nota». Pero yo insistí, insistí... Sí, señora. ¡Yo!, con la policía. ¿Qué te parece? Me llevaron al archivo... Vamos, cerca del archivo: me quedé en la puerta; y me sacaron el legajo. Amables, muy amables. Y realmente estaba rayado mi nombre y puesto el de Juan y una nota adicional explicándolo todo.

*Vuelve el camarero, les sirve el licor.*

JULIO. Si me ves discutiendo con ellos no me conoces; una fiera, lo que se dice una fiera...

*Pasa una camarera, Julio le estira el cordón del delantal, que se le desata, luego se vuelve muy satisfecho a María.*

JULIO. ¡Yupi!

#### PLATAFORMA DE UN AUTOBÚS.

*Gente a más no haber. Julio y María comiendo cacahuetes. Julio rompe las cáscaras, pone los granos en la boca de María, pasándolos por encima del hombro de un señor a quien la maniobra molesta; satisfacción de una mujer madura que se enternece viéndoles. Sacudida del autobús al pararse. El brazo de Julio tropieza con el sombrero del señor, que le lanza una mirada furibunda.*

JULIO. Usted perdone.

*Julio alarga el brazo para tocar el timbre del autobús. Sacudidas de éste. El brazo de Julio vuelve a tocar el sombrero del señor.*

JULIO. Usted perdone. La vida es hermosa.

*El señor, furioso, cambia de sitio, descubriendo a Casteras. Julio y María bajan.*

#### ALCOBA DE JULIO Y MARÍA.

*Julio, en mangas de camisa, lanza con el pie una bota al aire.*

JULIO. ¡Yupi!

MARÍA. Julio... Ten en cuenta que hay gente que duerme en el piso de abajo.

JULIO. Habló la mudita.

MARÍA. No me gusta que me llames así.

*Julio se levanta.*

JULIO. Ven acá, piquito de oro.

MARÍA. ¿Por qué te burlas de mí?

JULIO. No me burlo. No hay nada como tus labios.

MARÍA. Calla, tonto.

*Julio la coge en sus brazos, la trae sobre la cama.*

JULIO. ¿Comprendes? Te miro y me das confianza en la vida. Como si fueras un paisaje.

MARÍA. ¿De dónde?

JULIO. De donde soy.

MARÍA. ¿De dónde eres?

JULIO. Tuyo. ¡Qué borracho debo estar!

MARÍA. ¡A qué santo!

JULIO. Me gustas porque eres exactamente lo que quiero.

MARÍA. Estoy contenta de verte tan contento.

JULIO. El vino tiene eso de bueno.

MARÍA. ¿Me quieres porque estás un poco?

JULIO. No hay más vino que tú.

*La besa. Se besan. Se buscan.*

MOSTRADOR DE LA TIENDA DE JULIO.

JULIO. (*A alguien que está de espaldas*). No, señora, no se moleste usted: no tomo entradas en favor de nadie.

Ni de los niños españoles. Que cada quien se las arregle como pueda... Si se le estropea la radio, se la compondré mejor y más barato que nadie. Por eso no necesito que vaya alguien por ahí vendiendo billetes para remediarme. No señora, no, no se moleste, ya le he dicho que no. Por el mismo precio prefiero ir a ver a Fernandel, esta noche, en el cine de la esquina. Por lo menos ése no engaña a nadie.

PARÍS. UNA CALLE. UN QUIOSCO DE PERIÓDICOS.

*Julio y María del brazo, con algunos paquetes, se paran a mirar los periódicos y revistas colgados. Carteles de París-Soir anunciando: 28 de*

*abril de 1939: Hitler propone soluciones para el problema de Dantzig.*

*Se superpone otro:*

5 de mayo de 1939: El gobierno polaco se muestra dispuesto a aceptar cualquier gestión para mejorar las relaciones germano-polacas.

LONDRES. EXTERIORES DEL PALACIO DE WESTMINSTER.

UNA VOZ. «No asistiremos con los brazos cruzados a la destrucción de la independencia de un estado».

MADRID. PASEO DE LA CASTELLANA.

*Desfile militar. Sobreimpreso: 20 de mayo de 1939: Desfilan fuerzas falangistas ante Francisco Franco. (Actualidades Nodo).*

PARÍS. EXTERIOR DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS.

OTRA VOZ. «Ni la fuerza ni la astucia podrán nada contra Francia».

Cartel de *Le Journal*:

31 de mayo de 1939: Salen de España las fuerzas militares italianas que ayudaron al general Franco. Carcajadas del público de un cine.

CINE POPULAR.

*María y Julio, riendo. Lo que ven: un dibujo animado de Popeye. Come éste sus espinacas, y vapulea a su adversario. Fin. Siguen inmediatamente Las Actualidades Pathé.*

*Actualidades; Berlín. Hitler hablando ante una gran concentración de camisas pardas.*

HITLER. «Franco, al empezar la lucha por la salvación de España, tropezó con una conspiración urdida en el mundo entero. En julio de 1936 me decidí a responder a la solicitud de ayuda que me pedía».

Actualidades alemanas:

*Desfile de tropas de la Legión Cóndor en Berlín.*

*Un locutor hablando ante un micrófono:*

LOCUTOR. El gobierno soviético propone que se inicien lo antes posible las reuniones de los Estados Mayores de Francia, Inglaterra y Rusia.

*Tras él, un calendario. 23 de julio de 1939.*

EN LA SALA DEL CINE.

JULIO. A María. ¿Salimos?

MARÍA. ¿Ya?

JULIO. Si no te sabe mal...

*Van saliendo, molestando lo menos posible a los demás espectadores.*

JULIO. Perdón, perdón, perdón.

LA CALLE.

*Julio y María salen del cine.*

JULIO. Ya lo habíamos visto casi todo.

MARÍA. Me saca de quicio tanto hablar de la guerra.

*Se cruzan con un voceador de periódicos de la noche. Compra uno Julio, lo despliega. Titular: «Fracasa la gestión franco-británica para obtener la aquiescencia del gobierno polaco a una colaboración con el Ejército rojo».*

JULIO. ¿Cómo puede haber guerra con las armas de hoy?

*La vendedora de un puesto de flores saluda.*

VENDEDORA. Buenos noches, *monsieur* y *madame* Hoffman.

JULIO. ¿Ya funciona bien su radio?

*El esposo de la vendedora, que está sentado tomando el fresco, se asoma, gordo y sudoroso.*

ESPOSO DE LA VENDEDORA. Muy bien. ¿Qué dice de esto? (Señala el mismo periódico que lleva en las manos).

JULIO. No sé qué pensar.

ESPOSO DE LA VENDEDORA. Nadie quiere la guerra.

VENDEDORA. Menos los boches...

MARÍA. ¡Ni que la hubieran inventado!

JULIO. Buenas noches.



MARÍA. Buenas noches, *msieu y mdam* Bonheur.

LOS VENDEDORES DE FLORES. Buenas noches, *msieu y mdam* Hoffman.

*Julio y María siguen adelante.*

JULIO. ¿Quieres tomar algo?

*María niega con la cabeza. Se detiene. Están frente a una pajarería.*

MARÍA. Me vas a prometer una cosa. (Se paran. Al fondo, los pájaros). Si hay guerra, no te alistarás. La faz dubitativa de Julio. ¡Que digan lo que quieran! Se miran, fijos, se besan. Luego, cogiéndose el talle, echan de nuevo a andar.

*Julio, mirando al suelo. Las puntas de sus botas, avanzando.*

JULIO. Cada día hablo menos. Por el acento. Me avergüenzo...

MARÍA. ¿Cómo te puedes avergonzar del sonido de tu propia voz? ¿Que tienes acento? ¿Y qué? ¡Es tuyo!

JULIO. Piensan que soy alemán.

MARÍA. O alsaciano, o checo, o rumano.

JULIO. Lo cual no arregla las cosas, tal y como están.

MARÍA. No olvides lo que me has prometido.

JULIO. ¿Qué?

MARÍA. No alistarte...

JULIO. No habrá ocasión. La última semana de agosto nos iremos al campo...

MARÍA. ¿Palabra?

BOCINA DEL ALTAVOZ DE UNA RADIO.

VOZ DE LOCUTOR. (*Sin dar mayor importancia a ninguna de las noticias*). En Moscú, Alemania y Rusia firman un pacto de no agresión. En Dantzig se publica un Decreto nombrando a Forster jefe del Estado de la ciudad. El embajador inglés en Berlín, *sir* Neville Henderson, entrega a Hitler un mensaje personal del jefe del gobierno británico, señor Chamberlain.

Actualidades alemanas: *Letrero; 24 de agosto de 1936, superpuesto a la llegada de Ribbentrop a Moscú.*

INTERIOR DE UN BARRACÓN DEL CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE

VERNET D'ARIEGE.

*En una tarima de un metro de ancho están acostados Leo Weicsen y Juan. Hablan en voz baja.*

WEICSEN. Me van a expulsar y me duele horriblemente. Desde que recuerdo, fui del partido.

JUAN. ¿Qué has hecho?

WEICSEN. Provocar yo mismo mi expulsión.

JUAN. No te entiendo.

WEICSEN. Siempre luché por lo que consideré no sólo justo, sino irremediable.

JUAN. ¿Y? ¿Ya no crees en la victoria del proletariado?

WEICSEN. Sí. Pero a este precio, no vale la pena.

JUAN. ¿Qué precio?

WEICSEN. La guerra.

JUAN. ¿Crees que la firma del pacto germano-soviético es la guerra?

WEICSEN. Sí.

JUAN. ¿Te das cuenta de lo que va a ganar la URSS?

WEICSEN. Desde aquí, encerrados, fuera de juego como estamos, es posible que se pueda considerar así. Pero piensa en los millones de trabajadores que van a morir.

JUAN. ¿No habíamos quedado en que de todos modos habría guerra?

VOZ DE KARPATY. ¿Queréis callar?

WEICSEN. (*Más bajo*). Es otra cosa. No se puede hacer lo que Stalin ha hecho. No es decente.

JUAN. Pues lo hizo.

WEICSEN. Contra ello me rebelo.

JUAN. Te vas a quedar solo.

WEICSEN. Lo sé.

JUAN. Ni yo te dirigiré la palabra.

WEICSEN. Lo sé.

JUAN. Pediré que me trasladen a otra barraca.

WEICSEN. No te preocupes, ya lo harán ellos por su cuenta.

JUAN. Acabarás vendido.

WEICSEN. ¿Lo crees?

JUAN. No, pero... podrías pensarlo un poco más.

WEICSEN. Es inútil: le di la carta a Carlos.

VOZ DE KARPATY. ¿Queréis callar, hijos de Satanás? ¿No podéis discutir tonterías a otra hora?

VOCES. ¡Chist! ¡Chist!

*(Ruido de pasos de una patrulla).*

EXTERIOR DEL CAMPO DE VERNET. NOCHE.

*La patrulla, por fuera de las alambradas. El relevo. Dos soldados se dirigen a una taberna. Los seguimos.*

LA TABERNA.

*La puerta se entreabre para dar paso a los dos soldados. Humo. Todas las mesas ocupadas. Se oye la radio: todos los oyentes, inmóviles. La radio.*

VOZ DEL LOCUTOR. Hoy, primero de septiembre de 1939, a las cinco horas cuarenta y cinco minutos sin previa declaración de guerra, el Ejército alemán invadió Polonia. Las ciudades polacas son bombardeadas por la Luftwaffe. Forster ha proclamado la incorporación de Dantzig al Reich.

*Actualidades alemanas. Tanques en marcha hacia el espectador. Uno, otro, otro, dos, diez, cien.*

*Voz. El 4, los alemanes ocupan Czestochowa. El 6, Cracovia y Kielce; el 8, Rodom. El 10, Ossowiec. El 15, Prsemysl. El 27, capitula Varsovia.*

PORTERÍA DE LA CASA DE JULIO. NOCHE.

*La portera y otra vieja se echan las cartas.*

VIEJA. *(Riendo)*. Esta es la línea Maginot. No hay quien pase.

*Lllaman a la puerta. Asoma la cabeza un policía.*

POLICÍA. ¿Hoffman?

PORTERÍA. Tercero, derecha.

*La escalera. Suben tres policías. Llegan ante la puerta de Julio.  
Llaman.*

POLICÍA 1.º. Menos mal que éste vive en el tercero... todos los de hoy, en el quinto o en el sexto...

*Vuelve a llamar. La puerta se entreabre; aparece Julio.*

POLICÍA 1.º. ¿Hoffman?

JULIO. Sí...

*Los policías empujan la puerta.*

POLICÍA 1.º. Tiene que venir con nosotros...

INTERIOR DE LA CASA. EL RECIBIDOR.

JULIO. ¿A dónde?

POLICÍA. Ya lo verá.

JULIO. No está mi mujer.

POLICÍA 2.º. Así evita despedirse...

POLICÍA 1.º. Coja una manta.

JULIO. Pero ¿me van a detener?

POLICÍA 2.º. No.

POLICÍA 1.º. No estamos aquí para darle explicaciones. ¡Hala... de prisa!

JULIO. Es una equivocación.

POLICÍA 2.º. Desde luego.

JULIO. Ustedes buscan a mi hermano...

POLICÍA 1.º. ¿Usted se llama Hoffman?

JULIO. Sí. Pero buscan a Juan, yo me llamo Julio.

POLICÍA 2.º. (*Mirando un papel*). Nacido en... no sé dónde... en 1906.

JULIO. Pero yo...

POLICÍA 3.º. No hable tanto. No vale la pena.

EL COMEDOR.

*Mientras, los policías han entrado, mirado y removido todo por las habitaciones.*

POLICÍA 1.º. ¡Hala! ¡Hala!

JULIO. Pero si no puede ser...

POLICÍA 1.º. ¿No quiere coger una manta? Andando...

JULIO. Pero...

POLICÍA 1.º. He dicho que andando. Tenemos mucho que hacer todavía.

JULIO. ¿Y mi mujer?

POLICÍA 2.º. No se preocupe, ya se enterará.

LA PORTERÍA.

*La portera sigue consultando las cartas de la baraja.*

PORTERA. (A la otra vieja). Uno, dos, tres, cuatro, cinco... Buenas noticias. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Una carta.

*Pasan los policías y Julio frente a la portería.*

JULIO. Señora Bouchier...

*La portera se levanta y se acerca al quicio de la puerta.*

JULIO. Dígale a mi mujer...

POLICÍA 1.º. Dígale que vaya mañana a la prefectura, despacho 363, y que pregunte por él ¡Vamos!

*La portera y la vieja salen tras Julio y los policías.*

LA CALLE.

*Frente al portal de la casa de Julio, un autocar de la policía, con dos bancas laterales. Pasando entre gente agolpada, Julio sube al camión. En el interior, diez detenidos y dos policías armados con carabinas sentados a la entrada. (El coche no tiene puerta). Uno de los presos, El Largo, sentado al fondo, dice al ver subir a Julio:*

EL LARGO. Peligroso para Francia...

JULIO. Buenas noches.

*Le contestan con gruñidos. Los otros policías se apretujan al lado*

*del chófer.*

POLICÍA 1.º. Al 16 de la misma calle.

*El coche arranca entre la gente que se ha quedado en la puerta de la casa.*

UN MIRÓN. Recogen a los espías...

OTRO. La quinta columna.

MUJER GUAPA. Si los alemanes cuentan con tipos como éstos, van aviados.

UN VIEJO. Usted ¿qué sabe?

*Llega María, con pan y provisiones.*

MARÍA. Buenas, noches...

MUJER GUAPA. Buenas noches.

MARÍA. ¿Qué pasa?

EL MIRÓN. Detienen a agentes de la quinta columna.

MARÍA. Ya era hora.

*María entra en el portal de su casa.*

UN NIÑO. (A otro, siguiéndola). Vamos a ver la cara que pone.

INTERIOR DEL AUTOCAR DE LA POLICÍA.

*Por las calles de París. El coche para. Uno de los detenidos canturrea Carmen (Toreador, etc).*

UNO BIEN VESTIDO. Pero ¿a mí por qué me han detenido? ¿Qué va a hacer mi suegro cuando se entere?

OTRO BIEN VESTIDO. Cuando se enteren de lo mío en el Ministerio de la Guerra, les van a poner buenos...

UN GORDITO. Yo me alisté voluntario... pero me dieron por inútil...

*Los otros policías traen a un nuevo detenido, obrero viejo y grueso, que se resiste. Lucha por desasirse. Se agolpan transeúntes.*

OBRERO. Si yo estoy en regla, si yo no me he metido nunca en política. Si yo soy viudo.

EL LARGO. Peligroso para Francia.

POLICÍA 1.º. Al Largo. ¡Cállate la boca! Al obrero. Sube y no vengas con

cuentos.

VOCES. Papá... papá...

*Arranca el coche. Fachada de la casa; en el sexto piso, unos niños consiguen abrir una ventana. La ventana.*

LOS NIÑOS. (Llamando). Papá... papá...

INTERIOR DEL AUTOCAR.

OBRERO. Señor Comisario, pero ¿por qué me han detenido?

POLICÍA 2.º. Yo no soy comisario...

EL DE LA BARBA. Soy un honrado comerciante.

POLICÍA 2.º. A mí no tienen por qué contarme nada. Nosotros cumplimos órdenes; y órdenes son órdenes.

EL DE LA BARBA. Tiene usted razón, señor comisario.

POLICÍA 2.º. Yo no soy comisario.

EL DE LA BARBA. Usted perdone, señor inspector.

POLICÍA. No soy inspector.

*Para el coche.*

CALLE.

*Los policías 1.º, 2.º y 3.º bajan del vehículo y se disponen a entrar en una casa. En el interior del autocar.*

PRIMER LLORÓN. (Al 2.º). Entonces, entró mi mujer...

SEGUNDO LLORÓN. ¿Entonces, entró su mujer?...

CALLE.

*Un hombre bien vestido sale de la casa. Los policías lo detienen y traen.*

INTERIOR DEL AUTOCAR.

TERCERO BIEN VESTIDO. Esto se llama llegar y besar el Santo.

EL LARGO. Peligroso para Francia.

POLICÍA. (*Al Largo*). Cállate la boca. Y siéntate aquí; a mi lado, voy a enseñarte a hablar.

*El Largo pasa a sentarse al lado del policía.*

EL RECIÉN LLEGADO. Hombre, esto está bien..., hay compañía.

*Se sienta al lado del primer llorón.*

PRIMER LLORÓN. No sé cómo puede tomar a broma...

RECIÉN LLEGADO. El llorar es una provocación amigo...

LLORÓN. Yo no soy su amigo.

*El coche arranca. El Largo parece haberse dormido. En el momento en que el coche frena para doblar una esquina, salta fuera del coche. Cae. Luego se levanta y echa a correr. En el interior los dos policías no se atreven a disparar. Gritan.*

POLICÍAS. ¡Para! ¡Paren!

POLICÍA DE LA DERECHA. (*A los que están sentados en el fondo del coche*). ¡Llamen! ¡Toquen!

*Uno con barba, sentado al lado de la separación de la cajuela, levanta la mano para llamar, pero el que está enfrente le mira fijo; el de la barba se queda con la mano en alto.*

POLICÍA. (*Furioso*). Llamas ¿sí o no?

*El de la barba llama. El autocar se detiene. Bajan los tres policías de la cajuela, atropellándose.*

*Un policía de adentro les grita:*

POLICÍA. Déjenlo, ya tenemos bastantes.

*Los policías se consultan, se alzan de hombros. Vuelven a encaramarse. El coche continúa su marcha. Para, a poco, para que los policías metan en el a un desarrapado que se refugiaba en un portal.*

UNA VOZ. Peligroso para Francia...

*Cara del policía primero, indignado. El autocar repleto se cruza con un camión que transporta becerros apiñados.*

EXTERIOR Y PATIO DE LA PREFECTURA DE POLICÍA.



*Llega el autocar. Se coloca al lado de otros carromatos idénticos. Los detenidos van bajando. Entran por una puerta estrecha. Cuando acaban de entrar, frente a la prefectura llega un taxi del que baja María con un paquete en la mano. Se la ve desde el patio. Entra en el portal.*

MARÍA. El despacho 363, ¿me hace el favor?

GUARDIA. Cuarto piso; pero ahora no se puede subir.

MARÍA. ¿Por qué?

GUARDIA. Se han ido todos.

MARÍA. Me dijeron que viniera...

GENDARME. Será mejor que vuelva mañana.

MARÍA. Déjeme pasar...

*La cara desesperada de María.*

GENDARME. Es inútil, pero pase si quiere.

CORREDOR DE LA PREFECTURA.

*María llega a un largo corredor desierto, mira los números de los despachos. Cuando llega a la altura de uno de ellos, dos funcionarios salen del mismo.*

PRIMER FUNCIONARIO. ¿Qué hace usted aquí?

MARÍA. Busco el despacho 363.

PRIMER FUNCIONARIO. Aquí no hay ningún 363.

MARÍA. Es para entregar esto.

SEGUNDO FUNCIONARIO. ¿A quién?

MARÍA. A mi marido.

SEGUNDO FUNCIONARIO. ¿Quién es su marido?

MARÍA. Julio Hoffman, vinieron a buscarle esta tarde.

PRIMER FUNCIONARIO. Ah...

MARÍA. Le confunden con su hermano...

PRIMER FUNCIONARIO. ¿Sí? Pues vuelva mañana. Aquí no hay nadie.

MARÍA. Pero ¿dónde está? No se ha llevado nada... Le traigo una manta.

SEGUNDO FUNCIONARIO. Una noche se pasa de cualquier manera. Sin duda le soltarán mañana.

MARÍA. ¿Usted cree?

PRIMER FUNCIONARIO. ¿Por qué no, si es una equivocación? Ande, váyase tranquila a casa.

SEGUNDO FUNCIONARIO. ¿No quiere tomar una copa?

MARÍA. No, gracias. ¿Están ustedes seguros de que no está aquí?

PRIMER FUNCIONARIO. ¿Está ciega?

*Ruido de tropa en el piso de arriba. Por el techo del corredor, a trechos encristalado, se ve la sombra de los pies de muchas gentes.*

SEGUNDO FUNCIONARIO. (*Mirando hacia arriba*). La carne...

*Los dos funcionarios se marchan. María se queda sola, indecisa, en medio del pasillo.*

EL PASILLO DE ARRIBA.

*Los detenidos en fila. Un gendarme con carabina, cada cinco metros.*

UN GENDARME. A la derecha... a la derecha... despejen el centro. ¡Avancen!

UN DESPACHO OSCURO.

*Los detenidos van entrando para ser fichados. Tras un mostrador varios escribientes. Un detenido, macilento, cojo con muletas, contesta a uno de ellos.*

COJO. Alfredo César Napoleón.

EL ESCRIBIENTE. Otro...

*El cojo desaparece por una puerta.*

UN CUARTO GRANDE Y DESTARTALADO. NOCHE.

*Gran número de detenidos, algunos sentados en el suelo. Otros en dos bancas pegadas a lo largo de las paredes. Por una ventana estrecha se divisa el Palacio de Justicia, un puente, los muelles, el Sena. Julio dormita sentado en el suelo, apoyado contra la pared.*

EL MISMO CUARTO, AL AMANECER.

*Julio, el vagabundo y el mecánico miran hacia afuera.*

VAGABUNDO. (*Viejo, barbudo, simpático*). Va a hacer buen día.

JULIO. ¡Qué más da!

VAGABUNDO. Cómo que ¡qué más da!

JULIO. ¿Qué van a hacer con nosotros?

EL MECÁNICO. (*De buena panza y nariz colorada*).

*Ni ellos mismos lo saben.*

JULIO. Llevo aquí tres días...

VAGABUNDO. Yo, cinco... aquí no se está mal...

JULIO. ¿Por qué me han detenido? ¡Qué me lo digan!

EL MECÁNICO. (En voz alta). Yo, por lo menos lo sé...

VARIAS VOCES. Ah...

EL MECÁNICO. Mi mujer le gusta al dueño de la lechería de abajo.

BOOKMAKER. Eres español...

MECÁNICO. Hace veintitrés años que vivo en Francia. Mi mujer es francesa y mis cinco hijos... Los dos mayores están en el frente.

BOOKMAKER. Pues si tu mujer le gusta todavía a alguien no veo de qué te quejas... Y ¿nunca te has metido en política?

MECÁNICO. Nunca... Bueno, fui secretario del Comité de Ayuda a los niños españoles...

BOOKMAKER. ¿Te parece poco?

MECÁNICO. La justicia...

BOOKMAKER. No hay justicia. Todos sois, más o menos, buenas personas; es decir, pobres diablos. Yo soy bookmaker. No es que sea una mala persona, pero, en fin, mucha vergüenza no tengo. Y ¿quién va a salir de aquí? Yo. Mi padre, dentro de un rato, soltará un billete de a mil, o dos, allá afuera; vendrá mi abogado, y me echarán a la calle. *Pasea a través del cuarto, muchos le escuchan.* ¿La justicia? No me hagáis reír. No existe.

Yo tenía una tienda; una tienda de alfombras turcas y no turcas; no podía ocuparme de ella; Puse a un gerente, que me dio 20 000 francos de fianza. Un día me cansé, quise echarle, fui a la tienda, armé un escándalo; le pegué. Fuimos a la comisaría, le acusé de haberme pegado. El comisario se lavó las manos y nos remitió

al juez. No teniendo tiempo para prepararme, no me presenté al juicio, se retrasó la vista y, mientras tanto, me enteré de quién era el juez, su familia, sus costumbres, etc. Tomé por abogado a un primo suyo, le pagué bien. Desde entonces, no tuve el menor cuidado. Al preguntar cuál era mi nacionalidad, contesté: inglés, lo cual es cierto, he nacido en Adén. «Un ciudadano inglés» repitió el juez. ¿Y usted? Le preguntó a mi gerente, Turco, contestó. Un turco, dijo con desprecio. Le condenaron a las costas... Ya sé que eso no tiene importancia. Pero el culpable era yo. ¿Dónde está la justicia? ¡Dinero y nada más que dinero! Y mano izquierda, y lo demás, pamplinas. Creedme, lo importante es encontrar cada día cien francos para poder vivir; yo doy con ellos sin mucho trabajo.

UN OBRERO. Un día llegará en que no sea esta justicia la que te juzgue, sino la de los hombres.

BOOKMAKER. Si tan largo me lo fías... Mirad, todos vais a ir como borregos a un campo de concentración; yo no. Voy a salir, porque mi padre va a pagar lo necesario para ello: costará mil, dos mil, cinco mil francos, pero yo seré puesto en libertad. Entre vosotros hay gente con dinero, supongo, pero no basta tenerlo, sino saber gastarlo. A vosotros os trajeron directamente aquí: yo me fui de juerga con los policías que me detuvieron. Las ideas no sirven para nada.

UN VIEJO ALEMÁN. Las ideas... las ideas... usted dirá que no sirven para nada; pero porque mi hijo no pensaba como Hitler, Hitler lo mandó fusilar.

*Un detenido llama a la puerta de la habitación. En seguida se ponen seis o siete en fila tras él. Un guardia somnoliento abre la puerta.*

GUARDIA. De dos en dos.

CORREDOR DE LA PREFECTURA.

*Los dos primeros detenidos de la fila salen al corredor, que lavan, arrodilladas, dos mujeres.*

PRIMERA MUJER. ¿Tienes noticias de tu hijo?

LA OTRA. Está bien, en la frontera belga, en un pueblo. Como le gusta mucho la leche, está bien.

PRIMERA MUJER. Hace dos meses que no sé nada de Esteban.

*Los dos detenidos entran en el WC. Por el pasillo llegan oficinistas, entre ellos tres policías: Luis, comisario, Pedro y Enrique, sus agentes. Entran en un despacho.*

DESPACHO DEL COMISARIO.

*Los recién llegados cuelgan sus sombreros de una percha.*

PEDRO. (*Recio, grueso, más bien bajo*). No hace calor.

ENRIQUE. (*Gordo, alto*). Ahora nos calentaremos.

*Luis, el comisario, se ha sentado tras el despacho. Pedro le tiende una hoja.*

COMISARIO. Cano, fuma pipa. ¿Muchos?

PEDRO. Todos los que quieras, y más.

COMISARIO. Los dos primeros.

*Pedro sale por una puerta.*

COMISARIO. En el restaurante del Borgoñón han traído un Anjou de primera.

*Por la puerta donde salió, vuelve a entrar Pedro con Caamaño y Mayer, un hombrecito escurridizo.*

PEDRO. (*A Mayer*). Espera. (*A Caamaño*). Tú, acércate.

COMISARIO. ¿Cómo te llamas?

CAAMAÑO. Antonio Caamaño López.

COMISARIO. Consultando una ficha. ¿Has hecho la guerra en España?

CAAMAÑO. ¡Claro!

COMISARIO. ¿Herido?

CAAMAÑO. Cuatro veces.

COMISARIO. Ahora tendrás la conciencia tranquila ¿no?

CAAMAÑO. No entiendo.

COMISARIO. ¿Eres un buen revolucionario?

CAAMAÑO. ¿Yo, revolucionario? No.

COMISARIO. Y además enlace con el extranjero.

CAAMAÑO. Ni soy revolucionario ni enlace con nada.

COMISARIO. ¿A qué grado llegaste?

CAAMAÑO. A comandante.

COMISARIO. ¿Cuántos años tienes?

CAAMAÑO. Veinticuatro.

COMISARIO. Comandante de veinticuatro años...

CAAMAÑO. Menos tenía Desaix cuando murió, y era general.

COMISARIO. Ya que sabes tan bien tu historia, y la nuestra, te voy a refrescar la memoria: ahora mismo me vas a decir quién da el dinero para mantener a ciertos refugiados españoles escapados de los campos, como tú.

CAAMAÑO. No lo sé.

COMISARIO. Eres muy joven para mí...

CAAMAÑO. Un momento, por favor.

*Caamaño se quita un aparato protésico de la boca, se queda sin mandíbula.*

CAAMAÑO. Ahora.

COMISARIO. Pegándole una bofetada. ¿Qué te has creído? ¡Toma!

*Mayer, desde su esquina.*

MAYER. ¡Esto es una vergüenza!

*Pedro se le acerca.*

PEDRO. ¿Qué dices?

MAYER. Digo que esto es una vergüenza.

*Pedro le pega un puñetazo en la cara. Mayer cae al suelo, empieza a correrle la sangre por la boca. El comisario pasea, una regla en la mano. Enrique mantiene sujeto a Caamaño, que sigue a Luis con la mirada.*

*Una mariposilla revolotea alrededor de la lámpara encendida.*

COMISARIO. Conque no hablamos, ¿eh? Saca una pistola. De aquí no vas a salir vivo.

CAAMAÑO. He visto otras más largas en mi vida.

*Luis pega furioso con la regla sobre los dedos de Caamaño, abultados, sanguinolentos. Luego, furioso, tira la pistola sobre la mesa.*

COMISARIO. Basta. ¡Llévatelo!

*Pedro se lleva a Caamaño. Este, al llegar a la puerta, se vuelve.*

CAAMAÑO. Hasta la vista.

MAYER. En el suelo. ¡Denúncialos... Denúncialos!

*El Comisario ríe.*

COMISARIO. El que los va a denunciar eres tú. Acércate.

## CUARTO DE LOS DETENIDOS.

*Con más gente.*

EL MECÁNICO. (*A un grupo de cuatro, entre ellos Julio y Casteras*). La cosa es muy sencilla: cogen la lista ¡y a trincarlos! ¿Quiénes estamos aquí? Extranjeros que han sufrido alguna condena, sea la que fuere: por haber insultado a un guardia o estafado veinte francos al tabernero de la esquina... A los peces gordos no les molestan... Una ficha siempre se puede si no comprar, pasar por alto... Y luego, los que llaman políticos, peligrosos para Francia... Basta que le denuncie el casero, la portera, el vecino... y ni eso siquiera: sobra con un anónimo.

UN VIEJO. Sí, un anónimo sin firma.

EL MECÁNICO. Todos espías, todos españoles, todos rojos.

JULIO. Pero ¿contra quién hace la guerra? ¿Contra los fascistas? Entonces ¿por qué detienen a los antifascistas?

CASTERAS. De los misterios y de los ministerios líbrenos Dios.

EL BARÓN POLACO. Yo no soy antifascista y tengo todos mis papeles en regla.

UN JOVEN. (*Refiriéndose a él*). Ha estado tres años conmigo en Melun. En la cárcel, claro.

JULIO. A mí me van a soltar en seguida, se trata de una equivocación. Ya me sucedió otra vez. ¿Usted comprende? El barón le escucha impasible. Me confunden con mi hermano... A mí me parece bien que detengan a los sospechosos... No se sabe nunca... Pero yo tengo una tienda de radios.

EL BARÓN POLACO. ¿De radios?

JULIO. Compró, vendo, reparo...

BARÓN. ¿Repara?

JULIO. Tengo la desgracia de tener un hermano bolchevique. La policía está muy bien hecha: lo mío es una equivocación, pero podría no serlo. En mi expediente consta muy claro. En cuanto lo vean se darán cuenta y me soltarán.

DESPACHO DEL COMISARIO.

COMISARIO. ¿Cuántos?

PEDRO. Sesenta y tres.

COMISARIO. ¿Cuántos faltan?

PEDRO. Ciento treinta y siete. En diez días, a doscientos diarios, los dos mil que

pidió el ministro.

COMISARIO. ¿Tienes la lista?

PEDRO. Sí, faltan dieciocho.

COMISARIO. ¿Qué piensas hacer?

PEDRO. Extranjeros no faltan nunca... Lo que importa es el número ¿no? ¿Qué hacemos con ese Hoffman?

COMISARIO. ¿Hoffman?

PEDRO. Ese que trajeron en vez de su hermano. Ahí tiene el expediente.

COMISARIO. ¿De dónde es?

PEDRO. De un lugar imposible. Tiene una tienda de radios.

COMISARIO. ¿De radios?

PEDRO. Sí.

COMISARIO. ¿Ya estuvo aquí antes?

PEDRO. Sí.

COMISARIO. Quédate con él.

PEDRO. Uno menos.

COMISARIO. Uno más.

EL CUARTO DE LOS DETENIDOS.

*Entran siete más. Saludos vagos. Curiosidad.*

UNO. ¿Usted qué es?

UN RECIÉN LLEGADO. ¿Estáis aquí hace mucho tiempo?

OTRO RECIÉN LLEGADO. (A Julio). Yo le conozco.

JULIO. No recuerdo.

RECIÉN LLEGADO. Tiene una tienda en la rue d'Argenteuil.

JULIO. Sí, sí, pero estoy aquí por equivocación. Me van a soltar en seguida.

*Entre los recién llegados, un gigantón se queda mirando fijamente a otro, sentado en uno de los bancos. El gigantón guiña un ojo. El otro le contesta con un guiño parecido. El gigantón guiña el otro ojo, el otro hace lo mismo. Los dos lanzan un grito gutural. El guardia abre la puerta para ver lo que sucede.*



EL GIGANTÓN. Abrazando al otro. ¡Ladislás!

LADISLÁS. ¡Ladislás!

EL GIGANTÓN. ¿Tú por aquí?

LADISLÁS. ¿Desde cuándo estás en París?

EL GIGANTÓN. Hace doce años.

LADISLÁS. Yo, hace trece.

*Los dos hombros se miran sonrientes.*

*Se besan. El guardia sale. Los demás miran, curiosos.*

EL GIGANTÓN. Claro, saliste del pueblo un año antes que yo... Te busqué por todas partes: como no escribiste a nadie...

LADISLÁS. Todavía no he aprendido.

EL GIGANTÓN. Lo que no sabes es que tu mujer ha tenido seis chicos.

LADISLÁS. No me digas. ¿Todos varones? Bueno y ¿dónde vives y qué haces?

EL GIGANTÓN. En Menilmontant, en la calle de los Pirineos.

LADISLÁS. ¡Y yo!

*Se abrazan otra vez. El gigantón se dirige a los demás.*

EL GIGANTÓN. Doce años sin vernos y buscándonos... Es de mi pueblo; amigo de la infancia. ¡Y encontrarnos aquí, qué alegría!

*Ladislás y el gigantón se sientan.*

LADISLÁS. Bueno, cuéntame del pueblo...

EL GIGANTÓN. Pues mi padre...

*A su lado están sentados dos judíos muy característicos: barbas, casquetes.*

EL JUDÍO INDIGNADO. ...Y ahora en Francia; porque la mayoría de los que detienen son judíos. ¿Quién lo había de pensar? Un gobierno de izquierda...

EL JUDÍO TRANQUILO. ¡Bah! Siempre ha sido así.

EL JUDÍO INDIGNADO. Cómo ¿siempre?

EL JUDÍO TRANQUILO. Sí, siempre nos han echado de todas partes; ya ves Adán y Eva...

*A su lado, cerca de la ventana, Julio y el vagabundo.*

VAGABUNDO. Yo no he trabajado ni trabajaré nunca...

EL JUDÍO TRANQUILO. Y acabarás haciendo trabajos forzados...

JULIO. ¿No tuviste mujer?

VAGABUNDO. Sí, hace tiempo..., como es natural.

JULIO. ¿No quieres nada ni a nadie?

VAGABUNDO. Nadie puede querer a nadie: todo es comercio: en el mercado venden frutas, flores; aquí, hombres... Yo estoy fuera de las cosas.

JULIO. ¿Fuera de qué?

VAGABUNDO. Del juego.

JULIO. ¿No crees en Dios?

VAGABUNDO. ¡Bah! Han construido la Torre Eiffel para verle, pero es demasiado grande para que se pueda ver. Lo que a mí me gusta es la vida: los escaparates, el lujo, la lluvia.

*Pasa la mano por el alféizar de la ventana, sus dedos se ensucian de polvo. Se los limpia.*

VAGABUNDO. Mira: sólo existen la suerte y la muerte; los muertos pagan la guerra. Todo es polvo. Yo no tengo amigos, ni compañeros... estoy solo. Hasta entre los vagabundos hay hipocresía y estafadores... Nunca pedí nada a nadie.

JULIO. Y ¿de qué vives?

VAGABUNDO. De lo que se encuentra por ahí...

JULIO. ¿No lees?

VAGABUNDO. No. Y para beber agua, la hay en cualquier parte. Hasta la de los urinarios es buena.

JULIO. Si todos fueran como tú, el mundo sería de otra manera.

VAGABUNDO. No. Tiene que haber reacción: positivo o negativo. Hay cruces de arriba abajo, de abajo arriba, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha. De ahí no se sale.

JULIO. Así que nunca hiciste nada...

VAGABUNDO. Recoger colillas...

JULIO. Pero ¿alguna cosa te gustará más que otra?

VAGABUNDO. Estar solo y la música, y las ciudades... San Petersburgo, París... El lujo es bonito para verlo: a veces no como, Pero si tengo bastante dinero compro bombones. Los caramelos también me gustan. Y los cuadros bonitos.

JULIO. ¿Has ido al Louvre alguna vez?

VAGABUNDO. *Señalando sus harapos.* ¿Así?

JULIO. ¿No has tenido hijos?

VAGABUNDO. No quiero dejar nada en este mundo.

JULIO. Pero ¿crees que el hombre tiene alma?

VAGABUNDO. Sí, a pesar de todo.

JULIO. ¿Nunca has pensado en suicidarte?

VAGABUNDO. Eso se queda para los desgraciados, para gentes que no soportan: los que hacen comercio. Para ellos, todo es robo... Quizá tengo derecho yo también, pero prefiero no comer.

JULIO. Podrías pescar.

VAGABUNDO. Es demasiado complicado... Mejor es comprar cerillas que pedir fuego...

*A su lado se ha plantado un detenido muy delgado, fumando. Le escucha con su cara torcida, de pocos amigos.*

EL QUE FUMA. Si hubieses estado en la cárcel del Poissy como yo, durante quince días, en un calabozo, con un cigarrillo en los labios y los carceleros negándose a darte fuego. ¿Te das cuenta? Un cigarrillo en la boca, en la mano, durante quince días y los carceleros riéndose. No pedir fuego. ¡Mierda!

VAGABUNDO. ¿Te moriste?

*Entra un camarero llevando una bandeja con comida. Se le acercan los detenidos. El policía que está en la puerta hace como que no se entera de lo que sucede. El camarero, a un joven elegante:*

CAMARERO. (Consultando un papel). De Passy 4203, no contestan.

EL ELEGANTE. Si no puede ser...

CAMARERO. De Auteuil 1221, dicen que está bien que no se preocupe, que saldrá en seguida... De Nord 0242, que el chico tiene diarrea...

UN HOMBRE CON BARBAS. ¿Nada más?

CAMARERO. ¿El tabaco de quién es?

VARIOS. Para mí... Para mí...

CAMARERO. Por turno: paguen, paguen. A ver, ¿qué? ¿Lucky? No, se me olvidó. ¿Cuánto le han dado al de la puerta?

*Rodeándole, le dan encargos, papeles... dinero.*

CAMARERO. No puedo más, no puedo aceptar más recados... Cuando vuelva.

EL CONDE POLACO. ¿Cuándo volverá?

CAMARERO. Luego... no sé; ya veremos.

*El camarero sale dejando a algunos esperanzados, a la mayoría desconsolados.*

UN POLICÍA. (Asomándose). Jorge Andrews.

EL BOOKMAKER. Presente.

*El policía le pone una mano en el hombro.*

POLICÍA. Ahí afuera le espera su abogado... Enhorabuena, usted sale.

*Varios rodean al Bookmaker.*

UNO. Hágame el favor de echar esta carta al correo.

OTRO. ¿Quiere telefonar? Auteuil 1004: es un número muy fácil.

OTRO. Tome este número... Tenga cien francos...

BOOKMAKER. Otro día, otro día...

*El bookmaker cierra la puerta, que, inmediatamente, se vuelve a abrir.*

POLICÍA. Hoffman.

JULIO. Aquí ¿qué pasa?

VARIOS. (Confusamente). Él también... Enhorabuena. Enhorabuena. Por favor, llame por teléfono a mí hermano... Yo vivo al lado... Dígale... Por favor...

POLICÍA. No alboroten. (A Julio). Es su mujer.

*Hoffman se abre paso y sale.*

EL CUARTO CONTIGUO.

*María espera, con un paquete en la mano. Entra Julio. Largo, estrecho abrazo.*

JULIO. Siéntate.

*Se sientan en un banquillo pegado a la pared. Se miran sin decirse palabra; a Julio le caen dos lágrimas.*

MARÍA. No llores. No te preocupes. No seas así; me han dicho que te van a soltar en seguida.

*Julio quiere hablar, no puede.*

MARÍA. He visto a todos los comerciantes de la calle, van a firmar un escrito pidiendo tu libertad, asegurando que se trata de una equivocación, que eres una persona decente.

JULIO. ¿Has estado en la tienda? ¿Has cerrado el contador? ¿Has pagado el teléfono?

MARÍA. Sí lo he hecho todo, no te preocupes.

JULIO. ¿Han firmado todos?

MARÍA. Todos, menos el joyero de la esquina.

UN GENDARME. *Bonachón, a María.* ¿Ve como todavía no se ha muerto?

MARÍA. Te traigo una manta y algo de comer. ¿Quieres algo más?

EL GENDARME. No hace falta.

COMISARIO. *(Que ve la escena al pasar).* Si necesita algo ya le acompañaremos a su casa para que lo busque.

MARÍA. Muchas gracias.

GENDARME. *(Dando por terminada la entrevista).* Bueno, ya está bien.

*María y Julio se levantan, se abrazan. El gendarme pone la mano en el hombro de Julio, que, sin mirar a María, se desprende y entra en el cuarto contiguo. Al fondo, el Comisario consulta una ficha en un archivo.*

MARÍA. Trátenlo bien, trátenlo bien. Es muy bueno no ha hecho nada...

*Por la puerta del pasillo, otro gendarme empuja a un detenido con la boca sangrante. Silencio.*

COMISARIO. Furioso ¡Estos no deben entrar aquí!

EL OTRO GENDARME. Se cayó. Palabra: tropezó...

*El gendarme empuja al recién llegado hacia el cuarto contiguo, mientras María lo mira angustiada.*

EL GENDARME. Descuide, señora, descuide; aquí se trata bien a todo el mundo.

CUARTO DE LOS DETENIDOS.

*Julio abre el paquete que le trajo María. Un joven, cara de hambre, le mira.*

JULIO. ¿Qué eres?

CARA DE HAMBRE. Cubano.

JULIO. ¿Por qué te detuvieron?

CARA DE HAMBRE. Estuve en las Brigadas Internacionales.

JULIO. ¿Conociste a un tal Juan Hoffman?

CARA DE HAMBRE. ¿De qué brigada?

JULIO. No lo sé. Por su culpa estoy aquí.

UNO CON CARA DE TONTO. Tú eres cubano de México ¿no?

CARA DE HAMBRE. No.

VILLANUEVA. *(Un gallego grandote, a Julio)*. Ten cuidado, es un chivato.

JULIO. Desconcertado. ¿Quién?

*Villanueva se alza de hombros, se aleja.*

ESTACIÓN DEL METRO.

*María baja del tren. Va hacia la calle.*

LA CALLE.

*María camina hacia su casa. Atardece. Se encienden los faroles.*

ESCALERA DE LA CASA DE JULIO.

*María sube. Se para de cuando en cuando, cansada. Su mano por la barandilla recibe la vaga última luz del día que entra por claraboya. En el tercer tramo, un hombre espera cerca de la puerta, levantado el cuello del gabán, sombrero calado.*

*María lo ve al introducir la llave en la cerradura. Asustada, deja caer la llave. Juan se acerca, la recoge, abre la puerta.*

JUAN. Entra.

EL RECIBIDOR.

*María se apoya, sin reponerse, contra la pared, mientras Juan cierra la puerta. Juan sonríe, se quita el sombrero, baja las solapas de su gabán.*

JUAN. No soy el diablo. ¿Dónde os habéis metido? ¿Dónde está Julio? Estuve en la tienda ¿Por qué está cerrada? No quise preguntar. Aquí, aproveché un momento en que la portería quedó sola...

MARÍA. Está detenido...

JUAN. ¿Qué?

MARÍA. Lo que oyes... No te quedes ahí, pasa.

*María se quita el sombrero con una mano desganada y pasa a la sala; da tres pasos, se para, se vuelve, mira a Juan, que se ha quedado en el recibidor.*

MARÍA. Pasa.

*Juan entra, se deja caer en un sillón.*

JUAN. Cuenta ¿cómo fue?

MARÍA. (Sentándose). Le han confundido contigo.

JUAN. Es absurdo. ¿No ha podido probar?

MARÍA. ¡Tú qué sabes! Estoy deshecha de ir de acá para allá. Nadie me hace caso, todos dicen que sí, que rectificarán, que es un error, una equivocación... En seguida... Tenga paciencia... Así llevo diez días, de aquí para allá, sin dormir.

*Juan se levanta, se acerca al balcón. Música lejana de un acordeón; Juan mira el paisaje, ya casi nocturno, de los tejados; luego se vuelve, indeciso.*

JUAN. ¿Cuándo?

MARÍA. Ya te lo he dicho, hace diez días.

*Juan anda y desanda por la habitación. María le sigue angustiada con la mirada.*

MARÍA. ¿Te fugaste?

JUAN. Evidentemente.

MARÍA. ¿Lo pasaste muy mal?

JUAN. Como todos.

MARÍA. ¿Qué piensas hacer?

*Juan sigue paseando, luego se para otra vez, en la ventana. María se acerca, se le abraza llorando. Juan va a estrecharla contra él, se arrepiente, la coge por los hombros, apartándola.*

JUAN. Vamos.

MARÍA. ¿A dónde?

JUAN. ¿Dónde ha de ser? A la Prefectura. ¿O ves otra solución?

*María se sienta desalentada en el sillón.*

*Ligera pausa.*

MARÍA. ¿Estás seguro de que así lo soltarán?

JUAN. Hay que probar.

MARÍA. ¿Y tú?

JUAN. Seis meses de cárcel, por evasión, pasan pronto.

MARÍA. ¿Qué se te había perdido en España?

JUAN. Di mejor ¿qué perdimos allá?

MARÍA. Sigo sin entender.

JUAN. No te preocupes.

LAS ORILLAS DEL SENA. NOCHE.

*María y Juan apoyados en el pretil. Amanece muy lentamente.*

JUAN. No quieres darte cuenta de la realidad.

MARÍA. Si no te hubieras dejado arrastrar, ni Julio estaría donde está ni tú huido y a punto de volver al campo, o a la cárcel.

JUAN. ¿Te complace ser borrego o planta? ¿No quieres conservar tu libertad?

MARÍA. ¿A esto: a estar como estamos tú, Julio, yo, llamas conservar la libertad?

JUAN. ¿Recuerdas que hace tres años tuvimos una discusión parecida?

MARÍA. Fue a poco de conocernos; todavía iba al Mabillón. Fuimos a un café de la plaza del Trocadero... Trabajabas en la construcción del pabellón belga.

JUAN. Te dije que te quería...



MARÍA. Los periódicos anunciaban la caída de Madrid.

JUAN. Que resistió más de dos años... Me marchaba al día siguiente... Me diste a escoger entre tú y mi deber. Te casaste con Julio a los seis meses.

MARÍA. No tenía ningún compromiso contigo.

*El agua del río corriendo mansamente.*

JUAN. No te lo reprocho. Julio...

MARÍA. ¿Qué tienes que decir de tu hermano?

JUAN. Nada, tan ciego como tú. Supongo que sois muy felices; una felicidad de topos que, por lo visto os basta.

MARÍA. No lo dudes.

JUAN. Sin ese grano de sal que diferencia a los ríos del mar.

MARÍA. Los ríos también son hermosos, Juan: más, tranquilos.

*El agua que corre lenta. Amaneció Nuestra Señora. La Prefectura.*

EL DESPACHO DEL COMISARIO. DÍA.

*Juan sale entre dos gendarmes. María habla con Luis, el comisario. Otro policía Pedro, arregla unos papeles en su mesa.*

MARÍA. ¿Cuándo soltarán a mi marido? Ahora tienen ustedes la prueba viva de la equivocación. Ya no hay razón...

LUIS. En seguida, pero se necesitan algunos trámites ¿no? Tenga paciencia, cuestión de dos o tres días.

*María inclina la cabeza y sale.*

PEDRO. ¿Qué?

LUIS. Ya veremos. De todos estos extranjeros, si yo fuera el gobierno, no dejaba uno para muestra. A la Legión o al...

EL CUARTO DE LOS DETENIDOS. NOCHE.

*Villanueva habla en un grupo en que hay nuevos detenidos que iremos conociendo: Scarsi, Gualdi, Mantecón, el Belga. El Cojo y Julio oyen.*

VILLANUEVA. No, si es muy sencillo. Me tuvieron cinco días en la Prefectura

de Lille: o te apuntas en la Legión Extranjera, o te devolvemos a España. ¿Qué se me ha perdido a mí en la Legión?

CONDE POLACO. ¿Por qué no vuelve a España?

VILLANUEVA. Entre otras cosas porque no me da la gana.

*El conde polaco se aleja, altivo.*

SCARSI. Tres mil francos de enganche, por cinco años.

EL BELGA. A los tres ya puedes ser francés, si quieres.

SCARSI. Doscientos cincuenta francos mensuales.

VAGABUNDO. Para ir al Congo sólo ofrecían un franco diario.

VILLANUEVA. ¿Y no fuiste?

VAGABUNDO. Es que, además, daban trabajo.

VILLANUEVA. Y como no me alisté, me dieron diez días para abandonar Francia. ¿A dónde iba? El día que hacía once, me trajeron acá.

JULIO. *A Mantecón.* ¿Y usted por qué está aquí?

MANTECÓN. Porque soy un rojo español.

JULIO. ¡Ah!

MANTECÓN. ¿Se asombra?

JULIO. Oh, no.

MANTECÓN. Yo, sí.

*El rumano, seboso, brillante, se acerca a Mantecón que, tras oírle, le mira de abajo arriba.*

EL RUMANO. ¡Chóquela, compañero!

MANTECÓN. Y usted ¿quién es?

RUMANO. Yo soy rumano. Y comunista.

MANTECÓN. Vaya, vaya.

RUMANO. Cuando me lo preguntaron dije en seguida que sí. ¿Para qué andar con mentiras, no?

MANTECÓN. Claro ¿y en qué trabajas?

RUMANO. *Enseñándole las manos.* ¿No lo ves? Metalúrgico.

MANTECÓN. ¿Y no tuviste tiempo de lavártelas?

RUMANO. No. ¿Tú eres comunista, no?

MANTECÓN. Yo, no.

RUMANO. ¿Qué eres?

MANTECÓN. Aragonés.

RUMANO. ¡Ah!

*Entra un gendarme, armado, picado de viruelas.*

GENDARME. ¡Firmes!

EL CONDE POLACO. Nos llevan al campo...

EL METALÚRGICO. *Al gendarme.* ¿Al Estadio?

GENDARME. Ya lo verán.

JULIO. El comisario me prometió que me permitiría pasar por casa para recoger unas cosas.

GENDARME. ¿Qué cosas?

JULIO. Ropa, algún cacharro...

GENDARME. Jefe, aquí hay uno que dice que usted...

LA HABITACIÓN CONTIGUA.

EL COMISARIO. *(Con una lista en la mano).* Yo ¿qué?

JULIO. *(Asomándose).* Usted me prometió que iría a casa a recoger...

EL COMISARIO. ¿Tiene una manta?

JULIO. Dos...

EL COMISARIO. Pues aún le sobra una.

JULIO. Pero...

*El comisario le mira fijamente, Julio agacha la cabeza y se retira.*

EL CORREDOR DE LA PREFECTURA.

*La columna de detenidos, de dos en dos, encuadrados por guardias; detrás marcha el Cojo, con sus muletas.*

PATIO DE LA PREFECTURA.

*Los detenidos suben en unos camiones.*

CALLES DE PARÍS. INTERIOR DEL CAMIÓN.

*Los detenidos apretujados. Julio y, a su lado, un obrero picado de viruelas.*

EL PICADO DE VIRUELAS. A mí nadie tuvo que decirme nada. A mí me hizo comunista el concejal de mi barrio, radical socialista, que se acostaba con mi madre. Además, ladrón.

JULIO. ¿Robaba?

EL PICADO DE VIRUELAS. Riendo. ¡No fastidie! No se iba a llevar las cajas de la alcaldía. Pero, por ejemplo, sabiendo donde iba a construirse el nuevo rastro, compraba terrenos.

JULIO. ¿Su madre no lo sabía?

EL PICADO DE VIRUELAS. Sí.

JULIO. ¿No se aprovechó?

EL PICADO DE VIRUELAS. A usted le hubiese parecido bien, claro...

*Julio no sabe qué contestar.*

EXTERIOR DEL ESTADIO ROLLAND GARROS.

*Rodeado de jardines; árboles, pájaros, flores; bajan los detenidos de los camiones.*

*Un gendarme armado cada tres metros. Delante, el Cojo, con sus muletas hace lento el caminar de todos. El sargento grande, gordo, bigotudo, llega hasta los presos gritando.*

SARGENTO. ¡Adelante, adelante! ¿Qué es esto? ¿Quién me ha fabricado esta reata de mulas? ¡Ale! ¡Ale! ¡Ale! ¡Ale!

*A su vez, los guardias arrear a todos.*

GUARDIAS. ¡Ale! ¡Ale! De prisa.

*Los primeros detenidos pasan al Cojo. Un perro, fox terrier, salta y ladra jugando. Atravesando el césped, el sargento se acerca a las gradas del Estadio; el perro se lanza contra él. El sargento intenta, en vano, pegarle un puntapié.*

*El alojamiento de los detenidos está en la parte inferior de las*

*gradas del estadio. A la izquierda y derecha de la entrada, dos casetas con letrinas, abiertas a todos los vientos. Desde los escalones que llevan al interior algunos presos miran a los recién llegados. Dos gendarmes los echan hacia atrás, sin miramientos.*

GENDARME PRIMERO. Ya tendréis tiempo de verles.

GENDARME SEGUNDO. *A un detenido bien vestido.* ¿No me has oído?

DETENIDO BIEN VESTIDO. ¿Quién le ha dado permiso para tutearme?

*A través del jardín, llega la reata de presos. Se adelanta un gendarme con un papel en la mano.*

EL GENDARME QUE LLEGA. A ver ¿el encargado del grupo?

*El griego se abre paso entre los mirones.*

GRIEGO. A sus órdenes.

GENDARME. Lugar para sesenta.

GRIEGO. ¡Si ya no cabemos!

*Los detenidos han llegado al pie de los escalones. Unos cuantos saludan de lejos a otros conocidos. Entre ellos, el Largo.*

SARGENTO. *A los recién llegados.* ¡Quietos! ¡Firmes! Entren de dos en dos. ¿No me han oído?

EL PICADO DE VIRUELAS. Si dice quietos ¿cómo quiere que entremos?

SARGENTO. (*Señalándolo a un guardia*). Que lo lleven al calabozo, en seguida.

EL PICADO DE VIRUELAS. ¿Yo? Yo no he dicho nada. (Julio está a su lado). Tú ¿has oído algo?

JULIO. ¿Yo?

*Los detenidos van entrando mientras llegan algunos rezagados y el Cojo.*

EL LARGO. (*Por el Cojo*). Ahí viene el más peligroso para Francia.

*El Cojo va adelantando, desfallecido, hacia los escalones. Para hacerle entrar, dos detenidos lo cogen por los sobacos. Los brazos del cojo, en cruz, sobre los hombros de sus compañeros sosteniendo sus muletas. Contraluz: el inválido y sus dos compañeros se recortan en el cielo azul; la puerta, marco.*

PARTE INTERIOR DE LAS GRADAS DEL ESTADIO.

*Entrada del Cojo en brazos de sus compañeros, fácil imagen de la crucifixión. Varios recién llegados saludan a sus conocidos; mientras, el Griego apunta nombres y apellidos de los «nuevos», apiñados a su alrededor. Las gradas, que forman el techo en declive de la estancia, tienen seis metros de alto en la entrada y acaban en ángulo agudo, con el suelo mismo. La gente duerme en tierra, en largas filas y paja suelta.*

GRIEGO. ¿Cómo se llama?

UNO. Rodríguez.

GRIEGO. ¿Español?

RODRÍGUEZ. Sí.

GRIEGO. Otro. ¿Cómo se llama?

DETENIDO. Dupont.

GRIEGO. ¿Nacionalidad?

DETENIDO. Belga.

JULIO. (Al Griego). A mí me van a soltar en seguida.

GRIEGO. ¿Apellido?

JULIO. Hoffman.

GRIEGO. ¿Alemán?

JULIO. No lo quiera Dios.

GRIEGO. ¿Qué nacionalidad?

JULIO. Ya no lo sé.

GRIEGO. Otro. ¿Cómo se llama?

CHULO. ¿A usted qué le importa?

*El aristócrata austríaco examina con desesperación el interior de la cueva.*

EL ARISTÓCRATA AUSTRIACO. No podré vivir aquí.

*El profesor Radvany se acerca al profesor Leslau.*

RADVANY. He oído decir que usted es profesor.

LESLAU. Sí, de sánscrito en la escuela de Altos Estudios Orientales de la Sorbona.

RADVANY. Radvany, profesor de sociología de la Universidad de Heidelberg.

*A su lado, Rodríguez y Villanueva.*

RODRÍGUEZ. ¿Dónde serviste?

VILLANUEVA. En la 46.

RODRÍGUEZ. ¿Con Galán?

VILLANUEVA. Sí.

*A su lado, el conde polaco y Mantecón.*

CONDE POLACO. Aquí nos tienen a todos juntos. Ladrones y personas decentes. *A Mantecón.* ¿Usted qué es?

MANTECÓN. Ladrón.

*A su lado, Weissman y Weindal.*

WEISSMAN. Tengo una tienda en el Faubourg du Temple.

WEINDAL. ¿Qué vendía?

WEISSMAN. ¿Cómo vendía? Vendo quincalla.

*A su lado, Pinto.*

PINTO. Tengo una carnicería en el boulevard Raspail; como el casero quiere quedarse con la tienda me denunció como comunista. Yo nunca he sido nada, de izquierda, sí, pero vagamente.

JULIO. Yo, ni eso: me soltarán en seguida. Y toda esa gente ¿qué es?

PINTO. De todo hay. Aquel es un exministro húngaro. Ese, gordo y pelirrojo, es un fabricante holandés... sí, de quesos, muy importante.

JULIO. ¿Y por qué está aquí?

*Pinto se alza de hombros.*

PINTO. ¿Usted lo sabe?

JULIO. ¿Y aquél?

PINTO. Un asesino.

JULIO. ¿Y hay ladrones?

PINTO. Bastantes, pero no tenga cuidado, aquí no roban; todos somos compañeros.

JULIO. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

PINTO. Tres semanas.

JULIO. ¿No le sueltan?

PINTO. Pronto: mi expediente está ya en la comisión interministerial.

*A su lado, un joven semidesnudo busca piojos en su ropa.*

JULIO. Y usted ¿por qué está aquí?

JOVEN. Por imbécil.

UN SALÓN BURGUEÉS.

*María, tensa, tiesa, con su amiga Julieta.*

JULIETA. Nunca quisiste hacerme caso. A mí, Julio nunca me gustó.

MARÍA. (*Amargá*). Menos mal.

JULIETA. No me malinterpretes.

MARÍA. ¿Cómo hacerlo? Siempre fuiste más clara que el agua.

JULIETA. Así soy.

*Una pausa: unos canarios en su jaula. Una fotografía familiar con mucha gente.*

MARÍA. Así ¿no puedes hacer nada?

JULIETA. No.

MARÍA. ¿Aunque quisieras?

JULIETA. Tú lo dices. Yo soy muy francesa. Julio no tendrá nada que reprocharse, pero es extranjero.

MARÍA. Sí.

JULIETA. Tanto que se callaba tantas veces para que no se le notara el acento.

MARÍA. ¿Te diste cuenta?

JULIETA. ¿No te lo digo? Tú siempre quisiste hacer las cosas a tu capricho. Y como no tienes familia...

MARÍA. ¿Eso también es malo?

JULIETA. No me hagas decir lo que no quiero. Siempre fuimos muy buenas amigas.

MARÍA. ¿Y tu marido?

JULIETA. Movilizado; en el ministerio, pero movilizado.

MARÍA. Razón de más para que puedas hacer algo.



JULIETA. ¿Para que se den cuenta?

MARÍA. La guerra vuelve mala a la gente.

INTERIOR DE LAS GRADAS DEL ESTADIO.

*Julio y el joven siguen hablando como en el momento mismo en que los dejamos.*

JOVEN. Estudiaba en la Academia de Bellas Artes; para vivir trabajaba haciendo dibujos publicitarios.

Mis padres me mandaban dinero pero, como son judíos, y alemanes, claro, se lo quitaron todo; yo tenía un contrato para irme a trabajar a Norteamérica; el día mismo en que iba a marcharme me detuvo la policía.

JULIO. ¡Mala suerte!

JOVEN. Mi *recipissé* caducaba esa misma fecha. Me llevaron a la Prefectura diciendo que era cuestión de horas. Pero me encerraron con un italiano escapado de la división Littorio. Le descalzaron, le fueron machacando los pies para que dijera dónde se habían metido unos compañeros suyos. Él no hablaba, el que chillaba era yo. Levántate, me dijeron. Me levanté y me pegaron hasta que caí; me hicieron levantar de nuevo; luego me levantaban ellos y siguieron dándome. (*Ríe*). Ya ve. (*Le enseña las encías*). Luego estuve dieciséis meses en la cárcel de Poissy.

UN RUSO. ¿En qué galería?

JOVEN. En la segunda... Por dibujar me echaron a andar...

JULIO. ¿A andar?

JOVEN. Sí, doce horas seguidas, de las seis de la mañana a las seis de la tarde, en una habitación cerrada, en zig-zag. Éramos treinta y, si te parabas, te hacían seguir a golpe limpio... A los quince días me mandaron a la celda de castigo: para que aprendiera a dibujar; no puedes hablar con nadie, no puedes volver la cabeza, no puedes nada... No me sabe mal, he ascendido. Ahora veo las cosas desde más arriba.

*En una esquina algunos juegan a las cartas; más allá, otros, al ajedrez. Dos o tres escriben. Schlesinger, un, viejo judío, anda de mesa en mesa limosneando. Dos italianos cantan ópera en falsete. Hay un español que lee; otro canta flamenco por lo bajo, Algunos duermen; dos roncan. Los políticos hablan apelotonados en el fondo. En una esquina alguien lee un periódico en voz alta para quince o veinte ávidos oyentes. Dos dibujan; hay mantas y cáscaras de naranja colgadas. Polvo, mugre; en el suelo siete filas de jergones: cerca de doscientos hombres. Alrededor de una estufa un apelotonamiento de gente que gruñe*

*queriendo sitio para cocinar o calentar agua. Un viejo, en calzoncillos, zurce su pantalón; un joven plancha. Cerca de la puerta dos filas de detenidos esperan su turno para las letrinas.*

*Entra un soldado, se acerca al Asturi bajo, sucio, sin afeitarse. El soldado saca dos botellas de vino de su guerrera.*

SOLDADO. Ocho francos.

EL ASTURI. Seis y está bien.

SOLDADO. Ocho, o me las llevo.

*El Asturi paga y se va a un rincón, donde empieza a vocear su mercancía.*

EL ASTURI. Pregonando. *¡Tutti barati! A franco la copa. ¡Tutti barati! ¡Vengan!*

*Algunos detenidos rodean al Asturi y al soldado que le ha seguido.*

SOLDADO. *¿No convidas? El Asturi le sirve una copa. Tengo dos piernas.*

*El Asturi le sirve otra copa. Al lado, varios juegan al póquer, sentados en el suelo; uno de los jugadores saca su dentadura de oro, la apuesta.*

JUGADOR. Va todo.

*El aristócrata austríaco, las manos en la barriga, se pasea desesperado.*

PROFESOR RADVANY. (Mirándole). Dice que no puede obrar.

PROFESOR LESLAU. Lleva tres días así.

PROFESOR RADVANY. Ya se acostumbrará.

PROFESOR LESLAU. O reventará.

PROFESOR RADVANY. Es lo mismo.

*Scarsi afina y toca una guitarra; empieza a cantar una canción napolitana. Villanueva, tumbado a su lado, se levanta y va hacia la puerta, a reunirse con Caamaño.*

VILLANUEVA. Estos italianos son intolerables.

CAAMAÑO. ¿Por qué?

VILLANUEVA. Tantos gorgoritos. Parece que tienen rizos en la garganta.

RADVANY ¿Usted no canta?

VILLANUEVA. Muñeiras. ¡Vaya diferencia!

RADVANY ¿Por qué no organizamos una fiestecita? Cada quién canta lo suyo.

VILLANUEVA. (*Sarcástico*). Como en las películas.

INTERIOR DEL GRADERÍO.

*Noche, tarde. Desde el punto de vista de Dios, los que duermen o velan. El perfil ciego de Neves (un portugués tuerto) que, visto desde este ángulo, da sensación de muerte con su ojo hundido. Toses, ronquidos, un discurso, en voz baja, incomprensible.*

VOCES. ¡Chist! ¡Chist! ¡Chist!

*Al lado de Neves duerme el conde polaco.*

CONDE POLACO. (*Soñando*). Les cortaré el cuello a todos, a todos.

SCHLESINGER. (*A Caamaño*). Dígame a Paal que me dé un poco de tabaco. El señor Rucart me ha dicho que le diría que me diese. Quizá podrán hacer una colecta para mí ¿no le parece? Yo siempre he sido partidario de los republicanos españoles.

*Caamaño calla, finge dormir. Schlesinger, se vuelve al otro lado, donde Radvany lee, a la luz de una lamparilla eléctrica.*

SCHLESINGER. Para mí es un honor dormir al lado de usted. No hay otro hombre más sabio en el mundo.

*Al lado de Radvany, Pinto.*

PINTO. (*A Radvany*). Lo malo es no saber cuánto tiempo va uno a estar aquí. Si fuera por un mes, dos, tres, un año, podría uno contar. Contar ¿me entiende? Y siempre sería un consuelo, Pero así... pendiente del capricho de no se sabe quién.

*Más allá, tras unos cuantos dormidos cuchichean dos detenidos bien vestidos.*

EL BIEN VESTIDO. (*Al otro*). Aquí se tiene todo lo que se quiere. Todo es cuestión de dinero, o de tabaco, o de vino que viene a ser lo mismo.

*Al lado duerme, tranquilo, un tatuado, en el pecho, en el que se lee claramente: FATALIDAD. Pegado a él, dos alemanes hablan en voz muy baja.*

OLDEN. La soledad es la madre de la mentira.

LANDSBERG. ¿Tú crees?

OLDEN. De tanto estar solos acaban por creer todas las historias que les cuentan. ¿Quién se acuerda de sí mismo tal como es? Ninguno dice la verdad.

LANDSBERG. Por si acaso... O como dicen los españoles, por si las moscas.

ORDEN. Eso, además.

*Enfrente, dos viejos.*

PRIMER VIEJO. No se puede dormir.

SEGUNDO VIEJO. Por su culpa.

PRIMER VIEJO. El que ronca es usted.

SEGUNDO VIEJO. ¡Cómo se ve que no se oye!

PRIMER VIEJO. Usted ronca más fuerte.

VOCES. ¡Chist!

PRIMER VIEJO. *(Al segundo)*. Ni chist, ni ocho cuartos. En cuanto vea que se duerme le sacudo.

*El segundo viejo coge un zapato e intenta pegar al otro. Riñen. Los separan.*

SEGUNDO VIEJO. Mañana hablaremos como dos hombres, si es capaz...

SCARSI. ¡Cállense, cuervos! ¡Quiero dormir!

*Scarsi se tapa la cabeza con su manta. A su lado Villanueva le sigue hablando.*

VILLANUEVA. Iba a la tienda de la esquina y les pedía seis huevos podridos. Son para un remedio les decía. Luego iba al cine y los tiraba desde la entrada general.

*Al lado duerme el Cojo, encuadrado por sus muletas.*

UN ANDALUZ. *(Enseñando una carta a Julio)*. Mire lo que me dice...

JULIO. Si ya me lo ha leído.

EL ANDALUZ. *(De memoria)*. «Mañana tengo que ir a ver a Maitre Scop, me ha asegurado que saldrás la semana próxima y que desde luego no irás al Vernet. Me ha pedido quinientos francos más. He tenido que empeñar la máquina, pero no te preocupes porque Margarita me ha dicho que puedo ir a coser a su casa. Así que el trabajo se irá haciendo. Los niños están muy orgullosos de que estés detenido Porque el papá de Totó también lo está. Cuídate mucho, que ya sabes que estás delicado».

*Otros dormidos. En la fila de atrás, Orleáns y el Largo.*

ORLEÁNS. ¿De dónde eres?

EL LARGO. ¿Yo? De Valencia.

ORLEÁNS. ¡Gran ciudad! De allí y de Cracovia son los mejores carteristas.

EL LARGO. Tú eres de Cracovia.

ORLEÁNS. No pareces tonto. Pero aquí no tenemos nada que hacer, valenciano.

*Schlesinger, a gatas, se les ha acercado.*

SCHLESINGER. A Orleáns. ¿No tienes un poco de chocolate? Al Largo. Oye ¿tienes un cigarrillo?

*Al lado fumando, hablan dos hombres fornidos.*

EL METALÚRGICO. Aquí no hay más que ladrones y estafadores. Es una vergüenza ¿En qué trabajabas?

EL BELGA. ¡Hombre! Yo siempre he vivido de las mujeres.

*Más allá, duerme un negro con un pañuelo blanco anudado en la cabeza, contiguo a un viejo ajamonado, Chamberlain, que parece estar metido en un ataúd, rodeado de cuatro tablas. A su lado, hablan en voz baja Mantecón, menudo, y el Gigantón, que ya conocemos de la prefectura.*

MANTECÓN. ¿Y tú por qué estás aquí?

GIGANTE. Porque me tocó la lotería. No hagas esa cara. De verdad. Un amigo quiso que le diera la mitad. Y como no se la quise dar, me denunció y aquí estoy.

MANTECÓN. Te acusó ¿de qué?

GIGANTE. ¿De qué va a ser? De la panacea universal: comunista.

*Al lado dos desarrapados.*

DESARRAPADO PRIMERO. No, mira, no me vengas con cuentos: las mejores cárceles, las suizas y, antes de Hitler, las alemanas.

DESARRAPADO SEGUNDO. ¡Cómo las vas a comparar con las holandesas!

*Siguiendo la fila, Rancaño habla con un jovencito asustado.*

RANCAÑO. No declaran más que los cobardes, y los que no están enterados de nada. Los que saben, callan.

*Frente a ellos, otro joven, sonriente, se está fabricando un banjo con un plato, un palo y un alambre. Pegado a él, el vagabundo habla con Pifarré, un español gordo.*

VAGABUNDO. ¿Para qué leer? Para hacerse una idea habría que leer todo lo que se ha escrito...

EXTERIOR DE LAS GRADAS. NOCHE.

*Caamaño, sentado en la escalera de la letrina (pasan varios subiendo y bajando) habla con el soldado de guardia.*

CAAMAÑO. ¿De dónde eres?

SOLDADO DE GUARDIA. De aquí. De París.

CAAMAÑO. ¿Qué cuentan por ahí fuera?

SOLDADO. Nada. A mí esto me da vergüenza.

CAAMAÑO. ¿Por qué?

SOLDADO. ¿Tú has luchado en España?

CAAMAÑO. Claro.

SOLDADO. Yo era del Comité de Ayuda de mi barrio. No comprendo por qué estáis aquí. Si detienen a los antifascistas ¿qué guerra es ésta? ¿Contra quién luchamos? La quinta columna no sois vosotros. Vete: el relevo.

*Llega el relevo. Se hace. El soldado que se queda está visiblemente borracho.*

ASTURI. (*Asomado a la puerta*). Ahora veréis ¡chist!

*El Asturi llena cuatro copas de coñac. Sale y las alinea en el suelo de la letrina. A la luz de la luna el soldado se fija en las copas. Se acerca. Mira alrededor y bebe una. Luego silba. Viene otro centinela; luego otro; beben.*

VOZ DE PINTO. ¡Han robado la leche!

INTERIOR DE LAS GRADAS.

*Se incorporan unos, otros se levantan y acuden.*

PINTO. ¡Que han robado la leche!

WEISSMAN. ¡Esto no puede ser! Aquí no estamos en la calle. ¿Quién ha sido? Fuera de aquí podremos ser ladrones, pero aquí somos todos compañeros. ¿Quién ha sido?

GIGANTÓN. ¿Quién fue?

*Silencio largo. Todos se miran fijos. Del fondo del Galerón surge una voz.*

NIKO. (*Con cara de bobo y cuatro botellas de leche*). Yo.

PINTO. ¿Por qué la robaste? ¿Tienes hambre?

NIKO. Sí.

GIGANTÓN. Bébetelas o te rompo la cara.

*Niko bebe la leche de una botella. Luego otra. Mira aterrado las demás, se acerca a Pinto.*

WEISSMAN. ¡Ladrón indecente!

SCHLESINGER. ¡Qué vergüenza!

NIKO. (*Tendiendo una botella a Pinto*). Toma, te la regalo.

PINTO. No.

NIKO. ¿Quieres un litro de vino?

PINTO. No.

*Niko regresa triste a su rincón. Todos miran la escena. De pronto echa a correr hacia la puerta. Orleáns le pone una zancadilla. Lo tumba; toma una botella de leche que Schlesinger le pasa e intenta hacérsela beber. Se interpone Radvany.*

RADVANY. (Con voz de mando). Ya está bien. A dormir los que puedan.

EXTERIOR DEL ESTADIO.

*Amanece. «Boby» husmea por macizos y arriates.*

INTERIOR DE LAS GRADAS.

*Casi todos duermen. Weissman cuenta su dinero. El conde polaco se cose un botón de la bragueta. De nuevo el perfil muerto de Neves; el sol se filtra, penumbra. De pronto se abre el portón y el Griego aparece con una lista en la mano.*

GRIEGO. Alfred Kahn, Antonio Caamaño, Rigoberto González, Luigi Puccini...

*Los presos se van levantando. Figuras ridículas de algunos: un gordo en camión, otro con bigotera. Chamberlain, esquelético, hace gimnasia. Luigi Puccini es un mocito guapo, callado, obediente.*

JULIO. ¿Qué lista es ésta?

RADVANY. Los que salen hoy para Vernet. Necesitan lugar aquí.

*En una mesa improvisada dos judíos gordos (Orleáns y Weissman) se han puesto a jugar a la baraja. De pronto se agarran y luchan,*

*revolcándose en la paja. Los demás miran.*

GRIEGO. *Grita. ¡Quietos! (Sigue leyendo). Rafael Rodríguez, Boleslas Wichirski, Jules Renard, Claudio Michel, Nicolás Levison.*

*Julio, con tres más, mira la riña mientras el Griego sigue nombrando detenidos.*

JULIO. *Por los que se aporrean. ¿Por qué?*

MANTECÓN. *Trampas.*

JULIO. *¿Quién?*

MANTECÓN. *Los dos.*

*Pitido del sargento, en la puerta.*

SARGENTO. *¡A las duchas todos menos los que salen!*

MANTECÓN. *(A Julio). Esos ya están limpios.*

*Movimiento general. Algunos se alinean, otros buscan jabón, toallas. El sargento se acerca a Chamberlain, que se ha recostado en la paja.*

SARGENTO. *¿No has oído?*

*Chamberlain se levanta lentamente.*

SARGENTO. *¿No me oyes? ¡A formar para la ducha!*

CHAMBERLAIN. *Me lo prohíbe mi religión.*

SARGENTO. *(Al Griego y a Weissman). Llévadlo.*

*Le levantan en vilo, a pesar de sus protestas.*

LAS DUCHAS.

*Una fila de doce, sin separaciones. Treinta y seis detenidos. Los que se visten, los que se desnudan, los que se lavan. El sargento ordena a estos últimos.*

SARGENTO. *¡Enjabónense!*

*En una esquina, Chamberlain, vestido, entre dos soldados con bayoneta calada.*

SARGENTO. *¡Enjuáguese!*

*El sargento se vuelve hacia Chamberlain.*

SARGENTO. *¡Corten el agua! Ahora, tú. A los que se están duchando.*



¡Séquense! ¡Vístanse! ¡Rápidos! ¡Fuera! ¡Dejad paso a los que siguen! ¡Desnúdense!

*Julio ha dejado su ropa al lado de Chamberlain.*

SARGENTO. Acercándose a Chamberlain. ¿Me has oído?

CHAMBERLAIN. Mi religión me prohíbe desnudarme delante de otros...

SARGENTO. Si no es más que eso.

*Lo coge del pescuezo, lo planta frente a una de las duchas, y hace una seña a los soldados que empujan al viejo, vestidos bajo el chorro.*

SARGENTO. ¡Agua!

CHAMBERLAIN. ¡No! ¡No!

INTERIOR DE LAS GRADAS. NOCHE.

*El Cojo y el Griego hablan, sentados ante una mesa.*

GRIEGO. Tenía entonces un Instituto de Belleza; de allí pasé a ser secretario de Bataille, el senador.

COJO. ¿Cómo no te saca?

GRIEGO. Cuestión de faldas, pero no me preocupo; ya lo hará. Y tú ¿eres cojo de nacimiento?

COJO. No; un regalo de la policía de mi país.

GRIEGO. Eres húngaro ¿no?

COJO. Sí.

GRIEGO. Eres comunista ¿no?

COJO. No. Pero lo que estoy viendo me da ganas de serlo.

GRIEGO. ¿Y tus amigos?

COJO. ¿Qué amigos?

GRIEGO. Esos con los que andas siempre metido.

COJO. Hablo con todo el mundo.

GRIEGO. Oye, el catalán ese que llegó ayer ¿es comunista?

COJO. No lo sé. Además, no me importa.

GRIEGO. Como estás con ellos...

COJO. (*Levantándose*). Estoy con todos.

*Varios roncan. De pronto, uno lo hace estentóreamente. El Peque y Casteras.*

EL PEQUE. Oye, tú que lo sabes todo ¿los pájaros roncan?

CASTERAS. No sé. ¿Por qué?

EL PEQUE. Porque si su ronquido fuera como su voz ¿quién dormía?

CASTERAS. Se te ocurre cada cosa...

*Pausa. Un automóvil pasa lejos.*

EL PEQUE. Oye ¿los conejos de monte saben distinto a los caseros?

CASTERAS. Sí.

EL PEQUE. ¿Por qué?

CASTERAS. Por lo que comen.

EL PEQUE. ¿Entonces por qué los pescados de mar no son salados?

CASTERAS. Che, calla. Tengo ganas de dormir.

EL PEQUE. Como dices que a ti nadie te enseña nada...

CASTERAS. Sabes tú, yo, la humanidad... Pst... Desde que era pequeño... Un día yo miraba unas lagartijas. Si podía, como sabes no es difícil, les cortaba la cola. Vino una señora y me hizo un discurso acerca de lo cruel que yo era. Si a ti te hicieran lo mismo, etc. Tanto me dijo que yo quise volver a pegarle la cola al animalito. Sí, sí. Llegué a casa y sin razón va mi padre y me pega una bofetada. Qué quieres: aquello no tenía relación, pero desde entonces tengo mala opinión de la humanidad. A mí los animalitos... Tanto ocuparse de ellos y tan poco de los hombres... Esas clínicas de perros. ¿Tú has visto algo más indignante que una clínica de perros? Las he visto en unas «Actualidades». Daban ganas de no dejar una butaca. Aquello parecía un hospital de verdad. Tanta enfermera guapa, tanto médico...

*Enfrente un manco y Mantecón.*

EL MANCO. Yo quiero que, por lo menos, me interroguen. Llevo aquí veintidós días sin saber por qué.

MANTECÓN. Felicítate.

MANCO. Pero, por lo menos ¡que me interroguen!

MANTECÓN. Mejor, no.

*A su lado, un viejo y Villanueva.*

EL VIEJO. (A Villanueva). Yo me pasé de los facciosos. En Zamora había uno que llamaban El Descabellador porque los mataba con una aguja de alpargatero. Así

mató a más de doscientos. Les abría la sepultura, les ponía delante y ¡zas! Al hoyo.

*Enfrente Leslau y Radvany.*

EL PROFESOR LESLAU. (A Radvany). Me esperaba recostada en la pared, casi en la esquina. Una pared baja, de unos sesenta centímetros, de la que se eleva una reja; con una puerta en el ángulo, y un techito de juguete, de dos vertientes, con tejas rojizas. La base era de piedras irregulares, porosas, sin desbatar, unidas con cemento, un poco de cualquier manera; fea pero cómoda para medio sentarse esperando. Allí me esperaba, el bolso en la repisa, los pies estiradillos, las manos cruzadas, el pelo según el día, enmoñado o suelto, mirando a su izquierda que es por donde yo había de llegar. Su largo cuerpo en paréntesis, apoyado contra la reja; su largo cuerpo gris y blanco.

*Pausa. Otro automóvil pasa, lejos.*

Cuando se recuerda a una persona que se ha conocido vestida de maneras diferentes, acaba por imponerse una ropa determinada, como si siempre anduviera así vestida, o desnuda. (Hay desnudos de tantas maneras como vestidos; hay desnudos que nunca lo son, que nunca llegan a serlo; hay desnudos naturales, artificiales, a medias, completos, sin que juegue en ellos ropa alguna; depende del entendimiento).

Vestida de gris y blanco, para siempre, apoyada contra la reja, semisentada en el cemento que remataba la paredilla, sus pies juntos sosteniendo su largo cuerpo elástico, sus ojos comiéndole toda la cara.

«Tú me dejarás a mí», decía.

Pero son cosas que no quiero recordar, sino ella apoyada en la pared, imagen misma del amor; espera pura, mi vida misma vertida en seguida en un beso compartido de raíz: hasta verte Jesús mío, sin respiro... Y ahora...

RADVANY. Es usted un sentimental. Así ya no se puede andar por el mundo. Ahora es tiempo de otras cosas.

LESLAU. Más pasajeras.

RADVANY. (Irónico). Como si nosotros no lo fuésemos, joven escritor... Hay que pensar en los demás.

*A su lado, escuchándoles, el ruso blanco.*

EL RUSO BLANCO. (A Radvany). Eché a perder mi vida por querer ser independiente. Yo era un señor y he pasado la mayoría de mis años en la cárcel. No me casé por no tener que dar cuenta a nadie de lo mío. Hice la guerra con KoIchak. Caí prisionero de los bolcheviques. Una noche, no pudiendo más, maté a dos centinelas y escapé. Ahora Rusia ha ido creciendo, y yo sintiendo crecer en mí las ganas de regresar. Aún no lo he pensado bien, pero creo que no me queda más remedio que abrirme las tripas, como un señor. Porque no han querido darme un

pasaporte soviético.

RADVANY. No se preocupe, sin él viajará todavía bastante.

EXTERIOR DE LAS GRADERÍAS. DÍA.

*Al pie de la entrada, entre las letrinas, formados, cuarenta internados que van a ser conducidos al campo de Vernet, entre ellos el ruso blanco. Diversísimas fachas, toda clase de paquetes. En la escalera se apiñan los que se quedan.*

*Niko se separa de la fila y se acerca al Griego.*

NIKO. ¡Si yo tengo mis papeles en regla! Mire mi orden de expulsión y la prórroga. ¿Es que ahora ya no valen las prórrogas?

GRIEGO. Ahora nada vale nada.

*El Asturi sonrío; Scarsi, a su lado.*

SCARSI. ¡Tú qué sabes! Se van los buenos, los compañeros de verdad. Los sinvergüenzas como tú os quedáis aquí porque tenéis influencias. Tú no puedes comprender esto. Aquí todos somos uno.

EL ASTURI. Buen provecho...

*Llega un suboficial, seguido de cuarenta guardias que se disponen alrededor de los alineados. El suboficial echa para atrás, sin contemplación alguna, a los mirones. Sube unos escalones. Se planta.*

SUBOFICIAL. Dispararemos al menor intento de fuga. Y a la barriga, para que no haya engaño. ¿Enterados? ¿Listos? ¡Adelante!

*La conducción se pone en marcha. Algunos detenidos se despiden estrechando la mano de sus compañeros. Luigi Puccini cae con un ataque de epilepsia. Zangolotea en tierra. De todas partes, los detenidos quieren ayudarlo.*

SUBOFICIAL. ¡Quietos o no respondo!

SARGENTO. A los que presencian la escena desde la escalera. ¡Adentro todos! ¡Venga! ¡Adentro he dicho!

*Empuja a cuantos alcanza.*

GRIEGO. Gritando. ¿No habéis oído?

WEISSMAN. (Obsequioso). Vamos, sin eso nos cerrarán la puerta.

VILLANUEVA. (A Weissman). Porque, sin duda, somos libres...

*Luigi Puccini en el suelo. Dos soldados lo cogen y lo dejan en el pasto. Llega otro con un cubo de agua que derrama sobre la cabeza de Luigi.*

UN CABO. *Al suboficial. ¿Qué hacemos?*

SUBOFICIAL. *Tengo que llevarme a 40. Y me llevaré a 40. ¡Andando! ¡Carguen con él!*

LA ENTRADA DEL ESTADIO.

*Los detenidos subiendo a dos autocares. Caamaño y el ruso blanco cargan a Luigi, rígido.*

SUBOFICIAL. *¡Al camión!*

CAAMAÑO. *¿No le pueden llevar a la enfermería?*

SUBOFICIAL. *Como si no oyera. ¡Vámonos!*

*Las puertas enrejadas del Estadio se abren. Guardias. Fuera, la cola de mujeres de detenidos. Más lejos, una viejecita y un niño. Los dos camiones se alejan.*

NIÑO. *¿Qué son?*

VIEJECITA. *Fascistas y judíos que tienen encerrados ahí.*

NIÑO. *¿Por qué no los matan?*

*En sentido contrario, tres autocares entran en el Estadio. Las puertas se cierran. La cola de mujeres. Entre ellas, María.*

UNA MUJER DE LUTO. *Más.*

MARÍA. *¿Hace mucho que está ahí su padre?*

LA DE LUTO. *Cinco meses.*

UNA GORDITA. *Pues a mi marido lo van a soltar la semana próxima. Tengo un abogado fantástico amigo del Ministro del Interior, socialista también...*

LA DE LUTO. *Esto es peor que en tiempos de la Bastilla. Entonces, por lo menos, había que firmar las denuncias, ahora, ni eso... No me molesta la injusticia sino el «usted perdone»...*

DESPACHO DEL ABOGADO.

*Escorzo de María, sentada, mientras cambian los personajes*

*sentados del otro lado de la mesa.*

PRIMER ABOGADO. No señora, no se puede hacer nada. Es un asunto administrativo y no podemos intervenir.

MARÍA. ¿Entonces se llevan a la gente sin más, porque sí?

*El abogado, al que ahora se dirige, es otro.*

SEGUNDO ABOGADO. Soy amigo del presidente Blum; si quiere puedo probar, pero como un favor personal. Y sin prometer nada.

MARÍA. Haga usted lo que sea. Aquí tiene para los primeros gastos.

UN TERCER ABOGADO. ¿Qué le dijeron en la prefectura?

UN DESPACHO DE LA PREFECTURA, INTERCAMBIABLE.

*Escorzo de María, de pie; también cambian, por arte, sus interlocutores.*

PRIMER COMISARIO. (*Muy peludo*). Todo esto será verdad. Pero ahora tenemos otra cosa en qué ocuparnos. Y que un extranjero esté o no preso, usted comprenderá que...

*El comisario hace un gesto vago.*

SEGUNDO COMISARIO. (*Muy sonriente*). Váyase tranquila, esta noche pasaré por su casa. Puedo hacer mucho por la libertad de su marido...

MARÍA. No se moleste.

DESPACHO DEL ABOGADO.

PRIMER ABOGADO. Hay que esperar, hay que esperar. Hay que esperar.

MARÍA. ¿En qué sentido?

ESTADIO. EXTERIOR DE LAS GRADAS. DÍA.

*Llegada de unos treinta nuevos detenidos. Se agolpan frente a la puerta.*

EL GRIEGO. ¡Orden! Así no nos entenderemos nunca. ¡Orden! ¡Orden!

UN ESPAÑOL. (*Nuevo, Gilabert, a Villanueva*). Estábamos trabajando en una tintorería, por la comida, éste y yo. (*Señala a uno, enfermizo*). Se puso malo. El médico le mandó ocho días de descanso. Y aquí estamos.

VILLANUEVA. ¿Os denunció?

GILABERT. La duda ofende.

JULIO. ¿Por qué?

GILABERT. Por no pagar indemnización, mira éste parece tonto.

JULIO. ¿Y a usted?

GILABERT. Por protestar.

LESLAU. *A Walter, un alemán recién llegado.* ¿No trae un periódico?

WALTER. No los dejan entrar.

LESLAU. Sólo los más reaccionarios.

WALTER. Ahora todos son iguales. No pasa nada. Una guerra como no hubo otra: no la hacen.

*(En un rincón, se queja Chamberlain).*

LESLAU. *(Explicando).* Tiene cálculos.

WALTER. ¿No hacen nada por él?

LESLAU. Como no hay hospital militar especializado ni él tiene dinero, lo dejan aquí, esperando.

WALTER. ¿Qué?

*Un grupo de españoles.*

MANTECÓN. *A dos recién llegados.* ¿Que si hay soplones? ¡No, hombre! Dejando naturalmente aparte a los de nacimiento, a los que lo son por gusto, a los que manda la policía; sin contar, claro, a los hijos de puta.

GILABERT. ¿Qué diferencia hay entre unos y otros?

MANTECÓN. Tu patrón ¿era soplón o hijo de puta? A Weissman, que escucha. Tú, que tienes de los dos, estarás de acuerdo ¿no?

*Entra el sargento.*

EL GRIEGO. ¡Firmes!

*La mayoría se cuadra; los sentados se levantan, menos Chamberlain y algún que otro dormido. El sargento se acerca a Chamberlain dando, de paso, un puntapié a un dormido.*

SARGENTO. ¿No has oído? ¡Firme!

*Chamberlain le mira fijo. El sargento se alza de hombros, da media vuelta y se va...*

*Silencio. Antes de salir, el sargento se vuelve.*

SARGENTO. Mañana pasará el coronel. ¡Pónganse lo mejor que tienen!

EXTERIOR DE LAS GRADAS. AMANECER.

*Los detenidos en fila. El conde polaco, de frac, con chistera, sin camisa.*

INTERIOR DE LAS GRADAS. ATARDECER.

RADVANY. Hay que buscarlas científicamente.

*Un grupo de ricos, sentados en una mesa, comen opíparamente, servidos por el Griego. Se les acerca Schlesinger, humildísimo.*

SCHLESINGER. ¿Me dan algo?

ORLEÁNS. Espera que acabemos.

*Más allá, Villanueva y Radvany, escribiendo.*

GILABERT. (A Radvany, por los comilones). Esos ¿qué son?

RADVANY. Judíos, desgraciadamente.

*Julio, en un rincón, acaricia a «Boby», al que tiene en brazos.*

INTERIOR DE LAS GRADAS. NOCHE.

*Gente agolpada alrededor de Gualdi, pequeño, cetrino, que toca una guitarra, Scarsi una armónica y Walter una acordeón. Leslau canta una canción húngara. Luego los españoles, que son los más, cantan a coro y coreados. Los cuatro generales sobre la música de Los cuatro muleros. Todos aplauden con entusiasmo al final de cada canción; al igual que los gendarmes, que han ido entrando. Gualdi canta una romanza napolitana. Mientras, el Vagabundo, feliz, trae un bote con glicinas y lilas y lo coloca encima de una mesa improvisada. Las caras de los detenidos, según las canciones y su nacionalidad.*

JULIO. (A Mantecón). Todas las canciones populares se parecen.

MANTECÓN. Como que todas nacieron de la jota...

*El Vagabundo se acerca a Gualdi.*

VAGABUNDO. Por la guitarra. ¿Me permite que la toque?



GUALDI. ¿Sabes?

VAGABUNDO. No quiero más que tocarla...

*El Vagabundo adelanta la mano y acaricia la guitarra.*

GUALDI. Cógela, hombre.

*Gualdi se la entrega. El Vagabundo se sienta con la guitarra en las rodillas, la acaricia y poco a poco se pone a tocar una vieja canción armenia mientras sus ojos se llenan de lágrimas. Varios gendarmes apilados en la puerta. Uno de ellos, borracho, pasa al centro y empieza a bailar, aprovechando la melodía oriental, una procaz danza del vientre jaleado por sus compañeros y algunos de los detenidos. Otro gendarme entra violentamente, asombrado grita:*

GENDARME. ¿Qué hacéis? ¿Qué es esto?

*Adelanta, cambia de expresión, y empieza a jalear con los demás a su compañero, que acaba rendido. Un húngaro, largo y delgado, ha estado preparando juegos de manos; se planta en el centro. Saluda, muy a lo musihall, e intenta unos cuantos trucos, que le fallan.*

EL HÚNGARO. Ahora... ahora sí... ahora saldrá... ahora no fallo... un momento... Desde hace tanto tiempo... mis manos...

*Fracasa y se sienta llorando. Dos compatriotas le consuelan. El húngaro flaco se mira las manos. Sus manos destrozadas manando sangre.*

ACTUALIDADES.

*Aviones por el cielo. Bombardeo. Ametrallamiento. Sirenas.*

INTERIOR DE LAS GRADAS. AMANECER.

*Entran dos gendarmes.*

PRIMER GENDARME. A ver esa guitarra... y ese aguardiente.

EL ASTURI. ¿Para qué?

PRIMER GENDARME. Cierra el hocico.

WEISSMAN. La guitarra es de Gualdi, el aguardiente de Cholok.

*Los gendarmes andan sin contemplaciones entre los detenidos. Cogen la guitarra y un par de botellas.*

GRIEGO. ¿Se las llevan?

PRIMER GENDARME. Claro...

GRIEGO. ¿Por qué?

SEGUNDO GENDARME. ¿Es que hay derecho a que os divertáis mientras están matando a nuestros padres y a nuestros hermanos? Ale... Ale...

*Salen, cruzándose con el sargento.*

SARGENTO. Y hoy: sin paseo.

GRIEGO. ¿Y eso por qué, mi sargento?

SARGENTO. Por el jaleo y escándalo de anoche.

GRIEGO. Pero si no hubo escándalo...

SARGENTO. Además, desde hoy, sin luz. (*Al centinela de la puerta*). Y que no pasen de aquí bajo ningún pretexto.

GRIEGO. ¿Ni por agua?

SARGENTO. Ya irán cuando yo lo diga.

*Radvany y varios detenidos, en el fondo:*

RADVANY. Algo pasa.

VILLANUEVA. Los alemanes han atacado.

RADVANY. ¿Cómo lo sabes?

VILLANUEVA. Lo huelo.

GILABERT. No te des pisto. Estuviste en la cocina. Te tocaba.

MANTECÓN. ¿Viste algún periódico?

VILLANUEVA. Todavía no llegan.

LESLAU. No os hagáis ilusiones, no pasa nada y no pasará nada. Todo se quedará en agua de borrajas. Las fábricas de municiones...

EXTERIOR DE LAS GRADAS.

*Varios detenidos agolpados en la puerta. El Vagabundo trata de ponerse al sol; el centinela le echa hacia atrás, sin miramientos.*

SOLDADO. ¡Atrás! ¡Atrás!

VAGABUNDO. (*Refunfuñando*). Parece que hasta el sol les cuesta dinero.

*El cabo pasa frente a la puerta.*

WEISSMAN. Mi cabo...

CABO. ¿Qué hay?

WEISSMAN. ¿Nos permite sentarnos aquí enfrente?

CABO. Bueno.

*El cabo sigue su camino. Atropelladamente una docena de detenidos se sientan en la orilla del césped.*

PINTO. (A Julio). La lógica...

JULIO. Que ahora aparezca el sargento...

*El sargento plantado tras Gilabert. Este lo ve de abajo arriba, enorme.*

CORREDOR DE LA PREFECTURA DE POLICÍA.

*María, con un paquete, habla con un gendarme.*

GENDARME. El inspector dice que ya no depende de él.

MARÍA. Pero...

GENDARME. Que no se preocupe. Que todo se ha arreglado.

MARÍA. ¿Ya? ¿Cuándo lo pondrán en libertad?

GENDARME. En seguida.

MARÍA. ¿Cuándo?

GENDARME. Mire, señora, hay muchos más en su caso. No sea pesada. La guerra es la guerra. (*Tres mujeres esperan hablar con el gendarme*). No se preocupe. A lo mejor cuando llegue a casa lo encuentra allí.

*Esperanza en el rostro de María.*

EL ESTADIO. EXTERIOR DE LAS GRADAS.

*El Vagabundo intenta salir con dos cubos.*

CENTINELA. ¡Alto!

VAGABUNDO. Voy por agua.

CENTINELA. No se puede.

VAGABUNDO. Pero si el grifo está allí...

*El grifo, a diez metros.*

CENTINELA. No se puede.

*El banquero, tras el Vagabundo, lanza un paquete de tabaco al centinela, que lo recoge.*

CENTINELA. (Al Vagabundo). Anda... rápido.

*El Vagabundo va a por agua. Mientras, un gendarme que pasa dice, en chungo, a los detenidos agolpados en la puerta.*

GENDARME. ¿Qué, no salen hoy a acostarse en la hierba?

*Los árboles, dos pajarillos.*

JULIO. Hoy empieza la primavera.

*Le Fígaro, su fecha: 21 de marzo de 1940.*

*Fotografía de un grupo ministerial, en la puerta del palacio del Elíseo.*

VOZ NEUTRA. Se ha formado un nuevo gobierno presidido por Paul Reynaud.

*Le Matin, su fecha: día 28. Fotografía de Churchill.*

VOZ NEUTRA. Francia y Gran Bretaña firman una declaración comprometiéndose a no negociar ni concluir armisticio o paz por separado. El 3 de abril Churchill se hace cargo del Ministerio de Defensa.

*Actualidades alemanas: Paracaidistas cayendo del cielo.*

VOZ NEUTRA. El 9, los nazis invaden Dinamarca. Ocupan Copenhague sin resistencia. Invaden Noruega, desembarcan en Narvik, Trondheim, Bergen y Moss. El gobierno noruego decreta la movilización general.

*Le Journal, su fecha: el 19. Desembarcan fuerzas francesas en Namsos, Noruega.*

INTERIOR DE LAS GRADAS. DÍA.

CABO. (Entrando). A ver, para la enfermería. De dos en dos.

*El cabo se acerca a un grupo ya formado, cuenta los diez primeros y se dirige a los demás.*

CABO. No más. ¡Ale! ¡Ale! Mañana será otro día. Sois demasiados. (Al conde austríaco que se ha quedado, con el tuerto Neves, en primer lugar de los

rechazados). Y usted ¿qué tiene?

CONDE. Disentería.

CABO. *A Neves, el tuerto.* ¿Y tú?

NEVES. Me duele el ojo.

CABO. *Grosero.* ¿Cuál? ¿Y usted?

LESLAU. No sé. El vientre.

CABO. Aguántese. Mañana póngase el primero en la fila. Andando.

MONTEFIORE. (*Viejo, arruinado, a Scarsi*). ¡Yo hacía el sol en las anillas, yo era un as de las paralelas! ¡Qué juventud tuve! Como decía aquél ¿cómo se llamaba? Bueno, el que fuera: La juventud prepara la vejez, y la vejez, la muerte.

EXTERIOR DE LAS GRADAS.

*Los enfermos se alejan hacia la izquierda, a través de los macizos. El Vagabundo se asoma a la puerta. Mira el cielo. Las nubes.*

VAGABUNDO. Mira qué bonito: lloverá.

MANTECÓN. ¿Fumas?

VAGABUNDO. No. Si no se come no se puede fumar. Se te seca la boca. Para fumar hay que comer carne y beber vino.

MANTECÓN. ¿Trabajas?

VAGABUNDO. Yo no tengo la culpa de que haya trabajo.

*Llegan otros internados trayendo calderos con la sopa.*

VAGABUNDO. Oye, y ¿quién paga aquí?

MANTECÓN. El gobierno.

VAGABUNDO. ¡Qué derroche!

*Julio, que los escuchaba, entra.*

INTERIOR DE LAS GRADAS.

*Julio va hacia su sitio. Se detiene un momento ante un grupo que oye atento a Radvany.*

RADVANY. (*Dando clase a un grupo de internados*). Del animismo al politeísmo, del politeísmo al monoteísmo, del monoteísmo al panteísmo, del

panteísmo al marxismo. Lo crucial: Giordano Bruno, integración de Dios en la naturaleza. En lo metafísico ya no irá Spinoza más allá.

*Julio sigue adelante, mira por encima del hombro de Savel que lee.  
Lo que lee: La Biblia.*

En el lugar de Caamaño está ahora Pifarré, español, gordo.

PIFARRE. (A Julio que se acerca). Esta es una época en que con un poco de dinero se puede vivir estupendamente sin trabajar: basta comprar y vender. En lo que llevo aquí, calculo que he perdido de ochenta a cien mil francos.

JULIO. ¿Qué era usted?

PIFARRE. Portero de un banco.

JULIO. ¿Y por qué está aquí?

PIFARRE. Por nada. Fui condenado, hace más de veinte años por una fruslería. Pero desde entonces, ya entendí el negocio.

*Villanueva se espulga cinco metros más allá.*

VILLANUEVA. (A Julio, en voz alta). No hables con éste. Es franquista e idiota.

PIFARRE. A Villanueva. ¿Me da fuego por favor?

*Villanueva no sabe que hacer y al final le da fuego.*

PIFARRE. Muchas gracias.

*Suena una campana. Se precipitan todos a hacer cola para el rancho. Julio espera entre Platonof y Walter. Tras ellos, Mantecón y el conde polaco.*

JULIO. Mi mujer me escribe que le han dicho en la prefectura...

PLATONOF. No te preocupes; he estado ocho años en las cárceles de Mussolini y mi mujer...

WALTER. Y yo cuarenta y cuatro meses en Dachau.

JULIO. ¿Dachau?

WALTER. Sí, Un campo de concentración de Hitler.

JULIO. ¿Y era peor que esto?

WALTER. Incomparablemente. Pero esto es mucho más idiota.

CONDE POLACO. Con la guerra todo se aclara; los buenos están de un lado, los malos de otro. No hay términos medios.

MANTECÓN. ¿Sólo en la guerra?

GRIEGO. *Llamando desde la puerta.* ¡Savel!

SAVEL. Presente.

GRIEGO. Lía tus bártulos, que te vas. (*A Platonof*). Se alistó.

*Se agolpan varios alrededor de Savel, que empieza a empacar.*

VAGABUNDO. ¿Vas a la guerra?

SAVEL. Sí. A la fuerza.

JULIO. ¿Por qué a la fuerza?

PLATONOF. Es vegetariano.

SAVEL. (*Repartiendo lo poco que tiene*). Esto es para ti, esto para ti. (Frente a la cola). Bueno compañeros, yo pido perdón a cualquiera si le he ofendido sin querer. Buena suerte a todos.

*Entra Weissman, con el correo. Le rodean casi todos los que no están todavía en la cola del rancho.*

WEISSMAN. (*Repartiendo cartas*). Abaulez. Matichal. Guzmán. Hauptmann. Villanueva, un giro.

VILLANUEVA. ¿Un giro?

WEISSMAN. Sí.

*Se lo alarga. Villanueva va hacia el fondo; se le acerca el Vagabundo.*

VILLANUEVA. (*Al Vagabundo*). Cien francos. Y no sé de quién.

VAGABUNDO. ¿Cómo es posible que le manden dinero sin conocerle?

VILLANUEVA. La solidaridad ¿tú sabes lo que es la solidaridad?

VAGABUNDO. No.

VILLANUEVA. ¿Tienes hermanos?

VAGABUNDO. Tuve uno y más valiera no haberlo tenido.

VILLANUEVA. Pues es como si yo tuviera muchos y no los conociera.

VAGABUNDO. El colmo de la felicidad.

VILLANUEVA. Pues... quizá.

EXTERIOR DE LAS GRADAS.

*Pasa el comandante, seguido de su Estado Mayor. Delante de la puerta, Mantecón, con unos papeles en la mano, baja los escalones y se cuadra ante el comandante.*

MANTECÓN. Mi comandante: me escribe mi mujer diciéndome que tengo todo lo necesario para embarcar hacia México: visado, pasaje. Le ruego me haga acompañar al consulado.

COMANDANTE. ¿Qué es esto de marcharse a México? Será lo que decida la policía, que, por ahora, tiene otras cosas que hacer.

*El comandante y los suyos siguen adelante. Casteras se acerca a Mantecón.*

CASTERAS. Tú, muy listo, pero te has quedado con un palmo de narices.

MANTECÓN. El hombre que se da por vencido deja de ser hombre. Hay que luchar siempre. Así no se pierde nunca.

CASTERAS. Che, che, che. ¿Tanta filosofía para qué? A mí nadie me enseña nada.

INTERIOR DE LAS GRADAS.

JULIO. *Con una carta en la mano, al sargento.* ¡Mi hermano se presentó a la policía hace ya ocho días! Debieron detener la carta.

SARGENTO. ¿Y a mí qué me cuenta?

JULIO. Es que me confunden con él.

SARGENTO. ¿Con quién?

JULIO. Con mi hermano, ya se lo dije, lo sabe usted.

SARGENTO. ¿Crees que tengo memoria de elefante? Ale.

*El sargento sale. Julio, desesperado, a Villanueva.*

JULIO. Mi hermano se entrego a la policía para que me suelten.

VILLANUEVA. ¿Tu hermano es del partido?

JULIO. ¿De qué partido?

VILLANUEVA. Cuando se dice «el partido» no hay más que uno. Los demás son aficionados.

EL GRIEGO. *Que ha oído.* ¿Así que reconoces que sois profesionales?

VILLANUEVA. Pero no de la delación, como tú.



*Villanueva se aleja, el Griego habla con Julio.*

EL GRIEGO. ¿Qué te parece?

JULIO. No sé. ¿Usted no cree que me vayan a poner en libertad?

EL GRIEGO. Si eres amigo de tipos como ése lo veo difícil.

JULIO. A mi hermano ¿lo traerán aquí?

EL GRIEGO. No creo. Lo habrán mandado directamente a cualquier campo del sur.

EN EL MISMO LUGAR. DE NOCHE.

*Acostados, en el suelo, entre la paja, Radvany, Julio y Villanueva.*

JULIO. Yo nunca me metí en política.

RADVANY. Nacer ya es una política.

JULIO. Lo que yo quiero es ver a mi mujer.

RADVANY. ¿Verla? Con un poco de suerte, desde lo más alto de las escaleras, cuando venga a traerle un paquete...

JULIO. No me tome el pelo. Soy humilde, poca cosa pero no tan tonto... Lo que me saca de quicio es la imbecilidad. ¡Si yo no soy mi hermano! Y si mi hermano se ha entregado ¿qué estoy haciendo aquí?

VILLANUEVA. Es lo que nos preguntamos muchos.

JULIO. Pero no es igual. Tú mismo reconoces que eres rojo.

VILLANUEVA. ¿Y te parece una razón?

JULIO. Sí. Por lo menos no es una equivocación.

VILLANUEVA. Pues si no te haces una razón acabarás loco.

JULIO. Eso crees tú. Yo sé mi cuento. Y si ellos se ponen pesados, ya verán, yo...

DESPACHO DEL COMANDANTE DEL CAMPO.

*Por la ventana se ve la cancha central del Estadio.*

JULIO. (Entregándole la carta al comandante). Aquí está, blanco sobre negro.

COMANDANTE. Será negro sobre blanco.

JULIO. Como usted quiera, el caso es que mi hermano...

COMANDANTE. ¿Para eso quiso verme? ¿No me dijo su jefe de sección que tenía algo importante y reservado que decirme?

JULIO. Pero es que...

COMANDANTE. Y dé gracias a Dios que no le mande al calabozo.

INTERIOR DE LAS GRADAS. NOCHE.

VILLANUEVA. *Tras acercarse sigilosamente a Mantecón.* ¿Cómo es posible que ese chivato de Pifarré haya conseguido un visado para México?

MANTECÓN. ¿Estás seguro?

VILLANUEVA. Vi la lista. En cambio, te borraron a ti.

MANTECÓN. ¿Quién?

VILLANUEVA. No lo sé.

MANTECÓN. ¿Los franceses?

VILLANUEVA. Creo que no.

MANTECÓN. ¿Quién?

VILLANUEVA. Un hijo de puta cualquiera.

MANTECÓN. ¿Me cambiaron por Pifarré?

VILLANUEVA. No. Te borraron por las buenas.

JULIO. Por lo menos no es una equivocación.

MANTECÓN. *(A Julio).* A ti ¿quién te da vela en este entierro?

LA GRAN CANCHA DE TENIS DEL ESTADIO.

*Quinientos detenidos «administrativos» toman el sol, En una esquina hay revuelo y muestras de regocijo. Julio va hacia ese grupo. Se le empareja Casteras. Encuentran a Villanueva.*

VILLANUEVA. *Riendo, a Casteras.* ¿Aún estás aquí?

CASTERAS. Ya lo ves.

VILLANUEVA. ¿Cómo es eso?

CASTERAS. *(Enseñando una contraseña).* De paso para México.

VILLANUEVA ¿Cómo te las has arreglado?

CASTERAS. (*Llevándole aparte*). Como eres de los buenos, te lo voy a enseñar. Sígueme sin que se den cuenta.

*Casteras se aleja hacia un lado de la cancha, en el que se ha establecido un cuchitril para palas, rastrillos y otros útiles.*

INTERIOR DEL CUCHITRIL, VISTO DESDE UNA VENTANA SUCIA.

*Pifarré atado, amordazado.*

VILLANUEVA. Ten cuidado. Te conocen.

CASTERAS. Probar nada cuesta.

*Regresan. Se les acerca Mantecón.*

MANTECÓN. A Casteras. ¿Te vas?

CASTERAS. A ver...

MANTECÓN. ¿Dónde embarcáis?

CASTERAS. Dicen que en Cherburgo, que allí vienen los Gamboa por nosotros.

*Pitido agudo, un suboficial de gendarmes, en las gradas de la cancha.*

SUBOFICIAL. ¡A formar!

*Indolentemente, sin disciplina alguna, se forman diversos grupos.*

SUBOFICIAL. Los españoles de México, a la derecha.

*Julio, por casualidad, entre ambas aglomeraciones, duda un momento. Un guardia gordo se interpone, sin contemplaciones.*

GUARDIA GORDO. ¡Venga! ¡Venga! ¡Más rápido! ¿Quién me ha fabricado alcornoques de este calibre?

*El guardia gordo empuja a Julio hacia los españoles «de México». Julio se encuentra junto a Casteras, que le sonrío. Pitidos, voces de mando del suboficial.*

SUBOFICIAL. ¡Firmes!

*Se fija en Casteras, se le va acercando. Casteras le pasa la contraseña a Julio.*

CASTERAS. (*Por lo bajo*). Cógela, escóndela.

SUBOFICIAL. Frente a Casteras. ¿Qué haces aquí?

CASTERAS. Formar...

SUBOFICIAL. ¿No me vas a decir que eres tan imbécil que no has oído que éstos se van?

CASTERAS. No me di cuenta.

SUBOFICIAL. Pues yo sí. ¡Ale! ¡Ale!

*Casteras se aleja hacia el otro grupo.*

SUBOFICIAL. ¡Muestran todas sus contraseñas! ¡Recojan sus equipajes en la conserjería! ¡Andando! ¡Rápidos! ¡Rápidos! ¡Más! ¡Corran!

*Los diferentes grupos abandonan la cancha del estadio.*

LA ENTRADA DEL ESTADIO, CON SUS JARDINES.

*Llega el grupo de españoles «de México», entre ellos Julio. Dos autobuses les esperan. Llegan el suboficial y el sargento.*

SUBOFICIAL. Suban. Y que no se les vea más por aquí ni por ninguna parte.

SARGENTO. (Al suboficial). Buen viaje. (A los guardias, cuatro en total). Podéis subir delante.

*El sargento mira a Julio. Entrecierra los ojos procurando recordar. Alza una mano como queriendo dar una orden cuando los vehículos arrancan. El sargento, pisando los macizos se dirige hacia el graderío. «Boby» le ladra y persigue furiosamente.*

CALLES DE PARÍS.

*Los dos autocares. Por una aglomeración, paran. La puerta trasera del segundo se entreabre. Julio se desliza.*

UNA PLAZA CON ÁRBOLES.

*Julio, sentado en un banco. No sabe qué hacer.*

INTERIOR DE LAS GRADAS.

*Aparece el sargento en la puerta, con Pifarré.*

SARGENTO. Al Griego. ¿Alguna novedad?

GRIEGO. (*Cuadrándose*). No, mi sargento.

SARGENTO. ¿No falta ninguno?

GRIEGO. Que yo sepa, no.

SARGENTO. Es cuestión de que lo sepa yo.

GRIEGO. Ahora mismo pasaré lista.

SARGENTO. *Gritando* ¡Vivo! ¿Qué espera?

EXTERIOR DE LAS GRADAS.

*El sargento va hacia otros cubículos de prisioneros. «Boby» le acosa y ladra.*

UN CUARTO DE HOTELUCHO. DÍA.

*Julio y María, acostados, besándose, desnudos.*

JULIO. Estoy soñando.

MARÍA. Cuando me llamaron por teléfono de la crepería un no sé qué me recorrió toda...

*Se besan.*

MARÍA. Hace mucho tiempo que quería conocer un hotel de estos. Me da la impresión de ser una mujer mala... (*Pausa*). Tal vez hubieras podido llegar a México.

JULIO. Es la única vez que he envidiado a Juan. Porque él sí hubiera podido. Luego, hubieras embarcado tú.

*Callan, viendo el techo.*

JULIO. ¡Qué absurdo, nosotros en México!

INTERIOR DE LAS GRADAS. NOCHE.

*Casteras, acostado, con los ojos abiertos. Pifarré se desliza a su lado. Casteras le mira, callado.*

PIFARRE. No te denuncié.

CASTERAS. ¿A mí?

PIFARRE. No te hagas el inocente. Tú me quitaste la contraseña.

CASTERAS. ¿Yo?

PIFARRE. No hubiese ganado nada acusándote. Si no salgo mañana para México, de aquí en adelante harás lo que yo te diga.

CASTERAS. ¿Así porque sí?

PIFARRE. Tú, escoge.

CASTERAS. Si te hubiera robado la contraseña, a estas horas estaría embarcado.

PIFARRE. No te hagas más listo de lo que eres. Escapó otro, que no irá muy lejos.

EL CUARTO DE HOTELUCHO. NOCHE.

*Julio y María sentados, a medio vestir, en el borde de la cama, callados. Llaman a la puerta. Sobresalto.*

MARÍA. ¿Quién?

VOZ DE MUJER. ¿Va a ser para toda la noche?

*Se miran.*

MARÍA. No.

*Pasos que se alejan.*

JULIO. Tenemos que comer algo.

MARÍA. Puedo ir a comprar lo que sea.

JULIO. ¿No sospecharán?

MARÍA. ¿Qué?

JULIO. No sé.

MARÍA. Sonriendo. ¿Que te abandono aquí, asesinado?

*Más tarde. Acaban de comer unos emparedados, de beber una botella de vino. Callan.*

JULIO. ¿Y de la guerra, qué?

MARÍA. Nada. Parece como si no la hubiera.

JULIO. Acabará cualquier día, como empezó; sin que sepamos cuándo.

MARÍA. No me fío.

LAS ORILLAS DEL SENA. NOCHE.

*Julio y María paseando, cogidos de la mano, de la cintura.*

CALLE DE LA CASA DE JULIO. NOCHE.

*Julio y María llegan a su casa.*

JULIO. El asesino vuelve siempre al lugar del crimen. Mañana por la mañana vendrán a detenerme.

MARÍA. Tú te has empeñado en venir.

JULIO. Quería ver la tienda, el portal de casa.

MARÍA. Estoy segura que en Clamart nadie te molestaría.

JULIO. ¿Con mi acento? ¿Sin papeles?

*Pasan de largo frente al portal. Este se abre. Sale un obrero. Julio se vuelve de espaldas en un recoveco oscuro. El hombre se fija en María y se aleja.*

MARÍA. *En broma.* ¡Vaya reputación que voy a tener de aquí en adelante!

JULIO. ¿Qué querías que hiciera? ¿Saludarle?

UN PARQUE PÚBLICO. AMANECE.

*Julio y María, sentados en un banco.*

JULIO. Tengo que explicarles. Comprenderán.

MARÍA. Nadie comprende nada.

JULIO. ¿Qué otra salida? En el estadio no me quisieron creer porque no tienen antecedentes pero al comisario le consta que se trata de una equivocación, que Juan se presentó, que está detenido, que soy inocente.

MARÍA. Con todo, hasta que se esclarezca...

JULIO. ¿Más claridad?

MARÍA. Te has escapado...

JULIO. Tampoco...

MARÍA. Tú, siempre tan modesto. No me digas que...

JULIO. Te lo aseguro, ni siquiera lo pensé.

MARÍA. Como cuando me besaste por primera vez.

JULIO. Más o menos. (*Pausa*). Con alguna diferencia. ¿Qué más quieren? Tienen al que buscaban.

MARÍA. (*Desesperada*). Te volverán a encerrar.

JULIO. ¿Qué harías?

MARÍA. Esconderte.

JULIO. ¿Dónde?

MARÍA. En la tienda, en Clamart.

JULIO. En seguida se darían cuenta.

MARÍA. ¿Por qué?

JULIO. La gente ya no mira de la misma manera. Y ¿hasta cuándo?

MARÍA. Dicen que la guerra no puede durar.

JULIO. Antes no decías lo mismo.

#### CORREDOR DE LA PREFECTURA.

*María y Julio se detienen ante la puerta del despacho del comisario.*

JULIO. ¿Vamos allá?

MARÍA. Vamos.

*Entran. Inmediatamente la puerta se vuelve a abrir y sale María, que queda anhelante, escuchando.*

#### DESPACHO DEL COMISARIO.

*El comisario se levanta y se acerca a Julio.*

COMISARIO. ¿Ha venido a tomarme el pelo?

JULIO. Mi hermano...

COMISARIO. Tu hermano o tu madre...

*El comisario la emprende a bofetadas, a puñetazos con Julio, estupefacto. Cae. El comisario lo pateo.*



CORREDOR DE LA PREFECTURA.

*María intenta, desesperada, abrir la puerta del despacho. La golpea.*

ESTADIO. EXTERIOR DE LAS GRADAS.

*En los escalones, Julio, sentado, con «Boby» en los brazos. Pasa el sargento, «Boby» le ladra. Schlesinger se acerca a Julio.*

SCHLESINGER. ¿Tienes un franco?

JULIO. ¿Para qué?

SCHLESINGER. Mira, camarada...

JULIO. No soy camarada de nadie.

SCHLESINGER. Mira, bueno, como quieras; el viejo Rodolfo ha vuelto del hospital; no tiene cinco céntimos para comprar nada; hemos decidido hacer una colecta: el que no tiene nada, da algo. Mira, el banquero ha dado un franco. Se necesita ser cerdo. ¡Y está forrado de billetes! Tú ¿qué das?

JULIO. Toma un franco.

*Casteras se acerca a Julio.*

CASTERAS. Te volvieron a agarrar.

JULIO. Me presenté.

*El asombro de Casteras no tiene límite.*

CASTERAS. A imbécil no hay quien te gane. Menos mal que Pifarré consiguió salir...

UN CHINO. *(A Gualdi a Schlesinger, que se les ha acercado)*. Yo le pegué un tilo a mi *patlón*. Yo soy *cocinelo*; hace un año que no me pagaba. Siento no *habelo* matado, así me hubiesen *coltado* la cabeza y todo se *hubiela* acabado. Cada uno tiene su pequeña desgracia.

SCHLESINGER. ¿Dan algo para el viejo Rodo que ha vuelto del hospital y no tiene un céntimo?

CASTERAS. *A Villanueva*. ¿Conoces a alguien más tonto que ese imbécil de Hoffman?

VILLANUEVA. Es una persona decente.

CASTERAS. ¿Decente? ¡Así está el mundo!

JULIO. *Desamparado, a uno nuevo*. ¿Y usted qué es?

EL EGIPCIO. Anticuario. El arte, amigo mío, el arte... No hay nada como el arte. He viajado por toda Europa: Grecia, Inglaterra, Checoslovaquia, Alemania. Los sellos...

#### INTERIOR DE LAS GRADAS. NOCHE.

*Quién lee, quién cocina, quién se rasca, quién hace gimnasia, quién reza; la mayoría en grupos; Radvany, con el suyo, dando lección. Hay un grupo de españoles.*

VILLANUEVA. No tomamos Granada por casualidad. Pasamos Lora y llegamos a once kilómetros de la capital. En un cruce nos encontramos con los fascistas: empezaron a tirarnos, íbamos por lo menos mil, con cincuenta fusiles y, en eso aparece la aviación y echamos a correr ellos y nosotros. Luego nos enteramos, por unos evadidos, que los fascistas habían llegado a Granada gritando: ¡Los rojos, los rojos! En todo el frente teníamos tres ametralladoras ¡en 300 kilómetros! El 19 de julio, salieron tropas del campamento a las seis de la mañana...

UNO QUE ESTÁ LEYENDO. *Volviéndose.* ¿Dónde fue eso?

UN ANDALUZ. En Málaga. Los de las juventudes estábamos en la calle y un tranviario gritó ¡Viva la República! Un teniente le pegó un tiro, le dio en el brazo, y en seguida se armó la ensalada. Tomaron la Telefónica y el centro de la ciudad; no hubo más remedio que luchar contra ellos; con botellas inflamables; así ardió aquello. No había más remedio que quemar si se quería llegar a algo.

Habían llamado a todos los falangistas se habían vestido de militares. No eran bastantes y tuvieron que recurrir a la tropa, pero ésta se nos pasó en seguida. Los guardias de asalto estaban con nosotros, hasta el último hombre. La guardia civil cuando vio el cuartel enfilado por las tres ametralladoras de marras, se nos pasó. Los utilizamos separados: dos obreros, dos guardias de asalto y un guardia civil. Aquello duró diez días. Yo no he visto pueblo más republicano. Doscientos mil nos marchamos cuando llegaron los italianos. No tomaron Málaga antes por idiotas. Nunca tuvimos armas y las ideas no se defienden con propósitos. Y Dios ayuda a los malos si son más que los buenos. Y camino de Almería... Pero ¿para qué hablo?

*Julio mira y escucha sentado, con «Boby» en brazos. El sargento entra, el perro se escurre, a ladrarle, como siempre; el sargento intenta largarle un puntapié sin lograrlo. Los internados ríen. El sargento los mira. Todos callan.*

#### EXTERIOR DE LAS GRADAS.

*Amanece. «Boby», oliendo una pared. El sargento vuelve de una ronda, ve al perro, va al cobertizo de la cocina, localizado tras las gradas y sale con un hueso en la mano. El perro le gruñe. El sargento se agacha, enseña el hueso. El perro acude; el sargento lo acogota bajo su brazo. Va con él a unos árboles, ata una cuerda entre dos troncos pasándola por el collar del animal. El perro se debate desesperadamente. En la puerta de las gradas un internado, que salía de las letrinas, desaparece corriendo. El sargento, en jarras, se ríe viendo cómo muere el animal. Los internados acuden hacia la puerta armando un gran barullo. Se apretujan gritando; el centinela no sabe qué hacer; al final coge su pito y silba. El sargento se vuelve airadamente hacia el centinela; llegan gendarmes y oficiales. Un gendarme corta la cuerda que ahoga al perro. Este cae al suelo. El sargento va hacia el gendarme gesticulando furioso. Varios gendarmes se interponen; uno de ellos coge al perro; los detenidos gritan.*

DETENIDOS. ¡Tráigalo! ¡Dénoslo!

*Los gendarmes convencen al sargento de que se vaya con ellos, y el que había recogido al perro se lo entrega a los internados.*

EXTERIOR DEL CAFÉ «LE PALAIS».

*(En verdad se llame Le Palais de Justice, pero el autor es, siempre fue, enemigo de simbolismos). María abre la puerta.*

INTERIOR DEL CAFÉ «LE PALAIS».

*Oficinistas, militares, guardias, toman café o copas. Al fondo, semiocultos por una mampara, juegan «a la manilla», el comisario y tres compañeros. María atraviesa el café y se acerca. El comisario la ve venir. María, frente a él.*

MARÍA. Quiero hablar con usted.

COMISARIO. Véame en la prefectura.

MARÍA. Es inútil.

COMPAÑERO 1.º. Tú juegas. Échala.

MARÍA. No va a ser tan fácil.

COMISARIO. ¿Cómo se llama tu marido?

MARÍA. Hoffman, Julio.

COMISARIO. ¿Alemán?

MARÍA. No. Usted sabe...

COMISARIO. ¿Cómo quieres que me acuerde?

MARÍA. Le pegó hasta la sangre.

COMPAÑERO 1.º. Si no tiene otra identificación...

MARÍA. Se entregó su hermano con quien lo confundían.

COMISARIO. ¿Y no lo sueltan? Debía de estarnos agradecido, tal y como están las cosas.

MARÍA. Perdona, pero no entiendo.

COMISARIO. ¿Qué haría en la calle? La gente sabiendo de dónde viene ni le saludaría. Con su acento.

MARÍA. Veo que recuerda muy bien quién es.

COMISARIO. Te equivocas, pequeña, pero todos mis clientes tienen acento. Créeme, déjalo donde está. En ningún sitio estará mejor. (*A su compañero*).

Tú juegas.

*María se marcha.*

## EXTERIOR DE LAS GRADAS.

*Al atardecer. El perro vagabundea cerca de una pared; levanta la pata. El sargento, llega por detrás, saca su pistola y dispara. El perro cae, se estremece, muere.*

## ACTUALIDADES FRANCESAS.

Tanques en marcha, aviones en picada. Tanques en marcha, cada vez mayores. Un grupo de paracaidistas en el cielo; paracaidistas poniendo una ametralladora en acción. Pueblo quemándose; tanques por el campo.

VOZ NEUTRA. El 1.º de mayo, a las 4,30, los alemanes invaden Holanda y Bélgica; bombardeo de Bruselas, Amberes, Calais, Dunquerque, Boulogne, Lille, Nancy, Lyon, Colmar, Clermont-Ferrand.

A las 8,15, Alemania entrega a los gobiernos de Bélgica y Holanda un ultimátum fechado el día anterior a las 14,40, dando cuenta de que el gobierno del Reich ha

dado orden a las tropas alemanas de «salvaguardar la neutralidad de Bélgica y de Holanda por todos los medios militares y que cualquier resistencia a las fuerzas alemanas será destruida por todos los medios».

El Rey Leopoldo III proclama que «por segunda vez en un cuarto de siglo, Bélgica leal y neutral es atacada por el Imperio alemán violando los compromisos más solemnes». El gobierno belga llama a Francia y Gran Bretaña en su ayuda.

El 11 los alemanes ocupan Arnheim y Maestricht.

El 14 sus divisiones motorizadas abren una brecha entre Namur y Sedán en dirección al Oise y al Somme. El gobierno holandés se instala en Londres mientras la aviación nazi bombardea Rotterdam.

El 16, el gobierno belga se instala en Ostende.

#### INTERIOR DE LAS GRADAS. NOCHE.

*Sirenas. Todos despiertan. Los centinelas cierran la puerta. Los hombres, semidesnudos, en calzoncillos, camisones, pijamas, pegados a la puerta, escuchando el bombardeo y los cañones antiaéreos. Otros no se mueven. Varios se tapan la cabeza con sus mantas.*

JULIO. Aquí, como ratas.

ORLEÁNS. ¡Chist!

VOCES. ¡Callarse!

VAGABUNDO. ¡Quiero salir a mear!

UNA VOZ. No se mea durante las alarmas.

ABDÓN. Todo esto me pasa por hablar. Por no haber podido perder la puñetera costumbre de hablar y de darme importancia...

JULIO. ¡Calle!

ABDÓN. No, si no lo digo ahora, reviento.

MANTECÓN. Un poco antes o después... Habla, hijo habla.

ABDÓN. Yo nunca he hecho más que darme pote. Ser más que los otros, de pura boquilla. No puedo soportar que nadie haya hecho algo que esté en mi mano y no decir ¡quite allá! ¡Yo lo hago con el meñique!

*Nadie le hace caso. Habla para sí entre los zambombazos aislados de los antiaéreos.*

ABDÓN. La lengua me ha traicionado. Si no hablara no estaría aquí. Por darme importancia dije...

WEISSMAN. *Interrumpiéndole.* ¡Calla! Buen pájaro eres tú.

ABDÓN. ¡No! ¡No! ¡Escúchame! He mentido siempre.

MANTECÓN. Y ahora.

ABDÓN. No. Ahora, no. Ahora tengo miedo. Yo no atenté contra el cardenal Soldevila, yo no tomé parte en el atentado contra Dato, yo no maté a Maestre, yo no escondí a...

MANTECÓN. Peor.

ABDÓN. ¿Quién me va a creer? ¡Pero juro que no hice nada! ¡Nada, nada, nada! Nada más que atribuirme glorias ajenas.

JULIO. ¿A eso llamas gloria?

ABDÓN. *Estupefacto.* ¿Qué es si no?

## ACTUALIDADES.

*Imágenes apegadas al texto, dicho por distintas voces:*

El 15 de mayo, el jefe del gobierno francés, señor Paul Reynaud, declara que «el mundo verá lo que Francia es capaz de hacer. El gobierno se quedará en París». El 17, los ejércitos francobritánicos se repliegan.

El 19, Paul Reynaud asegura que «la situación que vivimos es grave, pero no desesperada».

El 25, los alemanes ocupan Calais.

El 26, el jefe de las fuerzas belgas dice que «el límite de la resistencia belga llega a su fin».

El 28, las tropas aliadas comienzan la evacuación, en Dunquerque. Capitula el Rey de Bélgica, mientras el gobierno belga decide continuar la lucha.

## EXTERIOR DE LAS GRADAS.

*Olden y Leslau, sentados en un rincón, comen su rancho.*

OLDEN. Si los nazis llegan aquí, me suicido. Pensar que tenía en casa cerca de cien gramos de cianuro ¡y los eché al excusado! ¡Si me dejaran, hablaría a los alemanes, en alemán, como alemán!

LESLAU. ¿A los tanques? No tienen oídos, sólo entienden de bombas y obuses. Suicidarse es chaquetear. Hay que aguantar, viejo, aguantar.

UN CHECO. (*Que los oye*). Tal vez no me creáis, acabo de llegar; pero cuando lo

de Munich yo, que soy aviador, vine de Praga aquí con mi aparato, a servir a Francia. Y aquí me tienen...

OLDEN. *Al checo.* ¿Cuántos libros, cuántos artículos no he escrito contra el nazismo?

#### ACTUALIDADES.

*Imágenes conformes al texto.*

VOZ NEUTRA. El 2 de junio, la flota alemana bombardea Narvik. El 5 de junio, Reynaud nombra subsecretario de guerra al general De Gaulle. Los alemanes siguen avanzando. El 10, Italia declara la guerra a Francia.

#### INTERIORES DE LAS GRADAS. DÍA.

ABDÓN. (*A Scarsi*). No es que piense que soy mejor que los demás, pero sí que no soy menos. Y creo que los otros tienen la idea de que no soy nadie, que no me dan el sitio que merezco. Soy tan bueno como el mejor.

SCARSI. ¡Ya cállate! ¡Qué te aguante tu mujer!

#### ACTUALIDADES.

*Batalla. Tanques. Aviones, sirenas. Trenes, hospitales. Puentes volados. Ciudades en ruinas.*

VOZ NEUTRA. Se reúne el gobierno francés en Gangey, cerca de Tours. El general Weygand está dispuesto a pedir el armisticio. El mariscal Petain apoya la propuesta. El gobierno francés la rechaza. Orden de retirada general a las tropas francesas.

#### CALLE DE SAINT HONORE.

*A la salida de la tienda de un vendedor de cuadros se encuentran Matisse y Picasso.*

MATISSE. Dicen que los alemanes han cruzado la Meuse.

PICASSO. No puede ser ¿No tenemos un ejército? ¿No tenemos oficiales? ¿No tenemos un Estado Mayor?

MATISSE. Por eso mismo: es la Academia de Bellas Artes.

PICASSO. ¿Qué vas a hacer?

MATISSE. Me voy a Nápoles, a embarcar para el Brasil. ¿Y tú?

PICASSO. No sé.

ENTRADA DEL ESTADIO. DÍA.

*El comisario llega en coche, baja corriendo y entrega un sobre al sargento que esta de guardia.*

COMISARIO. Pasa esto inmediatamente al comandante, no tengo tiempo...

SARGENTO. ¿Qué sucede?

COMISARIO. Orden de evacuar hoy mismo.

SARGENTO. ¿Todos?

COMISARIO. Todos.

*El comisario rápidamente vuelve hacia su coche.*

INTERIOR DE LAS GRADAS.

*Gran barullo. Todos se preparan para la evacuación. Julio se acerca al Griego.*

JULIO. Yo no me puedo marchar...

GRIEGO. ¿Qué dice?

JULIO. La comisión interministerial dictamina hoy acerca de mi caso. Me lo ha escrito ayer mi mujer. Ya lo tengo todo en regla.

GRIEGO. Hay orden de evacuar a todos. Y todos son todos.

*Entra el cabo. Se le acerca Pinto, muy decidido.*

PINTO. Me alisté en la Legión Extranjera. Me dieron por inútil, pero quiero un fusil para defender París. Quiero a Francia y no soy un desagradecido.

CABO. (Al sargento). Aquí hay uno que quiere un fusil.

SARGENTO. Para dispararnos por la espalda.

EXTERIOR Y ENTRADA DEL ESTADIO. NOCHE.

*Larguísima fila de detenidos, de dos en dos, vestidos de la manera*



*más dispar e inverosímil. La cola tuerce tras los edificios. Los compañeros se van separando, ya que una fila corresponde a un grupo y otra a otro. Los van llamando; adelantan cinco metros cargados con su impedimenta. Los encargados de la conducción son guardias móviles que van llegando en número impresionante, carabina terciada, casco de acero, máscara de gas. El comandante del campo pasa, personalmente, lista.*

COMANDANTE. Paul Landsberg, Otto Rinke, Juan Álvarez, Jean Cocteau, Luis Pérez (ad libitum).

*A más de nuestros conocidos, un elegante con bimba, un campesino con su bastón de palo, uno con un balde, otro —que responde al nombre de Antonio Machado—, con dos pesadas maletas. Una de ellas se le abre y su contenido, de prendas personales, se le derrama. Risas, pronto acalladas por siseos. Leslau lleva un baúl pesadísimo. Mientras, el capitán de guardias móviles manda formar, cargar, apuntar, a sus hombres, antes de volverlos a «su lugar descansen». Luego se dirige a todos los presos en tono amable, completamente distinto del que antes oímos en circunstancias parecidas.*

CAPITÁN. Al primer intento de fuga, mis hombres tienen orden de disparar, y al vientre para que no haya dudas. (A los guardias). Espósenlos.

*Cada guardia se dirige a una pareja de detenidos y los esposan.*

CAPITÁN. ¡A los camiones!

*Leslau, a su compañero, que le ayuda a llevar su maleta.*

COMPAÑERO DE LESLAU. ¿Qué llevas ahí?

LESLAU. Manuscritos.

VILLANUEVA. (Que está detrás). Estás mal de la cabeza.

LESLAU. Es lo único que me funciona todavía decentemente.

MANTECÓN. (Que les oye). El hecho es que ahora llegan los nazis; y me río de lo que van a hacer de ti y de tus manuscritos.

OLDEN. (Esposado con Mantecón). Entonces, de todos modos, es mejor el cianuro.

MANTECÓN. ¿Quién te lo impide?

LESLAU. Déjalo en paz.

OLDEN. Es precisamente lo que no alcanzaré nunca.

MANTECÓN. No sabemos perder. Los hombres somos seres fantásticos que

siempre pensamos salirnos con la nuestra.

OLDEN. ¿Y yo no?

MANTECÓN. Por lo visto.

OLDEN. Pero yo soy escritor.

MANTECÓN. Razón de más. Lo que llevas adentro ¿quién te lo quita?

LESLAU. ¿Y el trabajo perdido?

MANTECÓN. ¿No te da vergüenza, viendo a los demás?

LESLAU. Me importo yo.

MANTECÓN. Vete a la mierda.

*Los internados empiezan a subir a unos camiones.*

UNA VÍA DE TREN, EN LAS AFUERAS. DÍA.

*Amanece en el descampado. Los internados subiendo a unos vagones de mercancía.*

INTERIOR DE UN VAGÓN DE MERCANCÍA EN MARCHA. NOCHE.

*Detenidos, apiñados a más no poder. Traqueteo. El tren para violentamente. Ruido de bombardeo y ametralladoras. Los detenidos intentan abrir la puerta y no pueden. Chillan, baladran. Las manos en las puertas, haciendo esfuerzos desesperados.*

VARIOS. ¡Abran! ¡Abran! ¡Abran!

CAÑIZARES. (*Sentado, muy quitado de la pena*). No os preocupéis, prefieren que nos maten a que nos escapemos.

*Ruido de motor de avión y ametralladora. Otro y otro y otro. El techo del vagón agujereado por las balas. Gritos. A través de los agujeros, lento, el amanecer.*

CAMPO. DÍA.

*Una carretera. Cantan pájaros. A lo lejos un pueblo incendiado. Larguísima reata de los presos caminando. No pueden con su alma. El capitán, al frente, llama a su ayudante, que se cuadra.*

CAPITÁN. Hay una orden taxativa: no hay retardatarios. ¿Entiende?

AYUDANTE. (*Cuadrándose*). A la orden, mi capitán.

*Toda la hilera. El final de la reata. Algunos, los más débiles, los viejos, se retrasan, arrastrados por sus compañeros esposados más vigorosos. La mayoría abandona sus bártulos que quedan esparcidos por la carretera. El capitán se ha detenido y los ve pasar.*

CAPITÁN. ¡Alto!

*Suspiros de alivio de los más.*

CAPITÁN. ¡Quítenles las esposas!

*Los gendarmes y guardias móviles obedecen.*

*Actualidades. Entrada de los alemanes en París.*

CAMPO. DÍA.

*Sigue la caminata. Los más débiles se retrasan. Algunos ayudan a otros.*

*La cabeza de la fila. El capitán viendo la lejanía. El pueblo ardiendo. La fila. Los pies de los más cansados arrastrándose. Tres se dejan caer en las cunetas. El capitán, andando. Viendo su cara, impersonal, se oyen unos disparos. Llegan unos guardias móviles y reincorpóranse a la conducción, enfundando sus pistolas.*

OTRO LUGAR DE LA CARRETERA.

*Flores silvestres por los ribazos. Algunos árboles, setos, arbustos, cielo sin nubes. El final de la larga hilera de los detenidos, cargados con sus equipajes. Entre los rezagados, Leslau con su baúl. Los guardias los azuzan.*

MANTECÓN. A Leslau, con voz de mando. ¡Déjalo ya!

LESLAU. No.

MANTECÓN. ¿Prefieres que te maten?

LESLAU. Es el trabajo de seis años.

MANTECÓN. Cuando te peguen un tiro ¿cuántos tendrás?

LESLAU. No me importa. Es la prueba de que algunas raíces sánscritas son...

*Un guardia se acerca, amenazador. Mantecón aviva el paso.*

GUARDIA. (A Leslau). Más aprisa.

*Leslau se detiene.*

LESLAU. No puedo más.

GUARDIA. ¡Andando!

LESLAU. No puedo más. (Por la maleta). Pesa demasiado.

GUARDIA. Esa no es cuestión mía. ¡Vamos! ¡Arreando!

LESLAU. No puedo más.

*El guardia echa mano a la funda de su pistola. La cara de Leslau; levanta la vista, mira el campo; ve a Mantecón que vuelve hacia él. Mientras, se ha acercado un suboficial.*

SUBOFICIAL. ¡Nadie puede detenerse!

GUARDIA. (Por el baúl). No puede con eso... Pesa una tonelada.

SUBOFICIAL. A Leslau. ¿Qué lleva ahí dentro?

LESLAU. Libros.

SUBOFICIAL. (Tras una ligera duda, al guardia). Ayúdalo.

PLAZA DE UN PUEBLO. DÍA.

*Enorme confusión. Refugiados de todas clases: a pie, en coche, en auto. Llegada de los presos. Entre la batahola, Villanueva habla con otro español.*

VILLANUEVA. ¿No te recuerda nada esto?

ESPAÑOL. Hace poco más de un año, no nos querían creer...

VILLANUEVA. Parece que estamos entre Gerona y Figueras.

*Un poco más allá, Weissman con un viejo.*

VIEJO. Tengo sed.

WEISSMAN. Vaya, por lo menos veo que tienes lengua. ¿Por qué estás aquí?

VIEJO. No sé. Supongo que por judío.

WEISSMAN. ¡Si aquí en Francia no hay antisemitismo!

VIEJO. Creetelo.

*Schlesinger, a su lado, acabado.*

SCHLESINGER. ¿Tienes un franco?

*Sentados en el suelo, derrengados, Mantecón y Leslau.*

MANTECÓN. Para que veas; eso que te ha sucedido sólo puede pasar en Francia. La cultura puñetera...

LESLAU. ¿Y en Aragón?

MANTECÓN. Si hubieras llevado chorizos, no digo.

UN CAFÉ EN LA PLAZA.

*Ruidos, runrunes, gritos, una radio que se oye a medias. Gentío. El capitán de guardias móviles y sus ayudantes sentados en una mesa.*

CAPITÁN. Han prometido camiones y habrá camiones.

*Una vieja se acerca al capitán.*

VIEJA. ¿Es verdad que los alemanes han entrado en París?

UNO QUE OYE. Ayer.

OTRO. Anteayer.

*De repente un silencio: se oye la radio.*

VOZ DE LA RADIO. Hoy, 16 de junio, acaba de formarse un nuevo gobierno presidido por el mariscal Petain.

LA PLAZA DEL PUEBLO.

*Los presos subiendo a unos camiones con ventanillas enrejadas. Una multitud los mira.*

UN NIÑO. Derrengado, a sus padres, viéndoles. ¡Qué suerte tienen!

LA DELANTERA DE UN CAMIÓN EN MARCHA. NOCHE.

*Un soldado sentado entre un guardia móvil y el chófer. Viene materialmente destrozado, barba de quince días. Fiebre.*

SOLDADO. Nos han vendido. Nos han traicionado.

GUARDIA. ¿Quién?

SOLDADO. ¡Yo qué sé! Cuando menos te lo esperabas ya estaban los boches

detrás de ti. Yo no soy un cobarde ¡Dios! Yo no soy un cobarde, pero tenía que echar a correr ¿Qué íbamos a hacer? Y luego lo del rey de los belgas. De nosotros. Yo no sé qué va a ser de nosotros.

*Toca con los nudillos desde el interior del camión.*

GUARDIA. ¿Qué? ¿Qué quieren?

VOZ. (*Dentro*). Creo que uno ha muerto.

GUARDIA. ¿Qué?

OTRA VOZ. (*Dentro, gritando*). Uno, muerto.

GUARDIA. A mí ¿qué me cuenta? No Podemos detenernos cuando lleguemos...

UNA ANCHA CARRETERA. DÍA.

*Una larga ristra de fugitivos civiles. Una multitud. María, con varios bultos, caminando.*

OTRA CARRETERA. DÍA.

*Hay menos gente. María, que no puede con su alma, caminando.*

UNA CARRETERA ESTRECHA. DÍA.

*María, sentada en un mojón. La carretera, casi solitaria. Llega un coche. María, haciendo un esfuerzo, intenta pararlo, en vano.*

UN CAMINO VECINAL. ATARDECER.

*María dirigiéndose hacia una alquería.*

ALQUERÍA. NOCHE.

*La cocina. Un quinqué. María bebiendo ávida un vaso de leche. A su lado, una vieja.*

VIEJA. Dicen que los alemanes están en Orleáns. Dicen que hemos perdido la guerra. ¡Qué vergüenza! Cuando se sabe que no es seguro ganar una guerra es mejor no hacerla.

MARÍA. Pero ¿si te atacan?

VIEJA. ¿Qué teníamos que ver con Polonia?

MARÍA. Luego nos hubiera tocado a nosotros.

VIEJA. Quizá hubiese muerto antes... Ya me mataron a un hijo en el 14.

MARÍA. ¿Y querría que le mataran el nieto dentro de veinte años? Había que acabar de una vez.

VIEJA. Pero acabaron con nosotros.

MARÍA. Aún no ha terminado la guerra.

*La cara incrédula de la vieja.*

UN DESPACHO MUGRIENTO EN UNA PREFECTURA DE PROVINCIA.

*María frente a un burócrata.*

BURÓCRATA. No, no sabemos nada. Vea en Gurs, en Brand, en Agde, en Septfonds, en Vernet...

LA PLAZA DE LA VILLA.

*Grandes olmos. María sale de la Prefectura. Va hacia un café. Mientras camina, ferozmente cansada, se oye desde un altavoz el discurso de Petain, en Burdeos.*

VOZ DE PETAIN. Con el corazón destrozado os digo hoy que hay que hacer la tentativa de cesar el combate. Esta noche me he dirigido al enemigo para pedirle si está dispuesto a buscar con nosotros, de soldado a soldado, después de la lucha y dentro del honor, el medio de poner término a las hostilidades.

*María se ha detenido. A su lado, un viejo. La mira; luego levanta la vista.*

VIEJO. (Al altavoz). Merde!

EXTERIOR DEL CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE VERNET D'ARIEGE, VISTO DESDE UN TREN EN MARCHA. DÍA.

*Los barracones grises y viejos, las alambradas, las casetas de los guardias. El campo, hermoso, alrededor. Al fondo, los Pirineos.*

INTERIOR DEL CAMPO.

*Una gran hilera de detenidos, cerca de las alambradas, con grandes piedras entre las manos, miran pasar el tren.*

EXTERIOR DEL CAMPO.

*El tren visto por los prisioneros, entrando en la estación.*

INTERIOR DEL CAMPO.

*Los internados, de metro en metro, se van pasando pedruscos, el uno al otro, en cadena.*

*El teniente Combs recorre la línea. Al final se va amontonando un gran número de piedras.*

COMBS. Toca el pito y ordena: ¡Alto!

*Todos dejan de trabajar, se incorporan manifestando su cansancio, frotándose los brazos, secándose el sudor, contrayendo los músculos.*

COMBS. Ahora, al revés, de aquí para allá. En aquella esquina es donde hacían falta.

*Hace un guiño que quiere ser pícaro a uno de los guardias. Llega otro, que se cuadra.*

GUARDIA. Los nuevos, mi teniente.

TENIENTE. ¡A trabajar!

*Toca el pito. Los internados se pasan los pedruscos en sentido inverso.*

EXTERIOR DEL BARRACÓN DEL MANDO.

*Doble cola, larguísima, de los recién llegados que se prolonga hasta la entrada del campo.*

INTERIOR DEL BARRACÓN DEL MANDO.

*Dos escribientes, vestidos semimilitarmente, llenan fichas. Tras un mostrador desfilan, dando sus generales, algunos de nuestros conocidos y otros que vemos por primera vez.*

PRIMER ESCRIBIENTE. Tomando nota parsimoniosamente. ¿Nacionalidad?



VILLANUEVA. Española.

PRIMER ESCRIBIENTE. ¿Ha hecho política?

VILLANUEVA. ¿Yo? Nunca.

PRIMER ESCRIBIENTE. ¿Religión? (*Villanueva calla*). Bueno, pondremos católico. Católico de origen... Al C.

CONDE POLACO. *A Scarsi*. ¿Qué es eso del C?

SCARSI. Los de derecho común van al A, los políticos al B y el resto, la morralla, al C.

CONDE POLACO. ¿Pero no tienen nuestras fichas?

PEQUEÑO DESPACHO DEL MANDO.

*El capitán de la conducción y el teniente Combs.*

TENIENTE COMBS. Ahora le recibirá el coronel. ¿Qué tal?

CAPITÁN DE LA CONDUCCIÓN. Los expedientes se quedaron en París.

COMBS. Estamos lucidos. ¿Y ahora cómo sabemos quién es cada uno?

CAPITÁN. ¡Bah! Pausa. Se han quedado veintitrés por el camino.

COMBS. ¿Fugados?

CAPITÁN. Sólo seis.

COMBS. ¿Los demás?

*El capitán inclina su pulgar hacia abajo.*

COMBS. Lástima que no fueran todos. Con los que tenemos, sobran.

EXTERIOR DEL BARRACÓN DEL MANDO.

*Un grupo de internados, llevando escobas, pasa cerca de la doble cola. Uno de ellos, Barbena, va diciendo, en voz baja, a los que esperan.*

BARBENA. Han perdido vuestros expedientes... Han perdido vuestros expedientes... Han perdido.

*Los de la cola se lo comunican unos a otros.*

INTERIOR DEL BARRACÓN DEL MANDO.

PRIMER ESCRIBIENTE. ¿Cómo se llama?

SCARSI. Scarsi, Gregorio.

PRIMER ESCRIBIENTE. ¿Nacionalidad?

SCARSI. Apátrida.

PRIMER ESCRIBIENTE. ¿Su padre?

SCARSI. Juan.

PRIMER ESCRIBIENTE. ¿Su madre?

SCARSI. Rebeca.

PRIMER ESCRIBIENTE. Ah ¿judío?

SCARSI. Desgraciadamente, no.

PRIMER ESCRIBIENTE. ¿Por qué desgraciadamente?

SCARSI. Yo me entiendo.

PRIMER ESCRIBIENTE. ¿Pongo Protestante?

SCARSI. Bueno.

PRIMER ESCRIBIENTE. ¿Hizo política?

SCARSI. Desgraciadamente, no.

ESCRIBIENTE. Al C. Otro. *A Casteras*. ¿Cómo se llama?

CASTERAS. Juan Antonio Pontorvo, conde de Rímini. Mi padre Alejandro; mi madre, Lucrecia. Mahometano.

*El escribiente le mira con curiosidad. Pero no se extraña: ha visto muchas cosas. Escribe.*

EXTERIOR DEL BARRACÓN DEL MANDO, CERCA DE LAS ALAMBRADAS.

*En la cola:*

ORLEÁNS. *A un internado*. ¿Qué diferencia hay entre el B y el C?

UN INTERNADO. (*Tras las alambradas*). En el C trabajan y los del B no.

ORLEÁNS. ¿Por qué?

EL INTERNADO. Como los del B son políticos, no los quieren dejar salir del quartier.

*Otro lugar de las colas:*

RADVANY. (A Leslau). Hay que tener mucho cuidado con los soplones.

LESLAU. Descuide.

RADVANY. Seguro que nos mezclarán con unos cuantos.

LESLAU. Tendré cuidado.

INTERIOR DEL BARRACÓN DEL MANDO.

SEGUNDO ESCRIBIENTE. ¿No ha hecho nunca política?

ORLEÁNS. Sí.

SEGUNDO ESCRIBIENTE. ¿A qué partido pertenecía?

ORLEÁNS. He hecho política vaticanista.

ESCRIBIENTE. Al B... Otro.

EXTERIOR DEL BARRACÓN DEL MANDO Y ENTRADA DEL CAMPO.  
ATARDECER.

*Llegan internados, del exterior, llevando angarillas con montones de leña. Entre ellos, Caamaño, que ve a Mantecón en una de las filas todavía largas.*

CAAMAÑO. (En voz baja). Cambiaros los nombres.

MANTECÓN. ¿Y que vaya a México tu abuela?

*Julio está al lado de Mantecón.*

JULIO. A lo mejor es bueno para salir antes.

MANTECÓN. Tú sabrás qué relaciones tienes con el santo de tu nombre.

*Cara de asombro de Julio.*

EL CAMPO C.

*Doce enormes cadahalsos a cada lado. Dos pequeños, en el centro, para las letrinas. Bastante espacio entre todo. El campo está rodeado de alambradas rudimentarias. Entre la parte trasera de las barracas y las alambradas que separan el cuartel B del C pasean los internados y tienden sus mantas. Las alambradas que limitan el campo son dobles.*

*El cielo, encapotado. Empieza a gotear. Los detenidos que vagaban o se espulgaban echan de pronto a correr: todos. Villanueva, que, con su macuto, en unión de otros recién llegados, está en medio del campo, pregunta extrañado a uno que corre.*

VILLANUEVA. ¿Qué pasa?

*El que corre señala el cielo. Todos los internados se precipitan a recoger sus mantas tendidas y desaparecen con ellas en los barracones. El campo, desierto.*

INTERIOR DEL BARRACÓN DEL MANDO.

SEGUNDO ESCRIBIENTE. A Julio. ¿Nombre?

JULIO. Julio.

SEGUNDO ESCRIBIENTE. ¿Apellido?

JULIO. Mayer. (*Lo piensa mejor*). No. Hoffman.

SEGUNDO ESCRIBIENTE. ¿En qué quedamos? ¿O crees que estamos aquí para perder el tiempo?

MANTECÓN. (*Que sigue en la fila*). Desde luego.

VISTA DE LONDRES. ATARDECER.

ACTUALIDADES.

*Churchill hablando ante un micrófono.*

CHURCHILL. Esta tarde las noticias de Francia son muy malas y mi corazón sangra porque el heroico pueblo francés ha caído en esa terrible desgracia. Nada cambiará nuestros sentimientos hacia él, ni nuestra certeza de que el genio de Francia se levantará.

ACTUALIDADES ALEMANAS.

*Las tropas alemanas entrando en varias ciudades.*

UNA VOZ. Los alemanes ocupan Colmar, Cherburgo, Caen, Le Mans y Nevers.

## ACTUALIDADES INGLESAS.

*El general de Gaulle ante un micrófono.*

OTRA VOZ. Desde Londres, el general de Gaulle hace un llamamiento al pueblo de Francia y encabeza la resistencia contra los nazis.

## ACTUALIDADES ALEMANAS.

*Hitler y Mussolini se saludan afectuosamente, estrechándose las manos.*

VOZ DE OTRO. En Munich, se reúnen Hitler y Mussolini; ambos dictadores están de acuerdo en conceder el armisticio solicitado por los franceses, Las tropas franquistas ocupan la zona internacional de Tánger.

## INTERIOR DE UN EDIFICIO OFICIAL FRANCÉS.

*Cola de mujeres sentadas en largos bancos. María al lado de una vieja con un paraguas y un periódico. Hablan por hablar.*

MARÍA. Hoffman.

VIEJA. ¿Cómo habla tan bien francés con un apellido así?

MARÍA. De soltera me llamaba Bertrand.

VIEJA. ¿Francesa?

MARÍA. Claro.

VIEJA. ¿Y se casó con un alemán?

MARÍA. Mi marido no es alemán.

VIEJA. ¿Qué es?

MARÍA. Apátrida.

VIEJA. Eso no existe. Pero no importa. ¿Cómo se casó con un extranjero?

MARÍA. No soy la primera ni la última. Ni era ninguna niña.

VIEJA. ¿Hace cuánto que se casó?

MARÍA. Tres años.

VIEJA. ¿Y no se arrepiente?

MARÍA. ¿Arrepentirme? ¿Por qué?

VIEJA. No sé: por las cosas que pasan y por lo que le pasa.

MARÍA. Mirando a mi alrededor podría consolarme: dos de las vecinas de mi casa tienen sus maridos prisioneros en Alemania. El mío, por lo menos, está en Francia. No sé dónde, pero en Francia.

VIEJA. ¿No sabe dónde?

MARÍA. No. Pero ya lo encontraré. Y la del tercero derecha, viuda; mataron a su marido en Bélgica.

VIEJA. ¿No tiene familia?

MARÍA. No. Soy incluso.

VIEJA. Vaya...

MARÍA. No lo diga con lástima. Prefiero eso a...

VIEJA. ¿A qué?

MARÍA. Me acordaba de una amiga mía. Pero no viene al caso.

VIEJA. ¿Cómo conoció a su marido?

MARÍA. Yo era dependienta. Él era empleado de un proveedor. Luego se estableció por su cuenta.

VIEJA. ¿Y usted no trabajaba?

MARÍA. Ya no.

VIEJA. Eso se llama suerte.

MARÍA. Sí.

VIEJA. Y su marido, siendo extranjero ¿por qué no se alistó?

MARÍA. No le aceptaron.

VIEJA. ¿Por qué?

MARÍA. Una hernia.

VIEJA. Eso se opera.

MARÍA. Pensaba hacerlo, pero le detuvieron confundiéndole con su hermano.

VIEJA. ¿De qué acusan a su cuñado?

MARÍA. Peleó en España.

VIEJA. Todo es una desgracia. No sé lo que ha pasado. Pero, por lo menos, ya acabó.

MARÍA. No lo puedo creer. Dicen que uno que era subsecretario de guerra ha dicho que sigue la lucha, desde Londres.

VIEJA. No me hable de los ingleses, todos iguales, hipócritas, traidores...

*La vieja se cala las gafas y se pone a leer el periódico.*

EL PERIÓDICO.

*Fecha: 22 de junio de 1940. Encabezado: Se firma el armisticio. (En letra más pequeña). Por los generales Keitler y Huntziger.*

VOZ DE MARÍA. Dos nombres alemanes...

VOZ DE LA VIEJA. Están en Saint Nazaire.

VOZ NEUTRA. El 24 llegan a Saint Etienne y a Angulema.

OTRO PERIÓDICO.

Encabezado: Armisticio franco-italiano. Lo firman en Roma, a las 19,15, el general Huntziger y el mariscal Badoglio.

OTRO PERIÓDICO.

Fecha: 2 de julio de 1940. Encabezados: El gobierno del mariscal Petain se instala en Vichy, El ejército ruso ocupa la Besarabia y la Bucovina septentrional. Se oye ruido de lluvia. La lluvia, en unos árboles, en unos charcos.

INTERIOR DEL BARRACÓN 34. CUARTEL C, EN VERNET D'ARIEGE. NOCHE.

*Ruido de la lluvia. La barraca tiene unos treinta metros de largo, cada dos una separación, del suelo al techo, con tres divisiones a un metro la una de la otra. En cada uno de esos apartijos, caben tres hombres acostados. El del medio se suele poner al revés la cabeza a la altura de los pies de los otros dos.*

*En el centro de la barraca una bombilla da su luz macilenta.*

*Los unos duermen, algunos roncan, uno sueña en voz alta.*

EL QUE SUEÑA. ¡Irene!

SU VECINO. *Ta gueule!*

*Otro fuma, otro llora bajo su manta, varios están despiertos mirando fijo las maderas que los encierran. Algunos hablan en voz baja. El alveolo donde están Julio, Leslau y Karpaty, que duerme.*

LESLAU. ¿Y la vio?

JULIO. Sí.

LESLAU. ¿Y estuvo con ella?

JULIO. Un día.

LESLAU. Daría la vida por unas horas así.

JULIO. ¿Sigue sin carta?

LESLAU. Peor. (*Pausa*). Cada vez más despegada, con menos interés por mí. ¿Por qué no me pegaría un tiro aquel suboficial?

JULIO. El día menos pensado la ve ahí afuera, plantada en la carretera, haciéndole señas.

LESLAU. Nunca he vivido de ilusiones. Soy filólogo.

JULIO. ¿Qué es?

LESLAU. Estudio —estudié— el origen de las palabras. Sé lo que quieren decir. ¿Para qué sirve?

JULIO. Para entenderse.

LESLAU. Pero ella se desentiende de mí.

JULIO. A lo mejor no puede hacer otra cosa. Queramos o no, aquí estamos tranquilos, mientras que fuera, Dios sabe qué estarán aguantando. (*Pausa. El ruido de la lluvia. Pasos del relevo*). María, sola en París.

LESLAU. Si supiera que Ana está sola, estaría tranquilo.

JULIO. ¿No le quería?

LESLAU. Empleó el tiempo justo.

JULIO. No le entiendo.

LESLAU. El pasado. Y lo que no me deja dormir es el presente.

*En la tarima superior, Villanueva, Scarsi y Mauri.*

VILLANUEVA. (*En voz alta a Leslau*). Si no duermes, deja dormir a los demás. Ya tendrás tiempo de quejarte.

MAURI. (*A Villanueva*). Ese, por lo menos, tiene el beneficio de la duda.



VILLANUEVA. Que tú ¿no?

MAURI. (*Con los ojos muy abiertos, mirando a lo alto*). No.

VOCES. ¡Chist! ¡Chist!

*Otra vez Julio, Leslau y Karpaty.*

KARPATY. (*Dormido*). No dejes rastro. Quítalo todo.

LESLAU. ¿A qué se referirá?

JULIO. ¿Por qué está aquí?

LESLAU. Política. Pero no habla con nadie de eso.

JULIO. ¿Y a usted, por qué le detuvieron?

LESLAU. (*Sonriendo*). Política. Por hablar con todo el mundo.

JULIO. Pero siendo profesor...

LESLAU. No impide tener ciertas ideas.

JULIO. ¿Comunista?

LESLAU. No. Socialista.

JULIO. No lo entiendo.

LESLAU. Es que, además, soy austriaco. (*Pausa*). Era.

*Ruido cadencioso de pasos.*

INTERIOR DEL CAMPO. NOCHE.

*Pasa una patrulla por fuera de las alambradas. El relevo. Las alambradas vistas desde el exterior. Llueve menudo. Un par de soldados se aleja en la noche hacia una luz: la taberna. Entran.*

INTERIOR DE LA TABERNA.

*Humo. (Todos fuman). Ruido. (Todos hablan). Gendarmes, guardias móviles, soldados. Sirven el tabernero y la tabernera. Se oye una radio pequeña, gangosa.*

VOZ DE LA RADIO. La Asamblea Nacional, reunida en Vichy, ha votado un proyecto otorgando plenos poderes al gobierno del mariscal Petain para que promulgue una nueva Constitución. El proyecto obtuvo 569 votos en favor, 80 en contra, 18 se abstuvieron entre 667 asistentes de un efectivo legal de 830 miembros.

INTERIOR DEL CAMPO C. AMANECER.

*Entre barracón y barracón, los lavaderos, en forma de abrevadero. De los barracones van saliendo los internados. Los unos suben a las letrinas, otros van a lavarse, los unos un poco, algunos algo más: la cara y las manos. Pocos se desnudan de cintura para arriba. Algún viejo lo hace del todo y hace gimnasia sueca. Un tuerto se saca el ojo de cristal y lo lava concienzudamente antes de volvérselo a colocar. Llega el teniente Combs; toca el pito para pasar lista. Los internados se forman frente a su barraca. Al lado de Julio, el Peque.*

EL PEQUE. Hoy es viernes, ahora verás.

JULIO. ¿Qué?

EL PEQUE. Espera.

*Llegan los sargentos para pasar lista; uno por barraca. Weissman está al frente de la 34.*

WEISSMAN. ¡Firmes!

*Se ponen todos en posición, destocándose. Todos, menos uno.*

PEQUE. (A Julio). No falla.

JULIO. ¿Por qué?

PEQUE. Hoy es viernes y su religión le prohíbe descubrirse.

*El sargento se fija en él.*

SARGENTO. (Al «Hijo de Jehová»). Ven aquí.

*El «Hijo de Jehová» se adelanta.*

SARGENTO. Quítate eso que llevas en la cabeza. (El «Hijo de Jehová», quieto, frente a las filas de los internados).

*Bofetada del sargento al «Hijo de Jehová». El sargento le quita el gorro y se lo pisotea.*

SARGENTO. ¡Cinco días de calabozo!

PEQUE. (A Julio). Así, cada viernes. Lo sueltan de la cárcel el miércoles. Y son cuarenta en el campo. Los llaman los «Hijos de Jehová».

CASTERAS. ¿De qué les sirve?

WEICSEN. Para vivir.

CASTERAS. No hay más razón de vivir que la de que nos echaron al mundo.

Está bien dicho ¿no? Nos echaron...

*Mientras tanto, Weissman pasa lista.*

SARGENTO. Todos los belgas que se apuntaron ayer para regresar a su país ¡listos dentro de media hora!

INTERIOR DEL BARRACÓN 34. DÍA.

*Siete belgas hacen sus maletas. Julio y Caamaño barren.*

CAAMAÑO. ¿Cómo quieres que ganaran la guerra? La guerra, de verdad, no la quería nadie. Pero aquí, en Francia, menos. Y en Bélgica, no digamos. ¡Se vivía tan bien! Que los dejaran en paz, convencidos de que no pasaba nada y de que si pasaba no importaba.

JULIO. Dicen que el amor es ciego.

CAAMAÑO. Ciego, el egoísmo. Vino lo de Etiopía y Laval echó abajo las sanciones. Vino lo de España e inventaron la no intervención y nos ahogaron. No querían saber nada: que les dejaran con sus aperitivos y su mantequilla, que no les quitaran nada de lo que tenían. ¿Así cómo quieres hacer la guerra? ¿Cómo iba a hacerla el pueblo que veía que nos encarcelaban? ¿Cómo la iban a hacer los oficiales que admiraban a Hitler por sus métodos y su anticomunismo? ¿Crees que si de veras hubieran sentido por qué luchaban hubiesen entregado París? ¡Vamos! En 1870 se defendieron. Había algo podrido y arrastró todo el edificio.

VILLANUEVA. *(Que se está espulgando)*. Luchamos tres años para que no hubiera campos de concentración en el mundo...

*En la puerta, Weissman, viendo salir a los belgas, le pregunta a Mantecón.*

WEISSMAN. ¿Cómo te explicas este desastre?

MANTECÓN. Es que sigue la no intervención.

WEISSMAN. Todos los habitantes de Alsacia y Lorena de origen francés serán expulsados y expropiados sus bienes.

MANTECÓN. Y tú eres alsaciano.

WEISSMAN. Pero no tengo bienes...

INTERIOR DEL CAMPO C. DÍA.

*Un grupo muy numeroso formado en el centro. Los más, bien*

*vestidos, con maletas de buen ver. Desde la puerta de su barracón les miran Julio y Caamaño.*

JULIO. *Amargo.* ¡Quién fuera belga! Dentro de unas horas, en París.

CAAMAÑO. Por algo son fascistas.

JULIO. Yo no diría tanto.

CAAMAÑO. ¿Cómo no?

JULIO. Partidarios del rey de Bélgica. Algunos eran buenas personas, por lo menos los que durmieron aquí.

CAAMAÑO. Si juzgas a la gente por si son buenas personas o no, estás perdido.

JULIO. No estamos de acuerdo.

CAAMAÑO. Para ti la perra gorda.

JULIO. No es que yo quiera una sociedad sin pobres ni ricos; eso ya comprendo yo que es una tontería: por mucho que cuides una clavellina no da rosas. No, pero sí un mundo donde exista un respeto de hombre; donde no sea posible ese desprecio con que nos tratan sin preocuparse de quiénes somos, donde la bajeza de los que cumplen las órdenes... No me sé explicar.

CAAMAÑO. Eso crees tú.

JULIO. Mira: yo no he estudiado, yo vine de mi pueblo a París, hace más de veinte años, me coloqué en una fábrica de aparatos eléctricos, ahorré un poco y con otro poco que pedí prestado me establecí cuando me casé. Esta es toda mi vida. Esa fue. No quería mirar alrededor y ahora me doy cuenta de que no se puede vivir sin pensar en los demás. Eso ¿es ser revolucionario?

CAAMAÑO. Tranquilízate; desde luego, no.

INTERIOR DEL CAMPO C. ANOCHECER.

*Llueve. Pasan lista. El sargento, con su impermeable. Todos los internados mojados, quietos, llenan el espacio entre los Barracones. Contestan: Presente, al oírse.*

JULIO. ¿No podrían pasar lista dentro de la barraca?

CAAMAÑO. Pero entonces no se divertirían.

*Sigue la retahíla de nombres. Tras contestar, Julio entra en el barracón.*

INTERIOR DEL BARRACÓN. ATARDECER.

*Julio entra, va hacia su lugar. Lo que oye y ve a derecha e izquierda. En el primer cubículo a la derecha, Mauri intenta arreglar unas galas rotas.*

MAURI. La cuestión es hacerse con dos kilos de alubias.

UNA VOZ. ¡Siempre hablando de comida!

MAURI. ¡Cómo se ve que tienes dinero! Y nosotros ¿qué? Los que nos morimos de hambre ¿no tenemos derecho a hablar de lo que nos dé la gana?

*A la izquierda.*

MORRISON. Lo que más le gusta a los hombres es darse importancia. Igual que sea ama de casa, encargado de almacén, general o químico. Sentirse imprescindible, que lo que haga no lo pueda hacer otro. Y los que estamos encerrados aquí, el motivo es lo de menos, nos damos cuenta de que el mundo sigue girando, que estamos aparte. Entonces tiene uno ganas de morir.

VAGABUNDO. La vida nos ha olvidado.

MORRISON. Exactamente.

*El Vagabundo sonrío, feliz.*

MANTECÓN. (Al Vagabundo). Estás contento porque acaban de darte importancia. (A Morrison). Dejando aparte que lo que acabas de decir es una tontería.

*Segundo cubículo, a la derecha.*

EL PEQUE. Anoche soñé con el pavo que comíamos en Navidad. Y con la sopa de macarrones.

RUSO BLANCO. ¡Qué suerte tienes! El gusto que has pasado no te lo quita nadie...

UN VIEJO. (Con su dentadura en la mano). Se me cae a cada momento con lo que he adelgazado. A Julio. ¿No me la compra?

*Leslau, a Villanueva, a la izquierda.*

LESLAU. ¡Cómo se va a comparar el ragout con el goulash!

VILLANUEVA. A Caamaño. ¿Qué es el goulash?

CAAMAÑO. Un guisado, como el ragout.

LESLAU. ¡Cómo se va a comparar!

CAAMAÑO. El uno lo hacen en Francia y el otro en Hungría. Y para de contar.

*Más adelante, a la derecha, Casteras y Karpaty.*

CASTERAS. Es muy sencillo: si pruebas que recibes dinero de la familia, te dejan en paz.

KARPATY. No tengo ni familia ni dinero.

CASTERAS. Cualquiera te puede ayudar, hombre. Tú le mandas cien francos a un conocido libre; y él te los gira. Tú se los vuelves a mandar, yo sé cómo, ya así hasta la eternidad. El servicio es mutuo. Él, en Marsella, o en el infierno; tú, aquí.

KARPATY. En el infierno.

CASTERAS. No exageres.

*En medio del barracón se pegan dos viejos. Los separan.*

WEISSMAN. *Acudiendo.* ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

UNO DE LOS CONTENDIENTES. ¡Le dieron un caramelo para los dos y se lo comió!

EL OTRO. ¡Mentira!

WEISSMAN. ¡Quietos! ¡Quietos! Ya sabéis que yo hago cuanto puedo por el bien de todos ¡No hagáis ruido! ¡No protestéis!

PLATKE. *Alto, fuerte.* ¿Ni por falta de peso en el pan?

WEISSMAN. ¡Chist! ¡Chist! Ya se arreglará.

PLATKE. ¿Ni por el robo de los botes de leche?

WEISSMAN. Yo no sé de eso.

PLATKE. Por algo tan pronto como llegaste te hicieron jefe de la barraca. ¡Cabrón!

WEISSMAN. *Enfrentándose a Platke.* ¡A mí no me insultas tú!

UNO DE LOS CONTENDIENTES ANTERIORES. A Weissman. ¡Quietos! ¡Quietos!

*Julio atraviesa la barraca y sale por la puerta de atrás.*

INTERIOR DEL CAMPO C. ATARDECER.

*Un grupo de españoles, Barbena, el Maño, Cañizares. Pasean a lo largo de la alambrada que separa el campo C del B.*

EL MAÑO. Han fallado muchos españoles.

BARBEA. Dirás faltado.

EL MAÑO. ¿Qué más da? ¿No sabes lo que quiero decir? Me fastidias, por lo fino. Llegaban al campo por la noche y morían por la mañana, reventaos. Tanto andar por las montañas con el hato al hombro, huyendo; y los fachas detrás. Nada más te digo que yo soy de Pina y tengo ocho de familia. Los traía todos conmigo, y el burro. A éste, a medio camino, le dio por decir que no. Y hubo que dejarlo. Se lo comerían los fachas. Nos equivocamos de camino y fuimos a parar a Olot. Y luego pa la frontera. En San Cyprien, lo peor, los piojos. Hubo quien se murió comido por ellos. Nos escapamos.

JULIO. *Que se ha unido al grupo.* ¿Todos?

EL MAÑO. Todos. Trabajábamos aquí y allá, de pueblo en pueblo, de las cinco de la mañana a las ocho de la noche; y comiendo mal. No poco, pero mal: a la manera de aquí, que no tienen idea. Escapando y trabajando llegamos a París. Y, aunque no lo creáis, me gustó. Y empezamos a trabajar, toa, toa la familia como los buenos.

JULIO. ¿Y por qué te trajeron?

EL MAÑO. ¡Anda éste! Por los papeles.

JULIO. ¿Teníais papeles?

EL MAÑO. ¿A qué santo? Me dijeron que me quedaría libre indicándoles quiénes eran comunistas quiénes de Trotsky. Yo soy de la CNT. Les di una *quantá*. Bueno, tanto como una *quantá*, no.

BARBENA. Aguantando...

EL MAÑO. Santo y bueno. Ya vendrá la nuestra.

*El grupo de atrás, entre ellos un alemán y el conde polaco.*

EL ALEMÁN. Éramos siete hermanos. Y los siete comunistas. Los socialdemócratas nos metieron en la cárcel. Yo pude escapar. Ludwig, Ernst, Fritz Wilhelin, Karl y Alfred fueron fusilados por los nazis cuando éstos subieron al poder. No tuvieron más que llevarlos de las celdas al paredón. Me metieron en un campo sin saber exactamente quién era. Me escapé a Francia. Me casé. Cuando la guerra de España, fui allí. Volví a los dos años para encontrarme a mi mujer liada con un chivato que se decía compañero nuestro. Le faltó tiempo para delatarme. Año y medio de cárcel, y aquí.

CONDE POLACO. ¿Aún tienes ganas de vivir?

EL ALEMÁN. Las mismas que el primer día. Lo personal no cuenta para nada. Si me pusiera a pensar en mis desgracias no resistiría. Lo bueno es que me siento como

una piedra en medio de una catera y que sólo pienso en lo que puedo servir.

CONDE POLACO. No sabes cómo te envidio.

EL ALEMÁN. Lo mío no es privativo.

CONDE POLACO. Tal vez si yo tuviera treinta años menos...

LA ALAMBRADA ENTRE EL CAMPO B Y C. ATARDECER.

*Radvany, en el B, y Leslau, en el C hablan. Simulan buscar algo en el suelo mientras pasan los grupos anteriores.*

RADVANY. A Leslau. ¿Ya sabes lo que me pasó?

LESLAU. No.

RADVANY. Como no tuvieron tiempo de tomarnos la filiación a todos, a los que quedamos nos encerraron en un barracón que tienen para las «fiestas».

LESLAU. ¿Qué fiestas?

RADVANY. Las que organizan cuando vienen visitas; el general o el prefecto. Hay un tablado, bancas.

LESLAU. ¿Y?

RADVANY. Como sabes, yo tenía un cuaderno de notas. Temía un registro. Entraron a darnos el rancho. Uno de los internados se puso a hablar con nosotros. Nos dijo que nos iban a registrar a fondo. Me creí muy listo: le di mi cuaderno para que me lo pasara.

LESLAU. Y era un confidente.

RADVANY. Tú lo has dicho.

LESLAU. ¡Y tú fuiste el que me avisaste que tuviéramos cuidado con los chivatos!

RADVANY. No acaba uno de aprender nunca.

LESLAU. ¿Y te lo han devuelto?

RADVANY. Con veinte páginas menos.

LESLAU. ¿Y era importante?

RADVANY. Sólo para mí. Y no hubo registro...

LA VENTANILLA DE UN DESPACHO OSCURO. DÍA.



*María y un empleado que consulta papeles, sin hacerle caso.*

MARÍA. Hoffman, Julio. Estaba en París el 8 de junio...

EMPLEADO. Había mucha gente en París el 8 de junio.

MARÍA. Fue trasladado al sur.

EMPLEADO. ¿Dónde?

MARÍA. Es lo que quiero saber. Es lo que pregunto.

INTERIOR DEL CAMPO C. DÍA.

*El teniente Combs escudriñando por el campo. Descubre a Julio, escribiendo en un banquito y que no le ve venir. Combs da un puntapié al banco, Julio se levanta, confuso.*

COMBS. ¿No sabe cuadrarse? ¿No sabe saludar? ¿De dónde ha sacado la madera para hacer esto? Por el banquillo.

JULIO. No sé, mi teniente. Me lo han prestado.

COMBS. ¿Quién?

JULIO. No sé cómo se llama.

COMBS. ¿No lo sabe? ¿A qué barraca pertenece?

JULIO. A la 34.

COMBS. *Llama.* ¡Weissman! *Este acude.* ¿De quién es este banco?

WEISSMAN. (*Cuadrándose*). No lo sé, mi teniente.

*Por todo el campo corren los internados recogiendo mesas y bancos. Los esconden pasándoselos de uno a otro.*

*Combs llama a dos guardias.*

COMBS. Registro general, todas las cosas de madera que encontréis apiñadas en el centro. ¡Ya les enseñaré yo a robar madera!

INTERIOR DEL CAMPO C. NOCHE.

*Los restos de una pira. Banquillos, mesas, algunos palos acabándose de consumir.*

INTERIOR DEL BARRACÓN 34. DÍA.

*Entra el teniente Combs y pregunta a Julio que está acurrucado en*

*su lugar, guardando su ropa.*

COMBS. ¿Dónde está el jefe de la barraca?

JULIO. No lo sé.

COMBS. ¿Qué? ¿Qué manera de contestar es ésta? ¡Cuádrese!

*Julio, en su cuchitril, materialmente no puede.*

COMBS. ¡Ya le enseñaré a vivir!

UNA VOZ. A morir.

COMBS. ¿Qué? ¿Qué dijo?

JULIO. Nada.

COMBS. (*Gritando*). No se dice: nada, sino: nada mi teniente. Repítalo alto tres veces.

JULIO. (*Temblando de ira*). Nada, mi teniente, Nada, mi teniente nada. Perdón: Nada, mi teniente.

#### CALABOZO DEL CAMPO. NOCHE.

*Estrecha celda. Oscuridad casi completa. Sólo un ventanuco enrejado con sucios cristales en los que se refleja, de cuando en cuando, una luz que permite distinguir unos bultos. Uno de ellos es Julio, que habla.*

JULIO. He vivido ciego. No, ciego no. Pero con una gran pared enfrente. Quizá porque he vivido siempre en la ciudad y uno está acostumbrado a ver pisos y pisos: piedras ahumadas y sucias. Y porteros y tranvías y cobradores de bancos. Y uno acaba creyendo que sólo hay pisos y tranvías y recibos y letras y cuentas. Y acaba uno por despreciar todo lo que no sea de piedra o que se toque o que se pueda tocar. A lo primero, aquí, os tenía poco más o menos por bandidos. Todo lo que no era mi vida me parecía falso; todos hipócritas, todos yendo a lo suyo, que nada tenía que ver con lo mío. Poco a poco he visto que no. He aprendido que anda por el mundo algo que quiere impedir que me quiten lo que tenía.

UNA VOZ. ¿Qué tenías?

JULIO. No sé, el recibo de la luz, el limpiabarros de la escalera, el periódico de la noche; mi tienda..., mi mujer. Y he visto que los que me defendían no era la policía sino otros hombres perseguidos. Antes, la libertad me parecía una palabra más. Y ahora resulta que sé lo que es la libertad y que lo he aprendido donde no la hay. No sé explicarme.

*A su lado, Leslau.*

LESLAU. Si, se explica muy bien.

JULIO. Pero yo no quiero la revolución. Al contrario, quiero que las cosas queden como estaban.

LESLAU. No eres el único. Lo malo, para eso, es que la vida lo muda todo.

*Hay una larga pausa. Las paredes.*

JULIO. ¿Nos van a pegar?

LESLAU. No creo.

JULIO. ¿Por qué?

LESLAU. Todavía son párvulos.

*El conde polaco está acurrucado en el suelo.*

CONDE POLACO. Aprenden rápidamente.

*Julio, a otro, que se rasca.*

JULIO. ¿Y usted por qué está aquí?

HEINZ. Se ve que eres nuevo. Eso no se pregunta. En la cárcel, en el campo, se está. Cuenta lo que uno es, no lo que fue.

CONDE POLACO. Yo era alguien y, de pronto, aquí no soy nada, nadie.

JULIO. Es curioso, ahora que no soy nadie es cuando empiezo a sentirme algo. No sé hablar. Yo ganaba mi vida honradamente. Me miraba al espejo —al afeitarme— con cierta complacencia: Julio Hoffman, comerciante establecido en París, casado. Ahora no necesito espejo.

HEINZ. Si lo necesitaras, ibas aviado.

JULIO. Nos afeitan cada ocho días, queramos o no. (*Pausa. Ruido de los pasos de una patrulla*). Antes me dejaba llevar, ahora me siento otro. Algo así como si fuese un ladrillo puesto en medio de una corriente de agua, de esas que corren a lo largo de todas las aceras de las calles de París, formando un remolino. El día que mi mujer o mi hermano me oigan se quedarán de piedra. (*Pausa*). Podía haber sido al revés.

LESLAU. ¿Cómo?

JULIO. No lo sé: hundirme.

HEINZ. Estoy aquí, en el calabozo, por intentar entrar un puñado de leña.

LESLAU. Estás aquí para contarle mañana al capitán Verdier lo que digamos.

Pero no temas, ya te conocemos.

HEINZ. Mientes. Yo luché en España.

LESLAU. Pero te cansaste. Por lo menos aquí.

*(Silencio. Pasa el tren, a lo lejos).*

JULIO. A lo mejor, en España, conoció a mi hermano.

HEINZ. ¿En qué brigada?

JULIO. Nunca lo supe.

HEINZ. ¿Nombre?

JULIO. Hoffman, Juan.

HEINZ. ¿Juan Hoffman? Está aquí, en el B.

INTERIOR DEL CAMPO C. DÍA.

*La alambrada que linda con el campo B. Mantas colgadas. Algunos lavando, otros se espulgan. Pasean Caamaño, Barbena, Cañizares y Julio.*

BARBENA. *(A Julio)*. Ahora se acercará tu hermano. Ándate con cuidado porque ya sabes que está prohibido hablar de campo a campo.

JULIO. ¡Si es mi hermano!

BARBENA. Aquí no hay hermanos que valgan. Si te cogen te pelan.

VOZ DE JUAN. *Desde el campo B.* ¡Julio!

*Juan y Julio; la alambrada que los separa.*

JULIO. ¡Juan! ¿Cómo estás?

JUAN. Venga la filípica.

JULIO. ¿Por qué?

JUAN. Cada vez que nos veíamos tenías que empezar con un sermón.

JULIO. He cambiado un poco. No mucho, no vayas a creer.

JUAN. ¿Cómo está María?

JULIO. No sé nada de ella desde que nos evacuaron de París.

JUAN. ¿No me preguntas qué se me había perdido en España?

JULIO. Me han enseñado algunas cosas estos últimos tiempos. Te agradezco lo

que hiciste por mí.

JUAN. Olvídalo. Salió mal.

JULIO. Yo no habría sido capaz. Hasta ayer no supe que estabas aquí.

*Pasa un internado al lado de Juan.*

INTERNADO. *Por lo bajo.* ¡Qué vienen!

JUAN. *Yéndose, a Julio.* ¡Corre!

*Un guardia se planta detrás de Julio.*

JULIO. ¿Qué?

GUARDIA. ¿Qué? ¿Así, en mis narices? ¡A la peluquería!

JULIO. ¿Por qué?

GUARDIA. ¿No sabes que está prohibido hablar con los del B?

JULIO. Si era mi hermano...

GUARDIA. ¡Ah! ¿Conque ni siquiera niegas que estabas hablando? Ale, ale.

LA PELUQUERÍA.

*Parte de un barracón, con taburetes. Entran el guardia y Julio.*

GUARDIA. *(Al peluquero).* Pérame a éste; pero que eche sangre.

*El peluquero hace sentar a Julio en un taburete y empieza a pelarle al cero. El guardia lía un pitillo. Escupe y sale.*

INTERIOR DE UNA BARRACA CONVERTIDA EN CAPILLA CATÓLICA.

*Un sacerdote eleva el cáliz. La mayoría de los internados que escuchan la misa, pelados al cero. Sus cabezas.*

INTERIOR DEL CAMPO C. DÍA.

*El teniente Combs pasea. Con su fusta barre las figuras de siete tableros de ajedrez sostenidos en las rodillas de siete parejas de detenidos que estaban jugando. Caamaño se baja a recoger sus figuras. Mira el campo a través de las alambradas. La carretera. Allí, María tratando de descubrir algo.*

CAMPO. DÍA.

*María se acerca a las alambradas. Un soldado la intimida con su mosquetón para que se retire.*

INTERIOR DEL PUESTO DE MANDO.

*María y el capitán.*

MARÍA. Hoffman... Julio.

*El capitán consulta unas listas.*

CAPITÁN. Hay dos: Juan y Julio.

MARÍA. Mi marido y mi cuñado. Ahora ya nadie podrá decir...

INTERIOR DEL CAMPO C. DÍA.

*Julio, ante la puerta, intenta hablar con el centinela.*

JULIO. Mi mujer está en el puesto de mando.

*El soldado se hace el sordo.*

JULIO. (Señalando, desesperado). Está allí...

INTERIOR DEL PUESTO DE MANDO.

*María y el capitán.*

CAPITÁN. No puede verle. Están terminantemente prohibidas las visitas.

MARÍA. Es inocente. Completamente inocente.

CAPITÁN. No lo dudo. Pero ¿qué quiere que haga? Estoy convencido de que es el caso de muchos, tal vez de la mayoría. Pero órdenes son órdenes. Puede enviarle algún paquete de comida, ropa.

MARÍA. Pero quiero verle, hablarle.

CAPITÁN. Puede escribirle.

MARÍA. ¿Qué voy a hacer?

CAPITÁN. Usted sabrá.

LA TABERNA.

*María y la tabernera.*

MARÍA. Puedo lavar, barrer...

TABERNERA. Docenas han querido lo mismo. No necesitamos a nadie. Las cosas no están para hacer extraordinarios.

MARÍA. Pero yo...

TABERNERA. Es inútil.

INTERIOR DEL CAMPO C. BARRACÓN DE LA INTENDENCIA.

*Aglomeración de detenidos. Sigl, jefe de los Internacionales del Campo C, muestra una patata completamente podrida al suboficial. La patata.*

SIGL. Y desde hoy vamos a pesar el pan.

CAAMAÑO. Ya está hecho: faltan diez kilos por barraca.

VILLANUEVA. ¿De qué vivirían los pobrecitos si nos dieran la ración justa?

*Se acerca el teniente Combs.*

COMBS ¿Qué jaleo es éste?

SIGL. Las patatas están podridas.

COMBS. Eso dirás tú.

*Sigl coge una patata, la parte, la enseña.*

SIGL. ¿Está podrida?

COMBS. Según desde el punto de vista de que se la mire. Tú también estás podrido y no lo aparentas.

SIGL. Pero ésta no lo aparenta y lo está.

CAAMAÑO. La Cruz Roja envió cuatro mil botes de leche y sólo nos han repartido ochocientos.

COMBS ¿Quién lleva la cuenta? ¿Vosotros o la intendencia?

*El teniente da media vuelta, se aleja.*

VILLANUEVA. (*En voz alta*). De México enviaron ropa. ¿Quién la ha visto?

INTERIOR DE LA BARRACA 34. NOCHE.

WEISSMAN. (*Leyendo un papel*). Esta semana, servicio de tinetas: Caamaño, Mantecón, Scarsi, Rodríguez, Karpaty, Leslau.

*En el fondo de la barraca:*

MANTECÓN. Siempre los mismos.

WEISSMAN. Suministro: Villanueva y Hoffman.

MANTECÓN. Esto es nuevo. Se los quieren ganar. Los sacan de la mierda para llevarlos a la cocina.

EXTERIOR DE UNA GRANJA. DÍA.

*Es una clásica ferme francesa, con sus tres edificios: viviendas, granero y caballeriza, con techos de pizarra. En el patio, María habla con la granjera.*

GRANJERA. Sitio no hay, trabajo, sí. Pero dudo que pueda con él.

MARÍA. Podré.

GRANJERA. Pero si no tiene papeles, veremos qué dicen los gendarmes.

*Ya me las arreglaré con ellos. Somos miles que lo hemos perdido todo.*

GRANJERA ¡Qué miseria! ¡Qué tiempos estos! ¿Cómo se llama?

MARÍA. Julia.

GRANJERA. Julia ¿qué?

MARÍA. Julia... Granval.

INTERIOR DEL CAMPO C. LA INTENDENCIA. DÍA.

*Julio y Villanueva, con unas angarillas, al lado de la báscula, donde un teniente vigila. Unos guardias pesan unas enormes remolachas blancas.*

UNA VOZ. En mi país, ni las vacas comían eso.

*Las remolachas en la báscula.*

JULIO. (*Fijándose en el peso*). Somos 156 en la barraca 34.

GUARDIA. ¿Crees que no lo sé?

JULIO. Nos tocan veinte kilos más.

TENIENTE. *Adelantándose*. ¿Qué dice?

JULIO. (*Sudando, extrañándose él mismo de su atrevimiento*). Que faltan veinte



kilos.

TENIENTE. ¿Cómo te llamas?

*El teniente retira dos remolachas del montón y las tira.*

TENIENTE. ¡Llévense esto!

JULIO. (*Aferrado mecánicamente a su idea*). Faltan veinte kilos.

TENIENTE. *Grita*. ¿Os habéis vuelto sordos?

*Villanueva va llenando el cajón de la angarilla.*

INTERIOR DEL CAMPO C. EL PASEO. ATARDECER.

*Villanueva pasea con Caamaño y Barbena.*

VILLANUEVA. Chicos, me quedé de piedra. ¡Mira que la mosca muerta ese de Hoffman plantándole cara al teniente de la intendencia! Y no se echó atrás. Creo que si es por él dejamos ahí las remolachas.

*Pasan frente a Mauri que, en la puerta de la barraca 34, abre un paquete y reparte cuanto hay dentro.*

MAURI. *A Villanueva*. ¿Quieres sardinas? Es lo último que queda.

VILLANUEVA ¿Y tú?

MAURI. No quiero nada de una puta.

PUESTO DE MANDO. NOCHE.

*El capitán tras su mesa. Julio, cuadrado, frente a él.*

CAPITÁN. ¿Ves cómo la policía está bien hecha? ¿Tú eras el que estaba aquí por una equivocación? ¿Así nos ayudas? Ahora pasarás ocho días en el calabozo a ver si pesas bien tus ideas. Ya me dirás si te gusta.

ENTRADA DEL CAMPO. NOCHE.

*El teniente Combs, calamocano, entra y se dirige hacia los calabozos, fusta en mano. Dos soldados presentan armas. Cuando ha pasado.*

SOLDADO PRIMERO. Ahora se va a divertir.

SOLDADO SEGUNDO. Si no fuera por los cuernos que le pone su mujer que le

ayudan a sostenerse...

UNA PARED. NOCHE.

COMBS. (*Pegando a un detenido que cae*). Con que tú, ¡aprende, aprende!

*Combs lo pisotea. Un soldado trae a Julio. Combs le mira, deja su presa.*

COMBS. A Julio. ¿Conque te has vuelto revolucionario?

JULIO. Yo no soy revolucionario, pero lo que veo...

*Combs cruza la cara de Julio con su fusta.*

COMBS. Pues aprende...

INTERIOR DEL CAMPO C. LA INTENDENCIA.

*Villanueva y Scarsi recogen el suministro. Nabos y remolachas.*

VILLANUEVA. Faltan treinta kilos y, además, están podridas.

INTENDENTE. Pues si no las queréis ¡fuera! Vengan, otros. Vengan. ¡Barraca 49!

SIGL. (*Al intendente*). Si no dan el peso exacto nadie recogerá el suministro.

INTERIOR DEL CAMPO C. DÍA.

*Los encargados del suministro atraviesan el campo, hacia las cocinas, con las cajas y las angarillas vacías. Los internados salen de las barracas, se agolpan frente a las alambradas y se ponen a gritar en coro.*

INTERNADOS. ¡Tenemos hambre! ¡Tenemos hambre! ¡Tenemos hambre!  
¡Tenemos hambre! ¡Tenemos hambre! ¡Tenemos hambre! ¡Tenemos hambre!  
¡Tenemos hambre! ¡Tenemos hambre!

*Pronto el grito adquiere un ritmo que se sigue oyendo en el despacho del coronel.*

DESPACHO DEL CORONEL, JEFE DEL CAMPO.

*El coronel, rechoncho, habla por teléfono con el prefecto. Se oye,*

*lejana, la protesta cadenciosa de los internados.*

CORONEL. *(Al teléfono)*. Sí, señor Prefecto, con 800 guardias sobrarán. Les voy a dar una corrida... Pero no a la española... a la francesa... Descuide. ¡Ah! Y dígame, señor Prefecto, ¿es cierto que el gobierno ha promulgado una ley con un estatuto contra los judíos? ¡Ah! ¿Y que se acaba de hacer extensivo a Argel? No, no, no, señor Prefecto, soy corso.

LA GRANJA. DÍA.

*Vigilados por dos soldados, cuatro internados, entre ellos Mauri — delgado, con gabán, galas rotas—, cargan patatas en un carro del campo. Uno de los soldados habla con la granjera. María los oye.*

SOLDADO. Pues les dio resultado, por lo menos por el momento. Vino hasta el Prefecto, les arengó, prometió que no habría represalias y que les aumentarían la ración de patatas.

*María se ha corrido, como quien no quiere la cosa, hacia los internados que están cargando el carro.*

MARÍA. ¿Quién conoce a Julio Hoffman?

*Mauri la mira.*

CALABOZO. AMANECER.

*Julio ve cómo pasa, poco a poco, un salchichón a través de la ventana enrejada.*

*Va a caer a sus pies. Los ojos de Julio empañados de lágrimas.*

JULIO. *(A Leslau)*. No crea que lloro por el hambre.

LESLAU. Ya lo sé. ¿Sabe cómo se llama esto?

JULIO. Sí. *(Pausa)*. Y por eso me siento ahora tan tranquilo. Poco a poco he ido notando como... como ¿cómo decirlo? Como me ensanchaba. *(Come, tras darle la mitad del salchichón a su compañero)*. Bah, me decía, es que te acostumbras a la vida de internado, No, no era eso. Es que iba perdiendo el miedo porque sentía que no estaba solo, que somos muchos.

LESLAU. Tal vez llegue un día en que exista un mundo en el que el miedo desaparezca.

JULIO. *(Comiendo a boca llena)*. Si no fuese por el hambre...

## INTERIOR DE LA BARRACA 34. NOCHE.

*Sentados y acostados, ocho reclusos, entre ellos, el conde polaco y Villanueva.*

VILLANUEVA. La cocina francesa será todo lo que queráis, pero a mí que no me vengan con cuentos. Patatas guisadas como las que hacía mi madre...

CONDE POLACO. ¿Sabe la receta?

VILLANUEVA. De memoria. Mira: tomas un poco de cebolla, la cortas menuda, igual que el tomate. Fríes una tostada de pan y un ajo. Los sacas. Fríes la cebolla y el tomate con sal y pimentón encarnado y las patatas, claro. Añades caldo o agua y las dejas cocer. Cuando las patatas están casi a punto, machacas el ajo y la tostada de pan con unas pocas patatas y lo echas todo en una cazuela para espesar el caldo. Luego te chupas los dedos.

CONDE POLACO. Esto lo podemos hacer aquí.

VILLANUEVA. ¡Claro que sí! Pero el fuego.

## INTERIOR DEL CAMPO C. DÍA.

*En un hoyo, una olla hirviendo. Villanueva hace sus patatas en salsa. Su cara al olerlas. Un puntapié en la olla. El teniente Combs.*

COMBS. ¿No sabes que está prohibido cocinar en el campo? Además ¿de dónde habéis sacado la madera? ¡Inspección general dentro de un cuarto de hora en todas las barracas! Y tú. (A Villanueva) ¡A ver a qué te sabe la comida del calabozo durante ocho días!

## EL CALABOZO. DÍA.

*Entrada de Villanueva.*

VILLANUEVA. Hola.

JULIO Y LESLAU. Vaya, hombre.

*Ríen de haber dicho lo mismo al mismo tiempo.*

JULIO. ¿Qué cuentan por ahí fuera?

VILLANUEVA. Que van a mandar quinientos a África a trabajar al Transahariano. Y esta carta para ti. (A Julio). La entró Mauri.

JULIO. ¡De mi mujer!

CONDE POLACO. (*Que ha entrado tras Villanueva*). No le pedimos que nos la lea en voz alta.

DESPACHO DEL CORONEL. NOCHE.

*El coronel y el capitán.*

CORONEL. Establezca la lista de los quinientos más revoltosos. Bajo la mayor reserva: le comunico que serán trasladados a África, al Transahariano... El general hará una visita de inspección (sonríe malicioso), inesperada, mañana por la mañana. ¡Ojo!

EL CAPITÁN. Descuide.

CORONEL. ¡Y la lista!

CAPITÁN. Descuide, mi coronel.

INTERIOR DEL CAMPO C. DÍA.

*Luz incierta de la mañana. Han sacado a los presos del calabozo; los traen de vuelta al quartier. Todos los demás se están lavando o espulgando. Cuadro, a veces, repulsivo: altos, bajos, todos hambreados, mancos, tuertos, lavándose, haciendo gárgaras. El vagabundo se acerca a Julio, feliz, enseñándole un tubo de pasta dentífrica.*

VAGABUNDO. ¡Mire lo que me tocó en la lotería! Lo voy a guardar como recuerdo.

*Ríe, enseñando sus tres únicos dientes verdinegros. Al llegar los presos cerca de la barraca 34, son rodeados y saludados por muchos.*

VILLANUEVA. Menos historias, jóvenes: tenemos que regresar allí por la noche, después de la visita.

*Suenan pitos. Corren y forman como para pasar lista. Frente a la barraca:*

WEISSMAN. Limpieza a fondo. Hay visita. Por orden superior, tiendan las mantas. Doblen las colchonetas los que las tengan. Nada colgado adentro. ¿Entendido? ¡Rompan filas!

EXTERIOR DE LA BARRACA 34. DÍA.

*Todos afanándose en la limpieza. El cabo llega corriendo.*

CABO. Gritando. ¿Quién es el estúpido que mandó doblar las colchonetas?

WEISSMAN. Yo, mi cabo.

INTERIOR DEL PUESTO DE MANDO. DÍA.

*El coronel, el capitán y tres tenientes.*

CORONEL. ¿Han dispuesto en la primera fila internados de confianza por si al general se le ocurre hacer algunas preguntas?

CAPITÁN. Lo ignoro.

TENIENTE PRIMERO. Daré órdenes en seguida.

CORONEL. Para ganar tiempo lo mejor será llevarlo primero al hospital.

SALA DEL HOSPITAL.

*Doce camas, todas ocupadas. El general, sus ayudantes, el coronel, el capitán, varios tenientes. El general se para frente a la primera cama.*

GENERAL. ¿Está contento? ¿Le tratan bien? ¿La comida es suficiente?

*El enfermo calla. El de la cama siguiente contesta.*

ENFERMO. Sí, sí, muy bien.

*El coronel se vuelve radiante hacia el general. Frente a la tercera cama:*

GENERAL. ¿Está contento? ¿Le tratan bien? ¿La comida es suficiente?

ENFERMO SEGUNDO. Sí, Sí.

*En la cama de al lado, el ruso blanco, que conocimos en el estadio.*

EL RUSO BLANCO. No los crea, mi general, no los crea. Todos contestan que sí por miedo. Todos están muertos de miedo porque si no contestan sí los llevarán a la cárcel y allí los molerán a palos. No se come nada. La gente se muere de hambre. Sólo los que tienen dinero pueden comer, sólo por dinero.

*El coronel se lleva al general.*

CORONEL. No le haga caso. Es ruso, además está loco: intentó suicidarse. Se vuelve hacia el capitán. ¿No es así?

*El capitán asiente. El general gruñe y sigue adelante. Los militares salen, los enfermos rodean la cama del ruso.*

ENFERMOS. ¡Qué bárbaro! ¡Qué animal! ¿Cómo te atreviste? No servirá de nada. Es absurdo. ¡Y con el vientre todavía abierto como lo tienes! Te van a mandar al quartier, como no te metan en el calabozo.

EL RUSO BLANCO. Que no, hombre, que no. Son unos cobardes. Al contrario, ya veréis, mejorarán la comida.

*Entra el sargento.*

SARGENTO. Irwinsky. Prepara tus cosas. Te van a evacuar.

EL RUSO BLANCO. ¿A dónde?

SARGENTO. Al hospital de Toulouse.

EL RUSO BLANCO. *(A los enfermos)*. Ya veis, si no hay más que chillar. Si no hay más que decir la verdad. Se acoquinan en seguida. Vosotros no lo entendéis.

EXTERIOR DEL BARRACÓN DE LA ENFERMERÍA. DÍA.

*Leslau, Scarsi, Villanueva y Julio pasan cargando leña en angarillas.*

SCARSI. ¿Recordáis lo que era un bistec con patatas, un bistec de verdad, ancho como la mano, gordo y colorado, chorreando jugo?

LESLAU. Y las patatas cuscurosas, doradas. Muchas. Muchas patatas, un montón así...

VILLANUEVA. Si no os calláis os aplasto.

*Se acerca un automóvil a la puerta de la enfermería. El ruso blanco sale, con una maleta en la mano, seguido por el sargento.*

SARGENTO. ¡Al coche!

*El ruso blanco entra en el coche. En ese momento, por ambas portezuelas penetran dos enfermeros que intentan ponerle una camisa de fuerza. Lucha feroz en el interior del auto. El ruso blanco se defiende desesperadamente. El chófer ayuda y consiguen dominarlo. En la puerta del barracón un viejo médico francés mira la escena. Se le acerca un enfermo.*

ENFERMO. ¿Dónde le llevan?

MÉDICO. Al manicomio de Pamiers.

*La cara del médico. Se le asoman las lágrimas.*

ENFERMO. ¿Hasta cuándo?

MÉDICO. Desde Londres dicen que sólo hemos perdido una batalla, no la guerra.

*Leslau y sus compañeros siguen adelante. En dirección contraria llegan Barbena y Mauri, cargando escobas, escoltados por un guardia. Barbena les habla al pasar.*

BARBENA. Hacen la lista de los que van a enviar a África.

JULIO. A Villanueva. ¿Quién la hace?

*Ambos grupos siguen su camino en dirección contraria.*

VILLANUEVA. (A Julio). El jefe del quartier con la ayuda de los chivatos y ¡cómo no!, de los jefes de barraca. Puedes ir preparando las maletas, iremos juntos.

PATIO DE LA GRANJA. DÍA.

*Juan y Casteras cargan el carro con sacos de patatas. Otros dos internados les ayudan; la granjera ha sacado una botella de vino de la que sirve un par de vasos a los guardias. María se acerca a Juan. Hablan como si no lo hicieran.*

MARÍA. En voz baja. ¿No estás en la lista?

JUAN. No.

MARÍA. ¿Vas a dejar que Julio?

JUAN. No puedo hacer nada. Eso tú, que estás libre. Y si se va, no te preocupes, no estará solo. Ha cambiado mucho.

MARÍA. ¿Y yo?

JUAN. Supongo que sigues siendo la misma.

*Uno de los guardias se da cuenta de la conversación.*

GUARDIA. A María. ¡Eh, joven! Haga el favor de apartarse. Está prohibido...

*María se aleja.*

JUAN. No te desanimas.

*Casteras se acerca a los guardias.*

CASTERAS. Tal vez, de paso, podríamos cargar un poco de leña para la cocina del C. Porque lo que es patatas...

*Señala el carro semivacío.*



LA LEÑERA.

*Casteras y María entrando.*

CASTERAS. Deme su carta, llegará antes. Su hermano está en el B, yo en el C.

*María indecisa. Entra Juan. María le consulta con los ojos, un papel en la mano.*

JUAN. Dáselo.

MARÍA. No se va a atrever.

JUAN. ¿Quién? ¿Este?

MARÍA. Julio.

JUAN. No lo reconocerás.

MARÍA. Dormida...

JUAN. Es otro.

MARÍA. ¿Le han pegado?

JUAN. El mundo da muchas vueltas.

MARÍA. ¿Qué quieres decir?

JUAN. Ya lo verás.

MARÍA. Se escapó una vez. Y se entregó.

JUAN. Ahora, no.

MARÍA. ¿Estás seguro?

JUAN. Sí.

*Un guardia se asoma a la puerta. Juan ayuda a Casteras a cargar leña.*

GUARDIA. (A María). Si lo que buscas es un hombre...

LA TABERNA. NOCHE.

*En una mesa, el sargento y María.*

SARGENTO. No creas que no me he fijado que me mirabas.

MARÍA. ¿Es cierto que conduce siempre el servicio de tinetas?

SARGENTO. ¿Te importa que me ocupe en algo tan sucio? Todos somos humanos...

MARÍA. ¿Vigilas a los presos que las llevan?

SARGENTO. Si hago lo uno no veo cómo no haría lo otro.

MARÍA. ¿Y si te hicieras el ciego, o el tuerto tan sólo, un preso podría pasar el río a nado y escapar por la otra orilla?

SARGENTO. Prefiero creer que me estás hablando en chino.

MARÍA. Mi marido nunca se ha metido en nada. Está detenido por una equivocación. No quiere historias, no quiere meterse en nada. No me cabe en la cabeza que le quieran mandar a África. Es absurdo. Lo confunden con su hermano.

SARGENTO. ¿Y quieres que le deje escapar?

MARÍA. Sí.

SARGENTO. ¿Por tus ojos bonitos?

MARÍA. Tengo cinco mil francos...

SARGENTO. Guárdatelos. Y no te denuncio porque me parece natural que hagas lo que puedas por tu hombre.

MARÍA. Si lo mandan a África, morirá.

SARGENTO. ¿Cómo lo sabes?

MARÍA. Lo sé.

SARGENTO. Allí viven muchos.

MARÍA. Él no podría.

SARGENTO. ¿Por qué?

MARÍA. Lo sé.

SARGENTO. ¿Y estás dispuesta a todo?

PATIO DE LA GRANJA. DÍA.

*María y la granjera acarrean paja, la levantan con sus horcas hasta el sobrado.*

MARÍA. En un mundo cochino todo tiene que ser cochino.

GRANJERA. Tiene razón.

*Unas ratas escapan hacia sus agujeros chillando.*

## UN CUARTUCHO OSCURO.

*En la cama sin deshacer, el sargento forzando a María, medio desnuda.*

SARGENTO. ¡Bésame! ¿Cuándo has tenido un hombre como yo? ¡Muévete, condenada! No te hagas la mosca muerta. Te conozco. Ya no creas que se ha acabado. Te voy a enseñar cosas con las que ni siguiera has soñado. ¡Anda!

*María se muerde los labios. Resiste. El sargento la zarandea.*

SARGENTO. ¡Ábrete! ¡Déjate ir, mujer del demonio! ¿Cuándo te fue mejor? Todas empezáis lo mismo y acabáis rendidas. ¿Crees que no sé lo que valgo? Como yo entran pocos en libra...

El gigantón se mueve, menea, rompe, agita, bulle, revuelve, desgobierna, dispara. María, convulsa, a contracorriente, resistiéndose, se entrega en contra de sí misma.

## INTERIOR DEL CAMPO C. DÍA.

Los del servicio de las tinetas sacan los enormes botes llenos de excrementos del suelo de los cadahalsos de los retretes. El sargento y dos guardias vigilan. Se forma la conducción. Son veinticuatro hombres que llevan doce recipientes con dos asas. Salen del Campo C.

## EL CAMPO. DÍA.

*La conducción. Cada cien metros el sargento ordena:*

SARGENTO. ¡Alto!

*Los hombres cambian de lado para llevar las tinas con la mano contraria. El campo, hermoso del otoño. La reata baja hacia el río que corre lento encajado entre dos riberas bastante abruptas, barrosas. Un árbol corpulento se inclina ocultando parte de un ligero recodo.*

*En lo alto del ribazo la conducción se para y los hombres vierten su pestilencia en unos enormes pozos negros. Luego bajan la pendiente para lavar los recipientes en el río. Julio forma pareja con Caamaño. Tan pronto como llegan a la orilla, Julio entra en el agua, se inclina como para lavar el interior de la tina.*

*El sargento habla, arriba en el talud con los dos guardias, ojo avizor.*

*Julio, amparándose en el árbol, empieza a nadar. Asombro de sus compañeros. En cuatro brazadas se ha alejado bastante. Desconcierto*

*de Caamaño, los demás quietos. Un guardia se da cuenta.*

GUARDIA. ¡Aquél!

*Alza el mosquetón.*

SARGENTO. ¡Quietos!

*El guardia dispara. El tiro da a un metro de Julio que sigue nadando hacia la orilla contraria. Ya está a la mitad del río. El otro guardia alza su arma.*

SARGENTO. ¡Espera!

*Julio llega a la orilla contraria, empieza a subirla. Resbala.*

SARGENTO. (Al guardia segundo). Ahora.

*Disparo. Julio cae hacia atrás.*

#### EXTERIOR E INTERIOR DEL CAMPO DE CONCENTRACIÓN.

*La alambrada, el campo y sus setos, la carretera, los árboles que la bordean. De trecho en trecho, soldados, fusil al hombro cerca de las garitas. Al fondo, los Pirineos. Ante ellos la punta aguda de un campanario. Nubes. Otoño pardo. Viento.*

*De lejos, por la carretera, el carro del abastecimiento cargado con un ataúd. Avanza al paso lento del jamelgo. Tras las alambradas, en los tres quartiers, los presos formados de tres o seis en fondo, firmes, serios, destocados. Una campana toca a muerto.*

*La carretera; el carro se bambolea por las cárcavas y los baches. Ruido del ataúd al correrse un poco de un lado para otro a pesar de que va atado. En una rama, unos cuervos. De pronto, María tras el carromato.*

#### INTERIOR DEL CAMPO B.

*En las filas, dos internados, que no conocemos.*

UN INTERNADO. ¿Quién era?

OTRO. Uno...

*La alambrada. Ruido del viento, un viejo rebusca algo entre basuras. La cara de Juan, entre otros, formados, firmes.*

INTERIOR DEL CAMPO C.

*Weissman se adelanta.*

WEISSMAN. Rompan filas.

CAAMAÑO. Por nuestro compañero, asesinado ayer, un minuto de silencio.  
¡Firmes!

*A lo lejos, se ve que sucede igual frente a las demás barracas.*

COMBS. ¡Rompan filas!

No se mueve nadie. El teniente no sabe qué hacer. Luego, intimidado, se cuadra también.

Las caras de los internados. Mauri, al lado del Vagabundo. Se oyen alondras en el cielo.

MAURI. (*Bajo*). ¿Qué pájaro es éste?

VAGABUNDO. (*Sin mirarle, con desprecio*). Alondras.

MAURI. (*Bajo*). No las había oído nunca.

CAAMAÑO. Con voz de mando. ¡Por todos nuestros compañeros caídos, gloria!  
¡Rompan!

*Los internados rompen filas.*

INTERIOR DEL CAMPO C. NOCHE.

*Soledad. Se oye tocar la Marcha Fúnebre, de Chopin, por una armónica. Entra el teniente Combs en el quartier, furioso, borracho; empieza a buscar al músico por campo y barracas.*

*En las barracas todos fingen dormir. Por lo visto, han avisado al que toca, que pasa de una a otra. Sigue la Marcha Fúnebre.*

*El teniente Combs, de barracón en barracón, frenético. Al fin, el teniente se cansa y se va.*

LA GRANJA. DÍA.

*El sargento, con cuatro internados que cargan patatas en un carro. En el quicio de la puerta de la casa, María aparece con una escopeta de caza en las manos. Apunta al sargento. Dispara. Falla.*

INTERIOR DEL PUESTO DE MANDO DEL COMANDANTE DEL CAMPO.  
DÍA.

*El coronel y el capitán.*

CAPITÁN. Me parece inútil llevar el asunto más adelante. Un proceso no dejaría muy bien parado al sargento. Y, de paso, a nosotros.

CORONEL. ¿Y piensa dejarla libre?

CAPITÁN. Se llama viuda de Hoffman... Con enviarla al campo de las mujeres hará usted justicia, mi coronel.

CORONEL. Y ocho días de arresto al sargento ¿no?

CAPITÁN. Piensa usted en todo, mi coronel.

EXTERIOR CARRETERA. DÍA.

*De unos autocares bajan doscientos guardias, armados; enfilan hacia el campo.*

PUERTA DEL CAMPO C. DÍA.

*Leslau, que llega de afuera, dice al portero:*

LESLAU. Vienen a llevarse a la gente a África.

INTERIOR DEL CAMPO C. DÍA.

SIGL. ¡Qué vienen a llevárselos a África!

*Pitos. Frente a la barraca 34, Weissman tocando el pito.*

WEISSMAN. ¡A formar!

*En el campo, todos los internados formados. El teniente Combs, en medio, habla con un altavoz.*

COMBS. Los que vamos a llamar ahora formarán dando tres pasos adelante. Tienen diez minutos para hacer su equipaje.

*Combs entrega una hoja a cada jefe de barraca... van a situarse frente a las que les corresponde.*

WEISSMAN. (Leyendo su lista, frente a la 34). Villanueva, Barbena, Weissman. ¿Weissman?

*Se da cuenta de que se está llamando a sí mismo, se demuda, sale corriendo hacia Combs.*

WEISSMAN. Aquí pone Weissman. Es una equivocación. Weissman soy yo.

COMBS. Ya lo sé.

WEISSMAN. ¿Entonces?

COMBS. Entonces ¿qué? Anda a preparar tu maleta. ¿Qué te has creído?

*Combs se aleja. Weissman le sigue.*

WEISSMAN. Si yo siempre le he servido, si siempre le hice lo que quería, siempre hice lo que me decía.

*Combs se aleja. Weissman le sigue, cae de rodillas.*

WEISSMAN. Si yo siempre le he servido, si siempre hice lo que quería, siempre hice lo que me decía.

*Combs regresa, le escupe a la cara. Weissman limpiándose el escupitajo. Combs sigue adelante, llega a las primeras barracas. Toca el pito.*

COMBS. ¿Listos?

*Sólo salen cuatro o cinco, entre ellos Sigl.*

COMBS. ¿Y los demás?

SIGL. Tengo la impresión de que la mayoría se ha acostado.

COMBS. ¿Qué?

SIGL. Que se han acostado.

*Combs entra en la barraca.*

INTERIOR DE LA BARRACA.

COMBS. ¡Arriba! ¡Firmes!

*No se mueve nadie.*

COMBS. ¡Firmes! ¡Arriba!

*No se mueve nadie. Acceso de furor del teniente. Empieza a fustazos. Se da cuenta de que no consigue nada. Sale corriendo.*

EXTERIOR DEL CAMPO C. DÍA.

*Combs se aleja corriendo hacia los guardias, que hemos visto llegar y que están formados entre los quartiers.*

EL CAMPO DE LAS MUJERES. DÍA.

*Unas mujeres sentadas en la puerta de una barraca. Una vieja llega corriendo.*

MUJER VIEJA. ¡Se los llevan a África!

MARÍA. ¿Y los vais a dejar? ¿Vais a ser tan cobardes? ¿Vamos a ser tan cobardes?

*Muchas mujeres se le acercan.*

MARÍA. Yo creía, como todas, que lo primero era nuestra tranquilidad: mi casa, el pan de cada día. Yo lo creía y alentaba a mi hombre en ese camino. Le aplaudía al oírle ¿para qué sirve la política? ¿Qué más da? ¡Que nos gobiernen como quieran! Si tú me quieres y yo te quiero, si no nos falta para el cocido y podemos ir al cine el sábado... Y porque así lo creímos vino lo que ha venido. Por creer eso estamos donde estamos y él ha muerto. Si todas hubieran gritado: ¡Eso no! ¡Eso no!, todas a una... No estaríais aquí, españolas, sino en vuestra tierra española, comiendo pan español, y oleríais el sudor español de vuestros hombres por la noche... Y vosotras, alemanas, no habríais perdido el hábito de vuestros maridos, machacados en los campos alemanes, y vosotras, polacas, y vosotras, italianas, y nosotras, francesas, no estaríamos aquí, sino, a lo sumo, en donde fuera, luchando. Ahora se los llevan a África, para matarlos de calor y trabajo. ¡Basta! ¡Basta! ¡No podemos perder más de lo que hemos perdido! Y aunque lo perdiéramos ¡qué más da! Lo poco que aún tenemos nos lo irán arrebatando. ¿Qué? ¿Dudáis? ¿Tenéis miedo? ¿No sois mujeres? Si éstos se van, mañana se los llevarán a todos. ¡No más! ¡No más!

MUJERES. *Gritando.* ¡Al desierto, no! ¡Al desierto, no! ¡Al desierto, no!

MARÍA. ¡Coged colchones y mantas! ¡A las alambradas!

*Las mujeres entran en las barracas y salen con colchones y mantas.*

MARÍA. ¡Las unas por aquí!

*Señala directamente las alambradas.*

MARÍA. Las otras, conmigo ¡a la puerta!

*El grupo que sigue a María. En la puerta no hay más que un centinela. Ve llegar a las mujeres.*

SOLDADO. Empavorecido. ¡Cabo! ¡Cabo!



## ALAMBRADA DEL CAMPO DE LAS MUJERES.

*Las mujeres echan colchonetas y mantas por encima de la alambrada.*

## LA PUERTA DEL CAMPO DE LAS MUJERES.

*Tras el caballo de frisa, el cabo ha formado a sus hombres.*

CABO. (A las mujeres que adelantan). Si avanzan disparamos.

MARÍA. Dispara, cobarde.

*María sigue adelante. Los soldados no se atreven a disparar. Las mujeres, enardecidas empujan el caballo de frisa y pasan. Al mismo tiempo, otro grupo de mujeres salta por encima de la alambrada.*

## CARRETERA.

*Ambos grupos de mujeres se juntan y avanzan hacia el campo de los hombres.*

MUJERES, Gritando: ¡Al desierto, no! ¡Al desierto, no! ¡Al desierto, no!

## INTERIOR DEL CAMPO C. DÍA.

*Se oye el grito de las mujeres. Los internados se agolpan.*

## CAMPO. DÍA.

*A campo traviesa, las mujeres se precipitan hacia las alambradas del campo de los hombres, gritando. Los centinelas no saben qué hacer. Por la carretera, otro grupo de mujeres, con María al frente, va hacia la puerta del campo.*

## VISTA GENERAL DE LAS ALAMBRADAS.

*Todos los internados frente a las alambradas gritando.*

HOMBRES. ¡Al desierto, no! ¡Al desierto, no! ¡Al desierto, no!

*Suenan unos disparos, caen algunos heridos. Las mujeres han*

*llegado a diez metros de la puerta del campo. Se interpone el capitán.*

CAPITÁN. ¡Alto el fuego!

*Ráfaga de ametralladora. Confusión de las mujeres. Las más retroceden. Otras siguen adelante.*

GRITOS. ¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Asesinos!

INTERIOR DEL PUESTO DE MANDO. DÍA.

*El coronel al teléfono.*

CORONEL. ¡Que reviente el mundo, pero llame en seguida al prefecto! ¡Llámelo, por amor de Dios!

LA PREFECTURA. EL DESPACHO DEL PREFECTO.

*El prefecto, al teléfono.*

PREFECTO. ¿Qué? ¿Qué? ¿Las mujeres? Sí, sí, sí, que suspendan el envío a África. Sí, suspendido. Luego los va cogiendo uno por uno, sin decir ni pío, y a la cárcel, a la cárcel.

*Tras el prefecto, un retrato del mariscal Petain.*

INTERIOR DEL CAMPO C. DÍA.

*Las mujeres han penetrado en el campo. Algunos guardias luchan cuerpo a cuerpo. El sargento, acorralado, saca su pistola y dispara. Voz del comandante por el altavoz.*

VOZ DEL COMANDANTE. El convoy ha sido suspendido. El convoy ha sido suspendido. No habrá represalias si ahora vuelven ustedes tranquilamente a sus barracas.

*Cara de asombro de los internados.*

CAÑIZARES. ¡Nos ha hablado de usted!

*Hombres y mujeres se agolpan alrededor de los heridos. Ayes. Voces.*

VOCES. ¡Camillas, camillas!

*Los guardias se han juntado y van retrocediendo, de espaldas.*

VOCES. ¡Camillas!

*Villanueva transportado a hombros, en una camilla, por tres internados y un guardia móvil. Villanueva empieza a cantar La Marsellesa con voz desgarrada. La camilla atraviesa el campo. Atardecer. Todos, hombres, mujeres, alineados o formando grupos, poco a poco, se van sumando al canto, sanos y heridos. Una Marsellesa lenta, trágica.*

*Las cuatro cabezas de los que llevan la camilla y el herido. La cara del guardia móvil, en cuyos ojos asoman lágrimas. La Marsellesa.*



MAX AUB MOHRENWITZ.(París, 2 de junio de 1903-México D. F., 22 de julio de 1972). Escritor español de origen francés. Toda su obra la escribe en español, cultivando diferentes géneros: narrativa, teatro y poesía. Siendo un niño, su familia —padre alemán y madre francesa— se traslada a España por motivos de trabajo y en medio de la I Primera Guerra Mundial se establece en Valencia, donde Max cursa el bachillerato. Recibe una educación muy rica y cosmopolita y desde niño destaca por su facilidad para aprender idiomas. Al terminar sus estudios recorre el país como viajante de comercio y al cumplir los veinte años decide adoptar la nacionalidad española. Es famosa la frase de Max Aub: «se es de donde se hace el bachillerato». En los años 20 es afín a la estética vanguardista y gracias a su trabajo como viajante asiste a tertulias de Barcelona de los vanguardistas de la época. Durante esta época empieza a escribir teatro experimental: «El desconfiado prodigioso», «Una botella», «El celoso y su enamorada», «Espejo de avaricia» y «Narciso».

De ideas socialistas, durante la guerra civil se compromete con la República y colabora con André Malraux en la película «Sierra de Teruel». Al terminar la contienda se exilia a París, pero preparando su marcha a México le detienen y es recluido en diferentes campos de concentración de Francia y del norte de África. Gracias a la ayuda del escritor John Dos Passos, tras tres años de encarcelamiento consigue embarcar para México.

Se gana la vida gracias al periodismo, escribiendo en los diarios «Nacional» y «Excelsior», y también en el cine ejerciendo de autor, coautor, director, traductor de guiones cinematográficos y profesor de la Academia de Cinematografía. En 1944 es

nombrado secretario de la Comisión Nacional de Cinematografía. Durante estos años escribe «San Juan» y «Morir por cerrar los ojos» y estrena su obra de teatro «La vida conyugal» con gran éxito. Desde mediados de los 50 viaja por Estados Unidos y Europa pero sin poder entrar en España, desarrollando activamente en estos años su actividad literaria, periodística y cineasta. En 1969 por fin se le permite entrar en España y recupera parte de su biblioteca personal, que estaba en la Universidad de Valencia.

A su vuelta a México sigue con sus estudios de la figura de Luis Buñuel; posteriormente participa como jurado en el festival de Cannes, da conferencias por todo el mundo y, tras otro viaje a España, muere en 1972 en México.

Desde 1987 se entregan los Premios Internacionales de Cuento Max Aub, otorgados por la Fundación que lleva su nombre.